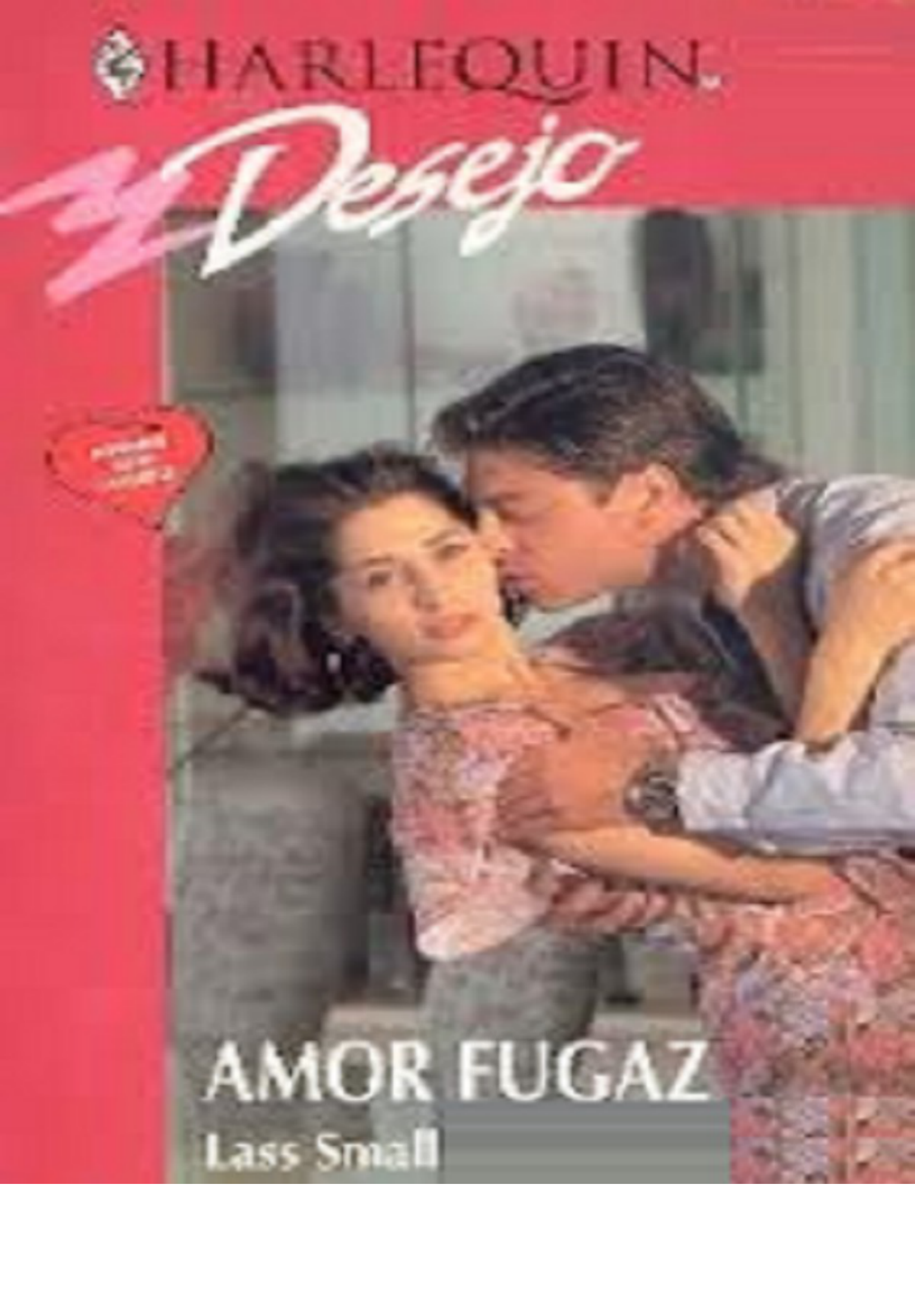

HARLEQUIN
Desejo
AMOR FUGAZ
Lass Small

Argumento

El nombre del desconocido era Chas Cougart y era tan maravilloso que Amy Allen no tuvo mas remedio que intentar conocerlo. Estaba en la ciudad para asistir a la boda de un pariente, así que decidió hacerse pasar por una pariente lejana de los Cougart y unirse a la fiesta. Por supuesto, eso era mentir, pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

En cuanto a Chas, al ver a Amy se le alteraron los sentidos. Enseguida se dio cuenta de que no era de la familia. Pero si estaba tan empeñada en pertenecer al clan Cougart, Chas sabia que podía convencerla para hacerlo de una forma legal....

Capítulo 1

En conferencia desde Winter Haven, Florida, la señora Abbott volvió a insistirle a su hija en Atlanta, Georgia.

-Bueno, Amy, claro que me encanta que vengas a casa ya mismo, pero, ¿por qué no te quedas donde estás un par de días? Con la lluvia, no podrías salir de casa o tendrías que ir a otro sitio. A no ser, claro está, que con tus veinticuatro años y tu cansina madurez te hayas vuelto más tolerante con Mitzie y Peck.

-¿Cómo puedes aguantarlos? -preguntó con genuina curiosidad Amy Abbott Allen.

-Como sabes, le estoy muy agradecida a Peck por salvar la vida de Bill años atrás, en Vietnam. He de añadir, sin embargo, que el término «salvar» adquiere más dramatismo cada año que pasa. Sinceramente, creo que Peck apareció por casualidad en el momento crucial, pero ya sabes lo insoportablemente lógica que puedo ser.

-He visto indicios de ello -el humor adornaba las divertidas palabras de Amy.

-No intentes congraciarte conmigo con adulaciones. No puedo echar a los Peckerel con indirectas. Ya lo sabes. Y son un cambio tan refrescante para tu padre. Necesita a Peck igual que otros necesitan una dosis ocasional de Laurel y Hardy.

-Peck habla mucho, pero es alto y flaco, así que debe de ser Laurel, ¿no?

-Sí, y Mitzie es Hardy, ja, ja, ja.

Esos sonidos hicieron reír a Amy.

-¿Y para qué sirve Mitzie?

-Me agradan especialmente las visitas de Mitzie. Después de estar con los Peckerel, Bill sigue mirándome embobado durante días.

-No te envidio eso, mamá. En vez que quedarme aquí, creo que iré a Saint Petersburg Beach -suspiró dramáticamente en el auricular del teléfono-. Me pudriré allí hasta que os deshagáis de los Peckerel.

-Ten cuidado con las fieras que acechan -la voz de su madre se suavizó-. Los lobos siempre buscan niñas pequeñas como tú.

-¿Pequeña? Mamá, estás fantaseando. Ya sabes que cuido de papá -mientras que la señora Allen medía poco más de metro y medio, Amy llegaba al metro sesenta y cinco, y su padre al metro ochenta y tantos. Amy afirmó-: Soy una mujer.

-Yo... -pero Cynthia Allen había dudado demasiado tiempo, por lo que dijo con ligereza-: Da igual, te lo diré cuando lo vea.

-Déjame adivinarlo. Me has encontrado el marido ideal.

Cynthia la reprendió.

-Vaya, Amy, ¿por qué dices eso?

-Te conozco desde que nací.
-Bueno, estoy segura de que los Peckerel no se quedaran mas que unos días. No hemos estado demasiado animados
-Eres muy buena con papá.
-Me gusta.

Así que ese día de primeros de marzo, Amy Abbott. Allen condujo su coche lleno de equipaje desde Atlanta hasta Saint Pete Beach en la costa oeste de Florida. Pasó bajo el pórtico en Trade Winds, salió del coche y entró en el vestíbulo acristalado mientras caía la lluvia nocturna.

En el árbol del vestíbulo, los llamativos loros se mostraban indulgentes con la atención que obtenían de algunos miembros del risueño grupo de jóvenes que se arracimaban a punto de registrarse.

Mientras Amy esperaba su turno, observó que casi todos en el vestíbulo se conocían. Se saludaban, se hacían bromas, se burlaban y se reían.

Fue entonces cuando lo vio.

Estaba algo más adelantado que ella en la informal cola ante el mostrador. Estaba con ese grupo especial y amistoso. Su primer pensamiento fue: He aquí un hombre que le gustaría a papá.

Y se deleitó mirándolo, y un cosquilleo extraño recorrió su cuerpo antes de concentrarse en el fondo de su estómago.

Era grande. Casi tan grande como su padre. Tendría unos treinta años. Su traje se ajustaba perfectamente a su maravilloso cuerpo. Tenía el pelo muy oscuro, como sus cejas, y eso explicaba sus negras pestañas. Su labio inferior era amplio y su mandíbula parecía fuerte. Malgastaba su despreocupada sonrisa con una pelirroja odiosamente guapa que tonteaba con él.

Aunque a juzgar por su aspecto tan relajado, no parecían importarle las atenciones de la pelirroja. Probablemente se portara igual en la sala de juntas, relajado y controlando todo, pero que Dios ayudara al empleado descuidado.

Le echaría una mirada asesina y diría «¡Encuéntralo!», sin alzar la voz. Amy se burló de sí misma por poder saber tanto de un hombre sólo con echarle un vistazo en un vestíbulo lleno de gente en un hotel de la costa.

Pero así era exactamente como él sería. Podía apostarlo. Sería interesante conocerlo... sólo para saber si tenía razón. Eso era todo. No iba a hacer nada por él. Sólo tenía curiosidad. Había un montón de hombres de fachada autoritaria que en realidad estaban vacíos.

Cuando se veían presionados, les faltaba el juicio, el bagaje de

conocimientos o la capacidad para los negocios. Había visto a muchos hombres, al haber acompañado a su padre en sus viajes de negocios.

Fue su padre quien la había enseñado cuidadosamente a conocer a la gente y a juzgarla.

Amy echó un vistazo. ¿Cómo se llamaría? ¿Qué nombre tendría un hombre así? Él todavía no la había mirado. No era lo normal.

Normalmente, los hombres la veían al echar un primer vistazo a una habitación, y solía cruzarse con miradas interesadas siempre que alzaba la vista. Nunca había dado pie deliberadamente a ese tipo de interés.

Allí en el vestíbulo, otros hombres la miraban y hablaban de ella, dispuestos a incluirla en sus conversaciones. Pero él ni siquiera se fijaba en ella.

A él no le hacía falta mirar alrededor. Las mujeres se le acercaban como las virutas de metal a un imán. Lo habían rodeado de tal manera que ya no estaba en la fila, delante de ella, sino a un lado.

Amy pensó que tal interés, por su parte, en un hombre que no se interesaba por ella, era sorprendente y, para distraerse, comenzó a escuchar al grupo. ¡Qué abiertos eran! Qué despreocupados con los nombres y los planes.

Al parecer, el grupo estaba allí para la boda de la pelirroja. La novia estaba hablando a solas con ese formidable hombre.

¿O acaso era el novio?

Fue fácil enterarse del nombre de la novia, ya que todos le hacían bromas. Se llamaba Sally. Y enseguida Amy oyó que el suyo era Chas, diminutivo de Charles.

Amy estuvo de acuerdo con la elección del apodo. No tenía pinta de Charlie, aunque la pelirroja le llamaba Charlie con tal insolencia que parecía ser una privilegiada. ¿Hasta qué punto privilegiada? Amy miró a la pelirroja entornando los ojos.

Entonces Amy pensó que no era asunto suyo. Bueno, al menos Sally no se iba a casar con Chas. El novio se llamaba Tad. ¿Y por qué ese sentimiento de alivio al saber que Chas no era el novio?

-¿Viene alguien del grupo de Trilby? -preguntó a Sally uno del grupo.

-¿Quién sabe? No pude encontrar a muchos y ni ellos se mantienen en contacto entre sí. Trilby tuvo diez hijas, y se casaron y se desperdigaron. Con todos los cambios de apellido ha sido difícil encontrarlas. ¡Y las que hemos encontrado de la segunda generación también eran chicas!

-Nuestro grupo ha venido casi intacto. Todos hombres, claro -dijo un hombre.

Ese comentario machista levantó protestas entre las mujeres a hizo que algunos hombres se rieran burlonamente de las indignadas exclamaciones femeninas.

Como Amy era hija única, tenía curiosidad por saber cómo había reaccionado Chas ante el comentario de sólo tener hijas. Giró la cabeza para ver su reacción, pero tuvo que girarse por completo para mirar más allá.

¡Casi estaba detrás de ella! ¿Cuándo se había movido? Pero no pudo ver su cara, ya que estaba de espaldas, hablando con alguien. No con la pelirroja.

Tenía una gran voz. Era grave y potente. Con todo, sonaba como si él la aligerara para quitarle fuerza. Pero seguía siendo un sonido marcial.

Amy podía imaginárselo en un campo de batalla gritando a sus hombres para que avanzaran. Y ellos obedecían.

Vaya, ¿de dónde sacaba una idea así? ¡Qué ridículo! Quizá estaba intrigada porque él no se fijaba en ella.

Cuando él volvió a hablar, lo hizo casi en su oído, y a ella se le puso carne de gallina. La sensación era tan peculiar que se le olvidaron las bromas del vestíbulo entre los invitados a la boda.

Estaba tan distraída que se dirigió al mostrador y se quedó a11í. La eficaz pareja del mostrador sonrió y le preguntó:

-¿Tiene reserva?

-Sí. Amy Aaaabbott.

Un par de «aes» de más, porque estuvo a punto de decir Allen. Le entregaron la tarjeta de reserva y la firmó.

Al tener un padre famoso, había empezado a registrarse como Amy Abbott, usando su segundo nombre. Su familia acordó que era una sabia decisión. Sobre todo ahora que viajaba sola en estos momentos y a su edad. ¿Quién podía saber qué extrañas y malvadas mentes querrían vengarse?

Mientras firmaba la tarjeta, notó que el aliento de Chas movió ligeramente su cabello. Estaba mirando hacia ella. ¿Acaso se estaba impacientando por su pérdida de tiempo? Se daba tanta prisa como podía. Preguntó con seguridad:

-¿Han llenado la nevera?

-Sí, señorita Abbott.

-Gracias -sonrió a su vez mientras recogía la tarjeta que hacía las veces de llave. Rechazó ser acompañada y le indicaron el mapa del complejo, que estudió. Había un montón de edificios con nombres y explicaciones. Uno era una piscina cubierta, climatizada. Localizó su

suite en el tercer piso.

Amy entonces salió al aparcamiento y llevó su coche a la zona de residentes. Sacó su neceser y se abrió paso por el complejo hotelero. Allí se dirigió al ascensor hacia los seis pisos del ala norte.

En el ascensor, se encontró nuevamente con algunos de los asistentes a la boda. Mientras miraba por la cristalera trasera del ascensor, Amy oyó a una de las mujeres preguntar a un hombre del grupo:

-¿Viene Matt?

-Sí. Todavía está intentando convencer a Connie para que viva con él.

-Son primos -comentó una mujer.

-Solo terceros, no es problema. Pero Matt no quiere casarse con ella, sólo quiere quitársela de encima -contestó la voz del hombre despreocupadamente.

-Connie es lo bastante lista como para aguantar.

Amy se preguntaba cómo podían saber esos charlatanes que ella no trabajaba en una revista de cotilleos. Ni siquiera se habían fijado en ella. Por lo menos, no las mujeres. Las puertas se abrieron en el tercer piso y sólo salió Amy.

Al salir del ascensor, giró hacia la izquierda hasta que encontró la habitación 334, donde metió la tarjeta, con el dibujo de un pájaro, en lo alto de la cerradura. En ésta, se encendió una lucecita verde hasta que Amy sacó la tarjeta y abrió la puerta. Pero, en lugar de entrar, dudó.

¿Por qué sentía esta extraña excitación? ¿Aprehensión? Era como si estuviera a punto de cruzar no sólo ese umbral, sino uno más importante. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Temblando, Amy dio unos pasos y entró en la suite.

No pasó nada.

Dejó el neceser en una cama y cruzó el baño que daba al salón y el cuarto de estar con su cocina-bar. La pared era de cristal, como las puertas dobles. Abrió la puerta corredera, que daba acceso a la terraza.

Permaneció en el umbral, respirando profundamente el aire salino, húmedo de la lluvia. A su izquierda estaba el Golfo, la playa y las obligadas palmeras. Entonces miró hacia abajo a los canales artificiales, diseminados entre islas también artificiales, por los que navegaban barcas de paletas.

En la oscuridad de la noche, Amy permanecía en su terraza, a oscuras, contemplando el tranquilo decorado. Se sentía un poquito sola. En esas últimas semanas había empezado a entender a esos

hombres solteros a la caza de compañía. Viajar sola era aburrido.

Sin embargo, el ser una mujer sola en esas circunstancias, en lugares públicos, la dejaba expuesta a que alguien se le acercara. En todo ese tiempo había conocido prácticamente a todo tipo de hombre que Dios pudiera crear, y no eran gran cosa.

Pero el viajar con su padre había mantenido a los lobos lejos.

Amy había hecho de «hombre de confianza» de su padre durante los veranos, y luego permanentemente los dos años que habían pasado desde que terminó la Universidad. En ese tiempo, había estado escuchando y aprendiendo sin decir nada. Ahora llevaba casi cuatro meses viajando por su cuenta para su empresa asesora de campañas políticas. Había sido una experiencia reveladora.

Su padre la utilizaba como representante de confianza. Era un trabajo interesante, pero habría sido mejor si fuera un hombre.

Los hombres reaccionaban ante ella no como ante el representante de Bill Allen, sino como ante una joven. Sus reacciones iban desde la indulgencia y la tolerancia por ser hija de Bill Allen, hasta la genuina atracción y la lujuria. Pero casi siempre les costaba tomársela en serio.

Amy tenía que trabajar duramente para que los hombres la escucharan.

-Es una buena experiencia -le decía su padre mientras le acariciaba el pelo. Entonces le sonreía y le decía: Dentro de otros cincuenta años, lo escucharán y lo tomarán muy en serio, con auténtico respeto. Para entonces no serás la asesina de pelo cobrizo y ojos azules que eres ahora.

Ella se repeinaba con los dedos y le contestaba disgustada:

-Lo conseguiré antes.

Su padre no se daba cuenta de que acariciarle el pelo era, para ella, otra reacción machista. Ella sí se daba cuenta, pero podía tolerárselo ya que era su padre.

Sin embargo, cuando volvió a cortarse el pelo, le dijo a Peter que le hiciera un peinado que permitiera que su padre la acariciara sin despeinarla.

-¡Hombres! -se limitó a decir Peter, y se pasó casi cuarenta minutos estudiando su cabeza antes de cortarle el pelo en unos veinte minutos, peinándola con pulcritud. Peter creía en el estilo sin caprichos, y le dijo-: Tienes suerte de poder llevar el cabello como quieras y olvidarte de él. Tienes suficiente pelo, tu cabeza tiene una buena forma y tus facciones están bien marcadas. Las orejas pueden ser un fastidio. Las tuyas no están mal -viniendo de Peter, eso era un piropo sólo a su suerte. No había nada personal en ello.

Bajo la terraza de Amy, en el caminito, un grupo de invitados de la boda paseaban en la brumosa noche, riendo. Incluso desde dos pisos más arriba, Amy podía oír claramente:

-Pero ¿quién más va a venir?

-¿Quién sabe? Será interesante verlo.

Con qué despreocupación charlaba esa gente vestida tan elegante a informalmente. Cualquiera que oyera con atención podría colarse y hacerse pasar por uno de ellos.

No preocuparse por los posibles oyentes era el estilo de cualquier grupo, ya fuera empresarios, políticos o viajantes o, como en este caso, gente adinerada.

Nunca se les ocurría que se les pudiera oír y que alguien escuchara cuidadosamente. Por ejemplo, la información que había recogido en el vestíbulo, en el ascensor y ahora mismo. En realidad no sabían quiénes estarían en la boda de Sally y Tad.

Incluso Amy, que no tenía motivos ocultos, podía acercarse a cualquiera de ellos y decir:

-¡Vaya, Hola! Soy descendiente de tu tía... -¿Era Tilly? No, no Tilly. Era Trilby-. ¡Soy tu prima lejana, Amy Abbott!

Podía decir eso sin ningún problema. No conocían a toda su familia. Incluso los que se conocían no estaban en contacto con los demás. Podía falsear ser de la familia.

Y ellos la aceptarían. Por encima de cierto nivel de vida, la gente ya no era tan esnob. La incluirían bastante amablemente, durante un tiempo, aunque sólo fuera por la novedad.

Todo lo que Amy tenía que hacer era aprovecharse de sus despreocupadas lenguas. Podía hacerlo. Y si lo hacía...¡podría conocer a Chas!

Si se hacía pasar por alguien de la familia, tendría la oportunidad de averiguar qué tipo de hombre era en realidad. Sabría si era sólido o vacío. Podría hacerlo como una prueba de las enseñanzas de su padre. Un estudio independiente. Probar la suma de sus cualidades. Qué buena tapadera para la lujuria.

¿Lujuria? ¿Ella? ¡Claro que no! Era sencillamente... curiosidad.

Sin embargo, sería interesante tener una historia con él. Hacer que la mirara con esa vaga sonrisa pecaminosa. Hacer que inclinara la cabeza para escucharla y mirar su boca mientras ella le hablaba. Ser el objeto de su atención.

Podría hacerlo, también, con total inmunidad. No sólo podía Amy Abbott invadir su celebración, sino que podía planear tener una historia con el lobo dominante.

Eran todos desconocidos, ella no era del lugar. Podía llevar a cabo esa mascarada con toda facilidad… y salirse con la suya.

Se detuvo. Nuevamente, era otro umbral. ¿Era el que había notado al entrar en la suite?

Estaba pensando en hacer algo muy imprudente. Una conducta extraña para la puritana Amy Abbott Allen. Una cosa era inventarse una relación familiar e invadir una reunión privada sólo para ver si era capaz, pero para una mujer de su educación era algo muy distinto el llegar a pensar en tramar una historia amorosa.

¿Una historia con un desconocido al que solo había visto de pasada en el vestíbulo? ¡Una locura! Había estado trabajando demasiado. Llevaba demasiado tiempo sola. Sus contactos masculinos lo llamaban quemazón o nervios o relajación o distracción o casi cualquier otra cosa. Ella siempre se había burlado de eso, y llamaba a esas historias conducta depredadora.

¿Podía ser que no fuera mejor que ningún macho al acecho? Las mujeres hacían cosas así. Amy sabía que lo hacían, pero siempre pensó que eran otro tipo de mujeres.

Quizá el interés de Amy se debiera ahora a que nunca antes había visto a un hombre al que deseara.

Amy quería intentarlo con él.

Con la decisión, se pasó mucho tiempo escuchando una salvaje y chocante discusión en su cabeza, ¡y sabía que todo eso ya lo había oído antes! ¿Acaso su conciencia le había apartado de la seducción? ¿Era una víctima de la moral Victoriana?

¡No lo era! ¡Aunque no le importara demasiado, era una mujer del siglo veinte!

Podía vivir como un hombre. Podía disfrutar de los placeres que encontraba y de la libertad de elección.

Podía levantarse sobre sus patas traseras y aullar como cualquier otro miembro de la manada de lobos. Podía seguir adelante y tener una historia, a11í mismo, con Chas… si podía atraerle.

¿Y si él no estaba interesado? Bueno, había otros en la fiesta. Podía… No. Podía volver a mirarlos, pero no había visto a ninguno que aprobara en una tercera mirada.

Era con Chas con quien se habían quedado sus ojos. Era su cuerpo el que le había hablado al suyo. Ella lo deseaba.

Y, claro, tenía la ventaja de ser una desconocida. Podía desvanecerse en la noche, como una salteadora de caminos.

Lochinvar se había ido con la novia. Amy sería la versión femenina de Lochinvar. Alguien que se llevara a un hombre de una boda. Era una maldición.

Era todo un reto llevarse a alguien como él, tan grande. Y ella sólo quería un asunto pasajero. Sería una historia misteriosa, ya que ella desaparecería. ¿Se moriría él de pena por ella? ¿La buscaría?

Su mente imaginó todo tipo de cuentos sobre su búsqueda. Él permanecería en los límites de su vida, ella lo reconocería por fin y sería amable con él.

No, eso nunca funcionaría. Cuando se fuera, todo terminaría. No podía dejar que viejos amantes reaparecieran por todas partes. Eso haría que su vida fuera demasiado desordenada.

La historia se quedaría en un interludio de encantamiento. Y él jamás sabría quién era ella realmente.

Evidentemente, si lo conocía, cabía la posibilidad de que a ella no le interesara él. Podía estar vacío. Pero tenía delante la oportunidad de averiguar si era un hombre sólido.

No tenía porqué languidecer día tras día limitándose a verlo de pasada en el hotel. Podía conocerlo, y podía juzgar si quería o no conocerlo… mejor.

¿No era ésa la palabra que usaban los hombres? «Me gustaría conocerte… mejor». Sólo tenía que entrar en su grupo, ita-chán! ¡Y anunciarse como una prima lejana!

Con eso se distraería del aburrimiento, la historia la entretendría. Tenía que hacer algo hasta que Peck y Mitzie se fueran de casa de sus padres. Podía leer algo sobre la campaña de Harry Albert Habbison, que se presentaba a un puesto como senador por el Estado de Illinois.

Allí parecía tan relajado y sencillo, pero era uno de los campesinos más astutos que había llegado a conocer. Iba a utilizar la posición de senador del Estado para hacer campaña por todo el país, y luego se convertiría en senador de los EE.UU. o le saldría un sarpullido.

Amy sentía curiosidad por saber qué haría su padre con sus notas al trabajar en un boceto para la campaña de Harry. Harry tenía muchas oportunidades para ganar en su distrito. Y en un muestreo estatal, la gente todavía no lo conocía.

Eso era bueno. Si no tenían una opinión sobre el desconocido, no había nada que contrarrestar.

En Illinois, los republicanos siempre habían gobernado el Estado mientras que los demócratas conservaban Chicago. Pero eso estaba cambiando. ¿Podría conseguirlo un campesino republicano? Harry lo creía. ¿Qué le aconsejaría su padre sobre eso, y qué diría de sus notas? Sería interesante.

El padre de Amy estaba considerado como uno de los más brillantes asesores de imagen del país. Se le atribuían un montón de

trucos. Las notas escritas a mano cuya tinta manchaba de verdad. Las mangas de camisa y el nudo de corbata suelto con la chaqueta sobre un hombro, sujeta por la mano izquierda, dejando libre la mano derecha para apretar cualquier mano.

La chaqueta sobre el hombro era de la portada de un viejo disco de Sinatra, como solía señalar el señor Allen. Aunque, antes de eso, sus candidatos la habían utilizado, durante un tiempo.

Ahora, se había abusado tanto del popular gesto de las mangas de camisa, que ningún candidato asesorado por Allen usaba ese cliché.

Cualquier modelo de campaña de Allen era copiado tan rápidamente que permitía que los demás se apuntaran el tanto, aunque para entonces ya había tenido ideas más brillantes. Allen padre no quería que le asociaran a ideas ya caducas. Lo único que comentaba con sus clientes era qué candidatos lo habían contratado y cuántos habían ganado.

Así que, naturalmente, estaba la pregunta de cuántos de esos que ganaron habían vencido a hombres mejores. Cada cliente potencial se enfrentaba al hecho de qué postura tomar.

Los preliminares de la decisión eran tarea de Amy. Consistían en saber quién era el cliente, su reputación y cómo reaccionaba ante ella.

Ella investigaba qué clase de gente rodeaba al candidato y cuáles eran sus metas.

Había habido candidatos que fueron rechazados y que luego vencieron. Y había hombres honrados a quienes Allen aceptó como clientes y que luego perdieron. No se podía ganar siempre.

Así que, ¿qué haría su padre con Harry A. Habbison? Algo había que hacer con esa doble H. Su padre podía inventarse algo. ¿Honrado y Honrado? ¿Doble H para el doble de Honor?

El hombre era honorable. Basaría su juicio en eso, pero era especialmente poco atractivo. Sin embargo, lo de H.A.H. podía ser usado por la oposición como un sonido despectivo, "¡Hah!". Quizá no deberían centrar la atención en las iniciales.

¿Cuál era el nombre completo de Chas? Ése sí que era un hombre que tentaría a toda mujer a votarlo.

Y en Chas se daba el guerrero que inspiraría confianza en los hombres. Ay, tener a Chas como cliente candidato. Todo lo que tendrían que hacer sería sacarlo por televisión y pedirle que dijera su nombre y sus intenciones.

A Amy la verdad es que no le preocupaban sus intenciones. Lo deseaba. Quería hablar con él, y hacer que la mirara, la sonriera, que estirara el brazo, le pusiera la mano en la nuca y la atrajera hacia él. Sí.

Estaba empezando a refrescar con la puerta de la terraza abierta. ¿Por qué tenía que estar allí de pie, en la fría y húmeda oscuridad, soñando con un hombre que ni siquiera la había mirado?

Probablemente era un marido fiel con seis niños. Cualquier esposa estaría dispuesta a tener seis hijos de ese hombre. Ella… bueno, no, ella no iba a tener hijos suyos. Solo quería un asunto pasajero, si es que era soltero.

Iba a intentarlo. Mañana se las ingeniaría para conocer a Sally v presentarse como una prima lejana. Y después de eso, sólo sería cuestión de esperar para conocer a Chas. El impulso era un poco temerario, y se sintió un poco imprudente. Sería una aventura.

Capítulo 2

Amy se había acostado tan temprano que se despertó el jueves a una hora completamente incivilizada. Del cielo gris de la mañana seguía cayendo llovizna. Con la puerta de la terraza abierta, el aire olía a fresco y a frío como la niebla de San Francisco.

En vez de usar una de las camas del dormitorio, Amy había abierto el sofá-cama del salón y había dormido allí, abrigada al calor de una manta de lana.

Se estiró una y otra vez y bostezó antes de quedarse acostada con una indulgencia poco habitual.

Su estómago vacío le indicó que tenía hambre. Podía comer sin problema en su suite, el frigorífico estaba lleno. Sin embargo, el factor tiempo hizo que fuera bastante urgente poner en marcha su plan.

Sería más sensato bajar a desayunar a uno de los comedores para comenzar su engaño. ¿Atendían tan temprano? ¿Estaría despierto alguno de los asistentes a la boda?

Amy se sentó y dejó que las piernas colgaran del sofá-cama, luego se levantó y se estiró, le gustaba hacerlo. Cruzando el vestíbulo de la suite hacia el baño, echó un vistazo al armario. Tendría que sacar más cosas del coche.

Fue repasando las pocas cosas que colgaban y sacó un chándal sorprendentemente caro. Lo había comprado porque el color le iba perfectamente a sus ojos azules, y era mucho mejor que el gris, tan apagado.

Amy se estudió. No tenía el aspecto de una atleta de verdad.

Su cinta para la cabeza era una vieja de su padre.

Llevaba la etiqueta McMahon, por el ex-defensa de los Chicago Bears. Se puso una sudadera morada con capucha, metió la tarjeta-llave en el bolsillo trasero de los pantalones y bajó al salón de desayunos.

¡Había bastante gente! ¿Qué estaba haciendo toda esa gente a una hora tan intempestiva?

Había un murmullo de conversaciones en la sala, y los camareros iban de un lado a otro. Se oía el tintineo de los platos y el susurro de la gente.

Entonces Amy comprendió que la mayoría de los comensales eran invitados de la boda. En su rápida ojeada no vio a Chas. Pero vio que los presentes estaban vestidos con una amplia variedad de ropa informal y deportiva, y pensó que su impulsiva compra no había sido tan descabellada.

Eligió un asiento desde donde poder oír a Sally, la pelirroja futura novia, para captar cualquier mención de su tía... ¿era Tilly? No, era

Trilby. Su "familiar en común".

Amy observó que Sally vestía una vieja sudadera gris, deliciosamente holgada. Sally podía ir vestida con un barril y seguir siendo una bomba. A Amy le encantaba que Sally se casara. Prima de Chas o no, Amy quería a Sally bien lejos.

Estudiando el menú, Amy abandonó toda prudencia y pidió un desayuno monstruoso. Huevos, bollitos, trucha, bacon, fresas y té. Y comió mientras escuchaba la conversación de la mesa de al lado.

-Los trajes no han llegado -decía la novia.

-Llegarán. No te pongas nerviosa -trató de calmarla la mujer que estaba con Sally.

-¡La boda es el sábado! ¡Pasado mañana! No quiero casarme con esta sudadera.

-Tienes el vestido verde.

-Solía ponérmelo con Frank.

-¿Bien? ¿Y qué?

-Siempre que me pongo ese vestido, pienso en Frank, a incluso tú tienes que admitir que no puedo

Llevaba la etiqueta McMahon, por el ex-defensa de los Chicago Bears. Se puso una sudadera morada con capucha, metió la tarjeta-llave en el bolsillo trasero de los pantalones y bajó al salón de desayunos.

¡Había bastante gente! ¿Qué estaba haciendo toda esa gente a una hora tan intempestiva?

Había un murmullo de conversaciones en la sala, y los camareros iban de un lado a otro. Se oía el tintineo de los platos y el susurro de la gente.

Entonces Amy comprendió que la mayoría de los comensales eran invitados de la boda. En su rápida ojeada no vio a Chas. Pero vio que los presentes estaban vestidos con una amplia variedad de ropa informal y deportiva, y pensó que su impulsiva compra no había sido tan descabellada.

Eligió un asiento desde donde poder oír a Sally, la pelirroja futura novia, para captar cualquier mención de su tía... ¿era Tilly? No, era Trilby. Su "familiar en común".

Amy observó que Sally vestía una vieja sudadera gris deliciosamente holgada. Sally podía ir vestida con un barril y seguir siendo una bomba. A Amy le encantaba que Sally se casara. Prima de Chas o no, Amy quería a Sally bien lejos.

Estudiando el menú, Amy abandonó toda prudencia y pidió un desayuno monstruoso. Huevos, bollitos, trucha, bacon, fresas y té. Y comió mientras escuchaba la conversación de la mesa de al lado.

-Los trajes no han llegado -decía la novia.

-Llegarán. No te pongas nerviosa -trató de calmarla la mujer que estaba con Sally.

-¡La boda es el sábado! ¡Pasado mañana! No quiero casarme con esta sudadera.

-Tienes el vestido verde.

-Solía ponérmelo con Frank.

-¿Bien? ¿Y qué?

-Siempre que me pongo ese vestido, pienso en Frank, a incluso tú tienes que admitir que no puedo casarme con Tad mientras estoy pensando en Frank.

-¿Por qué no lo donas a la Tienda de la Liga de la Segunda Oportunidad?

-Me sienta estupendamente -Sally dio a su voz una dulzura deliberada al admitir que tenía un aspecto fantástico.

-Tengo que admitirlo. ¿Te he dicho alguna vez que te lo robé? Pero en cuanto me lo puse, parecía un trapo de cocina, así que lo volví a dejar.

-El color no te sienta bien. Tienes muy buen tipo.

-Me estaba demasiado estrecho.

-¿Así que fue entonces cuando pasó? ¿Sabes que tuve que remendar esa costura?

-¡El viejo Simmy habría estado orgulloso de ti! -la acompañante de Sally cambió de tema, y preguntó-: ¿Dónde está Tad?

-Ha ido con Chas a correr un poco.

-Probablemente, Chas tendrá que explicarle a Tad en qué consiste el matrimonio.

-Tad ya lo sabe.

La otra mujer se rió de forma muy divertida.

-¡Ahí está! -dijo entonces Sally. Y por el rabillo del ojo, Amy vio a Sally estirarse y alzar una mano. Se levantó para dar la bienvenida mientras otra mujer, con un traje de viaje, se acercó a la mesa para darle un abrazo. Luego la saludaron otros invitados de la boda antes de sentarse en la mesa de Sally.

-A Matt le encantará que hayas venido. Estaba sudando. No estaba seguro de que vinieras. Le dije que tendrías que estar aquí para dar testimonio de que me casaba de verdad.

¿Matt? Amy intentó recordar lo que había oído sobre Matt. Alguien había dicho algo acerca de Matt la noche anterior. Que se mudaba con...

-Connie, ¿de verdad te importa?

Connie. Matt quería vivir con Connie, que al parecer se mostraba

reacia. Y Amy esperó como una fan de un culebrón a ver qué decía Connie.

En vez de contestar, Connie preguntó:

-¿Han llegado los vestidos?

-¡No! El que me preguntes eso significa que no me vas a hablar de Matt -contestó Sally con impaciencia.

-No es asunto tuyo -repuso Connie con voz remilgada.

De una manera burlona, típica de viejos amigos y de primos, Sally insistió:

-Podías darme alguna respuesta. ¡Nos hemos levantado a esta hora tan espantosa para recibirte! Y, de todas formas, eres mi dama de honor. Me lo debes.

-He venido -Connie seguía guardando las formas y las distancias-. ¿Has encontrado a alguien del grupo de Trilby?

-¿Quién iba a imaginar que los atractivos descendientes de Trilby Winsome serían tan esquivos? Nadie consigue averiguar nada sobre ninguna de las cinco hijas. Faith, Hope, Charity, Prudence y Ellen. Se van desvanecido en...

Aprovechando la oportunidad, Amy interrumpió desde su mesa para decir:

-Disculpen. No he podido evitar oír lo que decían. Es una coincidencia muy extraña, pero mi abuela se llamaba Charity Winsome... Abbott.

Durante un minuto eterno, las tres mujeres de la otra mesa miraron a Amy, y Sally sonrió y preguntó:

-¿De verdad? ¡Vaya, hola, prima! -las otras dos se rieron y repitieron el saludo.

Amy sonrió y, con un admirable autocontrol, volvió a su almuerzo. Era consciente de que las otras tres mujeres se preguntaban mutuamente con la mirada, gesticulando casi imperceptiblemente. Pero, después de eso, bajaron el tono de voz y hablaron entre ellas de forma más privada.

A1 terminar de comer, Amy firmó la cuenta. Se levantó de la silla, sonrió a las otras mujeres, que le devolvieron la sonrisa, y abandonó el comedor. Había plantado la semilla. Qué interesante sería ver si germinaba. Sentía que lo había llevado a la perfección.

Cuando salía del salón, entraron Chas y... Tad, el novio. Chas miró hacia donde estaba Amy. Ni siquiera la vio.

Pero al salir, su brazo tropezó con la puerta y tropezó al mirar hacia atrás. Vio que él se giraba a mirarla. Ella retiró la mirada inmediatamente.

Después de todo, él no se mostraba tan indiferente con ella. ¡Ja! Si

Chas supiera que los preliminares de su historia estaban progresando espléndidamente.

De camino hacia el cuadrado que llevaba a la playa, Amy pasó por las cristaleras del comedor. Por el rabillo del ojo miró dentro de la sala.

Vio que Tad estaba inclinado sobre Sally, Chas estaba arrimando a la mesa de Sally la que Amy había dejado libre, mientras Connie y Sally hablaban de Amy a los hombres. Amy siguió andando. Mirando discretamente por última vez, pudo ver que los dos hombres miraban hacia las ventanas donde ella estaba.

Mientras caminaba, sonrió para sí, con una extraña sensación en el fondo del estómago. ¡Si Chas supiera lo que había planeado para él! Ah, sí. ¿Se revolvería en sus Nike? Probablemente habría tenido historias con toda mujer que lo hubiera atraído.

¡Esa era la cuestión! Tendría que llamar su atención. Entonces lo atraería a la cama como hacían los hombres con las mujeres. Lo utilizaría para su diversión.

Pero, por el momento, tendría que esperar.

El grupo de invitados a la boda era gente bien parecida. Sería agradable pertenecer realmente a la familia. A1 ser hija única, Amy siempre había añorado una familia numerosa. ¿Se acercarían a ella?

Estaría discretamente disponible si alguien lo hacía. Eran tan curiosos acerca de los hijos de Trilby que Amy dudaba si podrían resistirse, al menos, a hacerle preguntas.

Ya que no conocían nada de esa rama de la familia, Amy podía ingeniárselas sin problemas con las respuestas. Es demasiado difícil recordar las mentiras. Sin dejar de conservar su propia identidad secreta, contaría la verdad lo más fielmente posible.

Pensando en esa idea, Amy llegó hasta la playa y paseó despreocupadamente hacia el sur, hasta el palacio rosa. Encontró algunos erizos de mar y se enfadó consigo misma por recoger dos puñados de caracolas. ¡Tenía montones de caracolas en cajas!

Coleccionar caracolas era como beber cerveza. Hay más cerveza en el mundo de lo que cualquiera podría beber, por lo que nadie debería intentar bebérsela toda.

También había más criaturas en el mar haciendo caracolas de las que ella podría recoger jamás, y debería dejar de coleccionarlas. ¡Aun pensando en ello, se detuvo y recogió otra! Pero es que esta otra era perfecta.

Caminando lentamente por la orilla, donde las olas ya habían perdido fuerza, Amy se preguntó de qué color serían sus ojos. ¿Azules? Con un pelo tan oscuro, probablemente serían marrones. Era guapo.

Formidable. Se humedeció los labios nerviosamente. Quizá debiera mudarse a otro hotel y olvidar todo este asunto.

El plan era una temeridad. ¿Se ponían tan tensos los hombres al planear una seducción? ¿0 se limitaban a irse con la primera mujer que se cruzara en su camino, sin tantos remordimientos?

Si los hombres podían apañárselas, ella también podría. Salvo en la cama, era capaz de hacer cualquier cosa que hiciera un hombre. Igualdad. Por Dios, ella no era de las que se rinden. Llevaría la seducción hasta el final. Ya había plantado la semilla de la curiosidad y tendría que crecer.

Para cuando llegó al palacio rosa, que se alzaba ostentosamente sobre la playa sur de Trade Winds, Amy tenía la fresca sensación de la determinación. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos por la playa.

Metió inmisericordemente las caracolas en los bolsillos de su sudadera morada y se lavó la arena de las manos en los remolinos de las olas, mojándose las zapatillas. Caminó chapoteando, con la cabeza ladeada hacia la neblina.

Además de Amy, había otros idiotas paseando por la playa. Si bien eran muy pocos, seguían siendo gente. Por ello, cuando las piernas musculosas, enfundadas en un chándal gris, se acercaron a ella, se movió hacia la derecha, pero él imitó su movimiento y sus Nike se detuvieron.

Levantó la vista y... ¡era Chas! Por Dios. ¡Tenía los *ojos* verdes! Muy verdes. Ella se quedó mirándolo.

-Hola, Amy Abbott. ¿0 debería decir «Prima»?

Era tan tranquilo. Tan adulto. Ninguna idiota podría engañarle. ¿Y este era el hombre a quien iba a engañar? Mmmm. Éste.

-¿«Prima»? -preguntó ella.

-Le dijiste a Sally, Elaine y Connie que eres una de los Trilby.

-No. Dije que mi abuela se llamaba Charity Winsome. Sólo sé eso. No tengo ni idea de cómo se llamaba la madre de Charity -lo miró mientras él sonreía débilmente. ¿Acaso sabía que estaba mintiendo? Decidió parecer sincera y estiró la columna vertebral. Una columna estirada siempre denota sinceridad.

-Tienes los *ojos* azules.

Ella asintió, admitiéndolo.

-Si eres mi prima tercera, eso nos convierte en primos que se pueden besar -dijo él con voz ronca y grave.

Los ojos de Amy se hicieron enormes ante la idea de poder besarle en su condición de prima de Chas. Estaba tan aturdida que se quedó mirando cómo su cabeza tapaba el cielo lluvioso al inclinarse a besar su bobalicona boca. ¡Se limitó a dejar pasar la oportunidad sin hacer

nada!

¡Vaya por Dios! Se quedó a1lí como si volviera a tener catorce años y fuera el primer beso que recibía, por el amor de Dios. Él levantó la cabeza y sonrió; y las arrugas que tenía junto a los *ojos* eran enormemente atractivas. Ella respiraba con dificultad mientras una parte de su cerebro decía: «¡Mmmm, esto puede ser muy, muy agradable! »

-Si tu Charity pertenece a nuestra familia, su madre era Trilby Cougar Winsome. Trilby era mi bisabuela. Al parecer, por lo que cuentan, era un cañón. Imprevisible. ¿Tú también eres así?

-No -su voz sonaba débil.

-Soy Charles Cougar. Mis amigos me llaman Chas. Mis primos también, prima Amy.

-¿Cougar? ¿Eres familia de John Cougar Mellencamp de Indiana?

-En realidad, John Mellencamp no se llama Cougar. Cuando empezó, su casa de discos le llamó John Cougar. Nuestro apellido se remonta trescientos años atrás, a Billy Cougar. Fue un cazador en los Apalaches. Llevaba una piel de puma a la espalda con la cabeza del felino sobre su cabeza. Por eso le llamaban así. Sabemos que era británico. Inglés. Pero no sabemos si era un joven que vino al Nuevo Mundo a hacer fortuna o si fue deportado -le sonrió-. Pero era cazador, comerciante y organizador.

-Sí -Amy seguía sin reaccionar. Estaba distraída, intentando encontrar el modo de conseguir otra oportunidad de recibir un beso de primos-. ¿Cómo te enteraste de mi nombre?

-Estaba detrás de ti cuando te registraste.

-Oh -no estaba siendo muy hábil en cuanto a mantener una conversación interesante. Si planeaba atraer a este hombre, necesitaría ser muchísimo más chispeante a interesante. Preguntó cortésmente-: ¿Ha venido contigo tu mujer?

Él no pudo reprimir una risa. La controló rápidamente, pero ya se había reído. Contestó amablemente:

-No estoy casado, ¿y tú?

Ella negó solemnemente con la cabeza, sin apartar la mirada de sus ojos. ¿Qué le divertía tanto?

-Volvamos al hotel -sugirió él-. Esto se está poniendo un poquito húmedo -la tomó del brazo y regresaron.

Las caracolas chocaban contra sus muslos al aumentar sus zancadas para mantener el paso. Se sentía como una idiota. Debería decide ahora mismo que era una farsante. Sí. Tomó aire y dijo:

¿Vas a venir a la boda? Será en los salones que hay junto al vestíbulo. Los de Las fuentes, ¿los has visto? Si sigue lloviendo,

correrán el techo para que se esté más a gusto. ¿Vas a venir?

Ella asintió con un gesto, todavía muy seria, pero comprendió lo frágil que era esa oportunidad. Necesitaba agarrarla y aprovecharla. Ningún hombre se quedaría callado. Tontearía un poquito y sonreiría. ¿Acaso los hombres tenían que trabajar tanto?

Tensó la boca increíblemente y consiguió esbozar una breve sonrisa. Entonces todo el ridículo de la situación le dio en el hueso de la risa y rompió a reír. Lo agarró de la mano y se retiró la capucha lo suficiente como para poder mirarlo, paseando a su lado, y balanceó ligeramente la mano, riéndose nuevamente.

Él le devolvió la sonrisa y su mano, grande y cálida, rodeó la de ella, pequeña, fría y húmeda. ¡Estaba siguiendo el juego! ¿Sentían también los hombres depredadores esta sensación de júbilo? Pero mientras miraba su sonrisa, alzó la mirada hasta ver *los ojos* de él, y observó que estaban como protegidos. Recelaba de ella.

¿Parecía una depredadora? ¿Una depredadora como alguno de los hombres que la habían perseguido a ella? Hay hombres a quienes las mujeres reconocen al momento como peligrosos, y así pueden evitarlos. ¿Acaso su determinación la había convertido en algo distinto? ¿Había hecho que la segura mujer de negocios se convirtiera en una cazadora? ¿Olían los hombres el peligro en sus poros, advirtiéndoles para que estuvieran alerta?

Esa forma de pensar era una completa

Había estado trabajando demasiado. Su imaginación nunca la había dominado de este modo, hasta ese momento. Claro que nunca hasta entonces se había propuesto deliberadamente seducir a un hombre.

-¿Dónde está tu casa? -preguntó Chas.

Ella parpadeó una vez para volver a la realidad de estar con Chas.

-¿Mi casa? Es una maleta. Estoy de viaje.

-¿Si? ¿Y de qué estás huyendo, Amy?

-Estoy llevando a cabo una investigación. Encuestas -eso no estaba muy alejado de la verdad.

-Debe de ser interesante. ¿Y qué preguntas?

-Depende de lo que estemos investigando.

-¿De casa en casa? -preguntó él.

-Eso también depende de lo que estemos investigando.

-¿Banco por teléfono? ¿Inspecciones de salas de calderas?

-A veces, incluso eso -su respuesta también era cierta.

-¿En qué empresa estás?

-Trabajo por mi cuenta -tuvo que sonreír ante sus esfuerzos para obligarla a ser más específica. Probablemente, él jamás llegara a saber

lo hábil que había sido en sus respuestas. Mala suerte. Le gustaría el juego.

Bueno, ¿cómo podía saber ella que a él le gustaría ese juego de intromisión? Si él supiera que estaba siendo un poco tramposa, lo más probable era que se enfadara muchísimo. A los hombres no les gusta que les tomen el pelo.

Pero lo que a él le gustara no tenía ninguna importancia. Lo que importaba era lo que a ella le gustara o deseara. Y no tenía problema en decidir desear a Charles Cougar. Cougar. Se suponía que los hombres andaban como los gatos. Y él andaba como un cazador de gatos.

Se separaron para ponerse ropa seca y quedaron en verse en la zona acristalada del discreto rinconcito de mesas y sillas que había en el piso de ella. Chas se levantó cuando Amy dobló la esquina para encontrarse con él, y sugirió:

-¿Por qué no subimos al sexto piso, a ver a los demás?

-¿Los demás? ¿Todavía hay más?

-Oh, sí. Y no han podido venir todos. Así que hay más miembros de tu recién descubierta familia a quienes podrás conocer en otra ocasión.

Dijo «en otra ocasión» con tal despreocupación, como si para ellos hubiera algún futuro.

-¿Cuántos sois?

-Todos han tenido hijos a tal ritmo que, en lugar de pumas, deberíamos apellidarnos conejos. No sé por qué número van. Veremos si lo sabe alguien en el sexto. Vamos. Se mueren de ganas por hablar contigo. Y está claro que vendrás a la boda. ¿Necesitarás un vestido? -ella negó con la cabeza. Él continuó-: Algunas de las piscinas están climatizadas. Más tarde podríamos bañarnos, antes de la cena. Esta noche no tenemos planes. ¿Juegas al ajedrez? -señaló hacia las enormes piezas de ajedrez del ingenioso tablero de ladrillo sobre el que caía una suave lluvia.

Nuevamente, ella negó con la cabeza.

-Bueno, ¿y al golf? Cuando deje de llover, podríamos jugar.

Ella asintió. Cuando tenía veinte años jugó al golf en un torneo de verano en su club. El golf no se le daba mal.

Él seguía hablando:

-Mañana por la noche es la cena de soltero en el comedor principal. Todo el mundo irá a la cena. Allí conocerás muchos secretos de familia. La familia de Tad es agradable. Te lo pasarás bien.

¿Estaban invitando al zorro al propio gallinero? Esbozó una sonrisa felina. Sería toda una experiencia. ¡Menuda historia podría contarle

con todo esto a su amiga Elsie cuando la volviera a ver! Elsie diría: «¿Que hiciste qué? No me lo creo».

Pero Elsie sabía que Amy no tenía tanta imaginación como para inventarse esta locura impulsiva. Elsie tendría que creérselo. Pero... ¿llegaría a contárselo a Elsie? Tendría que esperar y ver en qué acababa todo.

Subieron al sexto piso donde todas las suites del ala estaban abiertas, ocupadas por el clan Cougar. Chas y Amy iban de suite en suite, siendo recibidos con risas y charlas. Amy no dejaba de decir:

-¡A lo mejor no soy de la familia! -es posible decir la verdad y que lo malinterpreten y acepten con seguridad. Qué extraño era todo eso.

-Si no lo eres, te adoptaremos -anunció Matt, y Connie miró a Amy con cierta frialdad.

¿Así que Matt era un ligón? ¿Estaba celosa Connie? ¿Terminaría Connie por irse a vivir con Matt sólo para no perderle? «¡Dios, qué tela de araña tan intrincada tejemos cuando empezamos a mentir! Con qué ignorancia influimos en otras vidas». ¿Su audaz intromisión iba a obligar a Connie a hacer algo temerario? ¿Haría algo que normalmente no habría hecho?

Los Cougar aceptaban a Amy. Esa acogida incondicional le hizo sentirse incómoda. Y Chas seguía cerca. No dejaba de decir:

-Se lo diré, y me encargaré de que vaya -y, así de fácil, Chas les convertía en pareja.

¿Las mujeres caían con esa facilidad en el regazo de los hombres? ¿Se limitaban los hombres a decidir a quién querían y esperaban a que sucediera algo? ¡Era increíble! No era de extrañar que los hombres fueran mujeriegos. No les costaba ningún esfuerzo.

¡Chas, el mejor partido de todo el clan, era suyo! Y era él quien los había emparejado. Después de eso, debería poder llevárselo a la cama en, como mucho, dos días. El sábado. Sin salirse de lo previsto.

Todos los miembros del clan comieron juntos, sin dejar de hablar. Las nubes se abrieron y salió el sol, la arena absorbió el agua de la lluvia y se secó en la superficie.

Los vestidos de boda llegaron, y algunas de las mujeres fueron a probárselos. Tad era objeto de bromas acerca de si tenía o no el anillo, o de si había encargado las flores. Era tolerante. Para Amy, era como pertenecer de verdad a un clan numeroso. Era agradable.

Después de la comida, Chas levantó a Amy y dijo que se iban. Se despidieron de los demás y volvieron a salir a la resplandeciente tarde. Pasearon por los senderos rodeados de maravillosas celosías, recorriendo todo el complejo de punta a punta, a la vista de todos y, a veces, por escaleras ocultas, secretas.

-Ya que eres prima, me pregunto si querrías ayudar a la familia. Mi pri... nuestro primo Robert y su familia, con cuatro hijos, no tienen reserva -dijo Chas en medio de la charla despreocupada-. Al final resultó que el mayor no tenía varicela. Si no te importa, yo podría mudarme a tu habitación, y ellos podrían ocupar la mía -la expresión de Chas era suave y lógica-. Si no podemos apañarnos con las habitaciones que hay, tendrán que irse a otro hotel, y se perderán casi toda la diversión. Yo puedo darles mi suite, pero tampoco quiero irme del hotel. ¿Qué te parecería dejarme dormir en el sofá de tu salón?

¡Eso sí que era darse prisa! En tan sólo un par de horas, no sólo la habían aceptado como una prima más del clan, sino que Chas estaba empleando ahora «los lazos familiares» para mudarse a su suite. ¡Vaya por Dios!

Amy abrió la boca, pero las palabras no le salían. Entonces, al cruzar su mirada azul con los ojos verdes de él, que la observaban muy fijamente, pensó «¡En una situación así, un hombre saltaría ante la oportunidad!» ¿De verdad? Esto no era... Ella no había planeado... Todo iba demasiado deprisa.

-Somos primos -recordó él con dulzura-. No pasaría nada.

-Bueno... eh...

-¿Algún problema?

-No, no. Yo sólo... -pero no podía pensar en qué decir. Iba a mudarse a su suite, ¡así de fácil!

Era incapaz de conseguir que sus cuerdas vocales, golpeadas por un repentino ataque de conciencia, hicieran nada. Pero con algo de concentración consiguió que su cabeza se moviera arriba y abajo: una vez en cada sentido.

Chas aceptó ese débil gesto como un «sí» y dijo:

-Robert y Jean estarán tan contentos. Así, en mi suite, pueden cerrar la puerta del cuarto de los niños y tener el sofá del salón para ellos solos, sin tener que apiñarse todos en una sola habitación. Supone una cierta limitación para una pareja con niños -añadió pensativamente.

Él seguía llevándola de la mano mientras caminaban. ¿Hacía cuánto que se conocían? ¿Cinco horas? Y allí estaban, paseando juntos, de la mano. Él ya la había besado en el primer minuto, y ahora se iba a mudar a su suite.

Realmente, su seducción avanzaba muy deprisa. Debería estar encantada conque todo estuviera resultando tan bien. Pero, en cambio, se sentía como si hubiera subido a un tiovivo y le costara mantener el equilibrio por la velocidad con que la arrastraba en su locura.

-Voy a ir arriba en una carrera para contarle las buenas noticias a Robert, y llevo mis cosas a tu suite en unos cinco minutos. Si pasamos cerca de ella, puedes dejarme tu llave y esperarme allí -dijo Chas rápidamente.

Y eso fue lo que Amy terminó haciendo. Subieron en el ascensor del garaje hasta el tercer piso y cruzaron el pasillo hasta llegar a su suite. Abrió la puerta, le entregó la tarjeta y él se fue.

Aturdida, vagó por el dormitorio, fue al baño y se quedó en el salón. Se sentía como si acabara de bajarse del tio-vivo y no tuviera claro qué dirección tomar.

Pensó que era muy probable que alguno de los hombres del clan de Chas tuviera una cama extra. Pero si estaba dispuesta a seducir a Chas, eso le ofrecía una oportunidad notable. Otra hábil oportunidad.

Había aprovechado la primera, y ahora se encontraba mucho más cerca de su meta. ¡Cualquier hombre estaría bailando y sonriendo feliz!

¡Tenía el premio al alcance de la mano! Y ahí estaba ella, con los ojos como platos y atónita. Iba a empezar. ¡Tan fácil! De hecho, ya había comenzado. ¿Cómo terminaría?

Se abrió la puerta, y Chas empujó con dificultad un carro de equipaje con ruedecitas. Lo vació con un gesto de eficacia, mientras Amy permanecía de pie, mirándolo, con los brazos colgando.

Puso sus cosas en el baño, en el armario del dormitorio y en el cajón de abajo, que estaba vacío. Añadió más cosas a las que había en la nevera. Estaba mudándose.

-Tendremos que bajar para registrarme contigo. Pagaré la mitad de la cuenta. No pondrás conferencias sin mi consentimiento. ¿Conoces a alguien en la China? ¿India?

Con la mayor seriedad, ella negó con la cabeza.

-¿En Perú? -estaba bromeando y disfrutando.

Pero también estaba estableciendo las reglas. Ella se dio cuenta. Lo estaba haciendo. Era su suite, pero era él quien dictaba las reglas.

Bueno, no estaba mal. Necesitaban ciertas reglas básicas si iban a compartir la suite. Él en el salón, y ella en el dormitorio.

Capítulo 3

Chas y Amy regresaron al sexto piso para ver si el clan había pensado en algún plan concreto, y tenerlo en cuenta. En su lugar, se encontraron un caos bastante organizado. Algunos familiares planeaban irse de pesca por la mañana al Golfo, y otros iban a ir en coche a Disney World.

Y en su deambular se encontraron con otro primo, Kenneth Cougar, que le estaba prometiendo a Sally que volvería la noche siguiente para la despedida de soltero.

-¿Nos abandonas, Ken? -preguntó Chas.

-Sólo un viaje rápido -Ken dijo el nombre de la ciudad-. Tengo que ver a alguien importante, Martin Durwood, y ésta es una buena oportunidad.

-¿Martin Durwood? -a Amy se le escapó la pregunta.

-Sí. ¿Lo conoces?

Para obligarle a abandonar la celebración, esa reunión con Martin Durwood tenía que ser importante para Ken, su nuevo «primo».

-Sí -contestó Amy. Y preguntó con cautela-: ¿Y tú?

-No, realmente no -Ken la miró fijamente, estudiándola.

-Ten cuidado -le previno Amy.

Ambos hombres observaron a Amy como si hubieran abierto un segundo par de párpados, dada la intensidad y fijeza de sus miradas.

-¿Por qué? -preguntó Ken.

-¿De qué conoces a Martin Durwood? -preguntó también Chas.

-De... una investigación -contestó primero a Chas. Y luego miró a Ken, frunciendo ligeramente el ceño-. Lo que sé es confidencial. Tan sólo ten cuidado.

-No te gusta.

-Hay un dicho. ¿Cómo era? Sí, «si le das la mano, cuenta los dedos».

-Vaya -dijo Ken. Alzó ligeramente la cabeza, alertado. Luego la bajó, sacando ligeramente el labio inferior y asintiendo repetidas veces, con pequeños movimientos de cabeza.

-Hazle caso -le recomendó Chas a Ken.

-Gracias, prima. Mañana te contaré lo que he descubierto -Ken se despidió de Amy con un leve gesto y una cálida sonrisa. Al irse, Ken le dió una palmadita a Chas en el hombro, diciendo con jovialidad-: Qué suerte tienes, primo.

-Y, por alguna razón, -Chas se rió.

Era lo que Elsie decía: «Los hombres son diferentes».

A Amy le sorprendía haber sido absorbida por ese amplio grupo de desconocidos y haber sido aceptada por esos como una más, sin tener

que esforzarse. Nuevamente comprendió que era Chas quien había obrado el milagro. Así que todo era porque confiaban en Chas. Si él la había aceptado, los demás la aceptaban.

Lo más sorprendente de todo era la libertad con la que hablaban de las cosas más íntimas. Como ya había pensado antes Amy, al escucharles en el ascensor, tenían suerte de que no trabajara para una revista de cotilleos.

Como a veces sucede con un grupo numeroso, se hizo la calma, y de repente todos empezaron a hablar del mismo tema. Un primo estaba diciendo:

-Bueno, después de eso no podían permitir que la enterraran en el terreno de la familia. Está en un lateral, al final del cementerio.

-¿Quién? -preguntó alguien.

-No era una pariente política. Eso valdría para algunos de los que tampoco fueron enterrados en el terreno de la familia, pero Letty era una Cougar. Letty Cougar Milstone Wiggins LaCross Bernard. Esos fueron sus maridos -comentó otro primo.

-No fue su interés por los hombres lo que nos sorprendió a todos -afirmó una prima sin vacilar.

-No. Tienes razón -admitió otro primo-. Los Cougar siempre han sentido una fuerte atracción por el sexo opuesto.

Eso provocó risas de complicidad entre los primos y demás familiares que abarrotaban la suite.

Pero entonces cambiaron de tema, y en cada rincón del espacio formado por las suites abiertas de par en par se estableció un tema de conversación.

Amy no consiguió enterarse de qué había hecho Letty para que se le prohibiera ser enterrada en el terreno de la familia. ¡Imagínate, que te den la espalda incluso después de muerta! Se preguntaba si Letty no habría preferido ser enterrada en otro lugar que no tuviera nada que ver.

No pasó mucho tiempo antes de que los primos y demás familiares salieran al aire libre. Sobre todo los norteños querían estar fuera, en el adorable día de marzo. Una vez al sol, se desprendieron de las chaquetas para caminar y pasear por la playa o divertirse con algunos de los juegos que estaban a su disposición.

Amy nunca había estado en ningún sitio, en toda su vida, en el que conociera a tanta gente de golpe. Era maravillosamente divertido oír gritos de ánimo cuando ella y Chas pedaleaban en una de las barquitas. O que los demás les miraran jugar al golf. Y las críticas, con comentarios sarcásticos, cuando jugaban al tenis por parejas.

Los hombres pueden mostrarse competitivos al hacer deporte con

las mujeres, pero Chas no. Era incapaz de estar a la altura de su fuerza física, pero él se frenaba para que el juego fuera más divertido, dejando que ella se luciera. Era un hombre poco corriente.

Sólo los norteños se unieron a Chas y a ella para nadar. Los sureños saben muy bien que sólo los norteños y los idiotas nadan al aire libre en esa época del año. Chas tenía la sangre tan caliente que probablemente podría romper el hielo y remojarse sin notar el frío.

Qué maravilla sería dormir con un hombre así. Y muy pronto sabría qué se sentía. El sábado. Dentro de dos días.

Aunque Amy tenía el pelo oscuro, tenía la complexión de una pelirroja. Se le quemaba la piel y jamás se bronceaba, por lo que usaba protección y nunca tomaba el sol. Por lo tanto, casi nunca se bañaba al aire libre.

Así que no era tan chocante que nadara en una piscina cubierta y que su traje de baño fuera un Speedo de entrenamiento. Era comodísimo. Aunque era de color crema, tenía el cuello muy alto, por delante y por detrás, y se ajustaba perfectamente a sus caderas para nadar más cómodamente.

Sin embargo, como atuendo femenino, no tenía ni punto de comparación con los otros trajes de baño a la vista.

Chas le sonrió cuando ella se despojó, sin muchas ganas, de su albornoz. Y luego dijo, entrecortadamente:

-Dios mío, ¡casi parece que estás desnuda! Es como una segunda piel -le chispeaban los ojos, y sonrió más abiertamente.

Ella se sonrojó, encantada. Pero, si era una mujer decente, ¿cómo era que le gustaba parecer casi desnuda delante de él? Supuso que le gustaba que le dijera eso porque podría ser que no se mostrase tan Reacio a ceder, si es que le gustaba mirarla.

Lo cierto es que a ella le gustaba mirarlo a él. Tenía que hacerlo furtivamente, porque debía resistirse a mirarlo fijamente. ¡No estaba nada mal! Era tan hermosamente masculino. Nadie podría tomarle por otra cosa.

Estaba consiguiendo que se excitara algo. Sensaciones poco habituales le recorrían el cuerpo en espiral. Intentó hacerle una ahogadilla con todas sus fuerzas. Pero él se liberó sin ningún esfuerzo, riéndose. Tenía una gran risa.

Movía las manos despreocupadamente, pero sin llegar a ir a tientas. Dejó que Amy tomara aire antes de hundirla en las mágicas aguas, y la besó de una manera muy poco familiar.

¡A lo mejor era suyo en menos de veinticuatro horas! Eso sería una especie de récord, estaba segura. Los hombres no eran los únicos que tenían métodos astutos. También los tenía Amy Abbott Allen, la caza-

hombres.

Según decían, los hombres hacían muescas en el cabecero de la cama. ¿Cómo haría ella para dejar constancia? Una marca a lápiz en la pared del armario. Una solución perfecta. Eso sería discreto.

Así sólo ella sabría el alcance de sus conquistas. Su reputación permanecería intacta y su madre no se pondría a buscar un convento presbiteriano.

Vaya, ¿por qué la gente no era tan tolerante con una mujer, una caza-hombres, si ante un hombre que siempre está detrás de las mujeres se mostraban indulgentes y encandilados? Prejuicios. Todo el mundo debería luchar contra los prejuicios.

La verdad es que a Amy le gustaba luchar por la causa de la mujer al seducir a Chas.

Lo miró furtivamente. Qué valiente era al seducirle en nombre de la femineidad. Se rió.

-¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó él alzando la vista.

-El día. El sol. ¿Tu ineptitud al nadar?

Volvió a arrastrarla al fondo de la piscina. Y la besó de nuevo. Al volver a la superficie, y echarse ella el pelo negro hacia atrás, sus ojos azules quedaron casi ocultos por las pestañas, salpicadas con gotitas de agua.

-¿Ves? Siempre estás en el fondo de la piscina. ¡No sabes cómo quedarte en la superficie!

Estaba llegando al borde de la piscina cuando él la atrapó. Ella se rió a intentó respirar, sabiendo lo que él haría otra vez: esta vez, sin embargo, la rodeó con sus brazos y nadó con ella por toda la piscina de la forma más encantadora y apacible.

Era muy fuerte. Se le tensaban los músculos al llevarla. Se movía sin hacer esfuerzo alguno. Aparentemente sin esfuerzo.

Ya no sentía remordimientos cuando la familia de Chas la llamaba «prima». Con qué rapidez se había adaptado a formar parte de ellos. Desde su apacible colchoneta, mecida y sostenida a flote por Chas, Amy vio a Connie y a Matt caminar por el sendero de las celosías que llegaba hasta la piscina.

Hablaban de forma intensa, ajenos a cuanto les rodeaba. Connie no miraba a Matt, aunque él le dirigía miradas breves y serias. Amy pensó que estaban discutiendo.

Si Connie no quería irse a vivir con Matt, ¿cuál era el problema? Entonces Matt comenzó a separarse de Connie, pero ésta alargó la mano y le detuvo. Qué extraño. Si Connie no quería a Matt, ¿por qué le detenía? ¿Se resistía a casarse?

A lo mejor Connie sólo necesitaba... tener una historia amorosa,

decidió Amy, como ella con Chas. Y sonrió a Chas, que sonrió a su vez con suficiencia. Amy se preguntaba qué pensaría él cuando diera el paso.

Con mucha suavidad, levantó una mano y le retiró de la frente los cabellos mojados, logrando que él ronroneara débilmente. En cierto modo, eso la asustó, pero recordó que Chas era un Cougar.

Probablemente hacían todo tipo de chistes acerca de ser felinos. Felino sonaba demasiado femenino. Él era un león. Un león de la montaña, un puma. Solitario. Peligroso.

¿Otra vez notaba esa sensación recorriendo su cuerpo? Era un poco aterrador.

Salieron de la piscina y ella se puso el albornoz. Pero Chas le cubrió la cabeza con una toalla y le echó otra sobre los hombros. Él se puso su albornoz y se secó el pelo con otra toalla.

¡Volvamos a nuestra habitación -¡lo dijo de una forma tan natural!

No había motivo para echarse a temblar ante esa idea. Debería mirarle con lujuria y tentarle con sonrisas. Tenía un poco de frío en el aire de marzo. Esperaría hasta haberse duchado, lavado el pelo y vestido. Entonces empezaría.

-No quiero que te enfríes. Dúchate tú primero. ¿Necesitas que te froten la espalda? -preguntó Chas cortésmente.

Amy balbuceó un «¡Oh, no!» y cerró la puerta del baño. Se lavó el pelo. Nunca había compartido una habitación de hotel con nadie. Nunca había tenido que fijarse en el champú, ni en las maquinillas ni en nada parecido. Qué extraño y qué íntimo resultaba ver las cosas de Chas mezcladas con las suyas.

Se secó el pelo antes de darse cuenta de que no había metido su ropa. Se oyeron unos golpecitos en la puerta y se puso como pudo el traje de baño húmedo, tapándose con él antes de preguntar:

-¿Si?

-He seleccionado unas cuantas cosas para que te vistas.

Amy abrió la puerta y se rió. Chas se inclinó y sonrió, diciendo:

-Tienes un aspecto radiante.

Bastante aturdida, escogió una camisola larga, de seda, que le llegaba hasta las rodillas. Era preciosa, de color azul acuarela. Volvió a cerrar la puerta del baño, colgó el traje de baño con el albornoz y se maquilló lo suficiente para ofrecer un aspecto saludable. Recogió el baño y salió, diciendo:

-Todo tuyo.

Sin dejar de sonreír, Chas observaba su cuerpo.

-Muy bonito.

-¿Ahora tengo que ayudarte a elegir algo que ponerte?

Chas se preguntó si Amy sabría qué clase de contestación le daría.

-Tengo unos pantalones de sport y una camisa. ¿Das tu aprobación?

-Bueno, no estoy segura. ¿Qué más tienes?-sonrió, pero mordiéndose el labio inferior. Necesitaba ensayar. ¡Se sentía tan descarada!

La llevó al dormitorio, el dormitorio de ella, y abrió el armario para mostrar su ropa colgada íntimamente junco a la de ella.

-El esmoquin es para la boda, pero hay tiempo de sobra para que se airee y lo planchen.

-Demasiado formal -decidió ella.

-¿Una americana azul? ¿Con camisa y corbata?

-Bueno, no soy tan formal.

-¿Pantalones de sport y una camisa? -Chas sonrió.

-Perfecto.

Él se rió y le acarició el pelo, y ella soltó una risita demasiado deliciosa y femenina que provocó que ella misma se asustara. ¡Nunca se había reído de esa forma tan estúpida!

-Hay un grupo cruzando la calle para ir a cenar al Bar de las Ostras -dijo Chas-. O podemos ir a por gambas y ostras y volver aquí y pedir una pizza. El bar no está mal. ¿Salimos un rato? Hay una pasta de baffle. Ponte unos zapatos duros y se fue a la ducha.

Ella se aprovechó de que él era más alto y se puso tacones.

El Bar de las Ostras era un edificio de dos pisos y el bar estaba arriba. La entrada era enorme y estaba pintada de azul marino con viejos aperos de granja puestos en estantes. La escalera de madera y la barandilla eran muy robustas.

Por todo el bar había asientos de tractor, y la sala era amplia y también estaba pintada de azul marino. Las mesas eran para cuatro personas, con lamparitas individuales encima de cada compartimiento por toda la pared, y había una tarima.

Había una gran pantalla de vídeo con canciones de los años sesenta, rock and roll y estilo country, que todos se sabían. Todos cantaban a coro. Nadie se daba cuenta de ese espontáneo coro, porque todo el bar era una fiesta llena de animación. Las ostras se servían en bandejitas cubiertas de hielo. Estaban deliciosas.

Y Chas bailó con Amy.

Bailaba perfectamente. Tan perfectamente que otras primas se acercaban a pedirle que bailara con ellas.

Chas sonreía amablemente y decía «¿Qué tal más tarde?» O decía «Ahora no».

Después de que lo intentaran las primas, las desconocidas se

tomaban la libertad de acercarse a invitar a Chas a bailar.

Amy se sorprendió por los sentimientos que despertaban en ella los comportamientos de esas mujeres. Era posesiva. Pero nuevamente él rechazaba a las mujeres con amabilidad. No «No», sino «Quizá después». No bailó con nadie salvo con Amy.

Bailar con él era algo divino. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y lo hacía sin ningún esfuerzo. La verdad es que a Amy le daba igual que bailaran o no, aunque agradecía su pericia. Habría estado igual de emocionada aunque él sólo la hubiera abrazado. La abrazaba a la perfección. Se sentía tan a gusto notando la presión de su cuerpo contra el suyo. Sus brazos eran acogedores y su aliento era dulce.

La hizo dar un giro a inclinarse, bailó el Peabody, podía bailar cualquier estilo. Hacía que ella pareciera fantástica. Era su pericia al llevarla, ella tan sólo seguía sus direcciones y los movimientos que le indicaban sus manos.

Después de que él la atrajera hacia su cuerpo, tras una inclinación, y avanzara hacia ella mientras Amy retrocedía, agresivamente masculino, ella se rió, segura entre sus brazos, alzando la vista y preguntando:

-¿Cómo has conseguido aprender a bailar tan bien? ¿Eres un gigoló a escondidas?

-Mi madre era inflexible. Solía decirme «Toda tu vida lo verás en circunstancias en las que poder bailar. Es mucho mejor que quedarse sentado bebiendo y escuchando a los borrachos. Aprende a bailar» -Chas miró a Amy a los ojos, dando un traspiés deliberado y abrazándola. Y añadió-: Me encanta que mi madre vuelva a tener razón. Me encanta que se empeñara en que aprendiera. Al principio lo despreciaba. Pero me gusta llevar el ritmo contigo. Me gusta moverme contigo -su voz sonaba ronca y grave al abrazarla fuertemente en la abarrotada pista de la ruidosa sala.

Su comentario se parecía mucho a un flirteo. Tenía que haber algo que ella pudiera contestar dándole a entender que estaba interesada en él. Debería haberse fijado más en los hombres que intentaron conquistarla.

Intentó recordar qué habían dicho y cómo se habían comportado. La verdad, nunca le había interesado lo suficiente como para escuchar y contestar. Le faltaba práctica.

¿Había algún libro? Cuando llegabas a «La alegría del sexo» ya habías avanzado mucho. Tenía que haber algún manual intermedio antes de que estuvieras con un hombre en la cama.

Chas seguía estrechándola contra su cuerpo en la pista de baffle y

dijo con esa voz tan especial:

-Tengo hambre.

-¿Quieres que vayamos a por la pizza ahora? Sonrió, como si algo le divirtiera, y contestó:

-¿Por qué no?

Se marcharon discretamente, salieron del bar, cruzaron los cuatro carriles de la concurrida calle por el semáforo y regresaron a su suite. Él no le metía ninguna prisa. Tenía experiencia en trabajar con desconocidas.

Se sentaron en la terraza, bebiendo vino, mientras hablaban del complejo, del tiempo, de la noche y de la cercana boda. Pasaron a las noticias de actualidad y él fue a por la botella de vino.

Al terminar el segundo vaso, Chas sugirió pedir la pizza. Ella aceptó.

-¿Verdad que no lo apasionan las anchoas? -preguntó él.

-Me temo que sí -se disculpó ella.

-Dios mío. ¿Han organizado toda la distribución de anchoas sólo para complacerte?

Chas pestañeó para ocultar el fuego que nacía en sus ojos.

-¿Cómo justificas que el resto del mundo diga «Todo menos las anchoas» sólo para que tú puedas conseguirlas?

-Viajo.

-Y conoces a Martin Durwood.

-Sólo por una encuesta que hice -se dio cuenta de que no quería mentir. No tenía nada en contra de disimular, pero no podía mentirle a Chas a la cara.

-En tus estudios a investigaciones, ¿eliges lugares designados?

-Casi siempre.

-¿Para quién trabajas?

-Para varias... organizaciones.

-Amy Abbott... -¿se detuvo adrede?-. ¿Eres la peregrina que indica tu nombre?

-Ah, sí. Una inocente -¡era verdad!- En realidad, las peregrinas tuvieron que ser mujeres fuertes con columnas vertebrales de acero para ir en el Mayflower y sobrevivir a11í. Hemos vivido en el país desde entonces.

-Las mujeres en general, sí, pero, ¿te refieres a tu propia familia?

-Oh, sí.

-La mía también. Además de Billy Cougar, o como quiera que se llamara en realidad, llevamos mucho tiempo por aquí -la miró fijamente.

-Si esto es «El Juego de la Verdad», háblame de Charles Cougar. ¿A

qué te dedicas?

-La familia está metida en muchas cosas. Yo me dedico a las manufacturas. Es un trabajo desagradecido. No es muy romántico para presentarte a una mujer. Tratas con datos y cifras, sindicatos y contratos, fechas límite y, a veces, con retrasos.

-¿Qué preferirías hacer?

-Manufacturas -contestó con sencillez-. Me parece un reto. Me gusta cubrir las necesidades de la gente. Me encanta. Lo que quería decir es que casi nunca sirve como tema de conversación.

-¿No te apetecería ser un pirata? -eso era lo que esperaba que hubiera dicho, y se lo imaginaba mucho más haciendo eso que conformándose con su aburrido trabajo en las manufacturas, ¡por el amor de Dios!

-¡Un pirata! -arqueó sus despeinadas cejas-. Soy un hombre decente que no tolera las mentiras. Ah, ahí está la pizza. No te muevas.

Se movió con demasiada suavidad para ser un hombre decente. Se movía como un hombre peligroso. Tenía el aspecto de saber cómo ir de un sitio a otro y verlo todo entre medias sin ser visto.

Dijo que era decente y que no toleraba las mentiras. ¿Mentiras como la de Amy Abbott Allen, que había entrado en el clan de los Cougar mediante insinuaciones? Si la descubría, antes de desvanecerse en el olvido, ¿cuánto se enfadaría? ¿Qué diría?

Regresó para acercarle uno de los paños de cocina, en vez de una servilleta de papel que podría salir volando. Se sentaron sociablemente, compartiendo la pizza

Y el vino

Se le veía relajado y su conversación era muy amena. Miraba a todos lados, pero casi nunca a ella.

Cuando la miraba, a Amy le llegaba al alma. Su cuerpo reaccionaba con una fuerza tal, que llegó a dudar de si no estaba cometiendo una estupidez al complicarse, por muy ligeramente que fuera, con Charles Cougar.

Éste recogió las sobras, y Amy pensó en el ridículo que haría diciendo que se iba a acostar. Era la primera vez, en sus veinticuatro años, que se encontraba en esta situación en concreto, a solas con un desconocido.

Era tremendamente masculino, lleno de fuerza. ¿Qué tal si ella decía «Vamos a la cama», sin más? Lo

Miró escrutándolo. j

Él la miró como si estuviera respondiendo a su mirada. Y le dio la guía de la TV por cable.

-Creo que a las diez hay una película que me apetece ver. ¡No te

pongas nerviosa conmigo!

Esas palabras sacudieron a Amy. ¿Sabía él sus intenciones? ¿Sabía que había planeado seducirle y por eso estaba siendo amable con ella?

-¿Qué? -preguntó ella, algo azorada.

-¿La has visto? Creo que es bastante buena. ¿Te apetece verla?

¿Quería que ella viera la TV? ¡Menuda sorpresa! Debía sentirse muy seguro con ella. Y a Amy le molestaba en parte que él se sintiera tan seguro. Algo irritada, abrió la guía y vio que estaba anunciada: ¡No te *pongas nerviosa conmigo!* Empezaba en diez minutos.

El dejó una botella de coñac en el extremo de la mesa ¡y abrió el sofá-cama! Amy notó que él hablaba con bastante cotidianeidad.

-¿Por qué no traes los almohadones del dormitorio? Estaremos comodísimos viendo la tele -se detuvo y la miró-. Quieres verla, ¿no?

-Claro -Se dirigió pensativa al dormitorio y volvió con otros cuatro almohadones. ¡Menudo decorado para una seducción! Almohadones, la tele, la cama abierta. Sí.

¿Podría ser que la seducción fuera esa noche? Se estremeció. Le resultaba imposible seducirlo esa noche.

No estaba preparada mentalmente. No le importaba besarlo apasionadamente, y ver cómo respondía. Pero no soportaría que él estuviera inclinado sobre ella y le dijera «No». Se moriría.

-Quítate los zapatos antes de acostarte en mi cama.

¿Acostarse en su cama? Eso era lo que estaba haciendo, acostarse en su cama. Sólo para estar cómoda al ver la película.

Se sentía sudorosa y se estremeció ligeramente. Era una situación bastante enervante. El sábado, cuando lo sedujera de verdad, estaría destrozada por los nervios.

-¿Quieres que deje abierta la puerta corrediza? Se está más fresco y agradable. Voy a por una manta -sin decir palabra, apagó la luz de la cocina, dejando tan sólo una lamparita en el cabecero del sofá-cama.

Había conseguido crear un rincón muy acogedor. Encendió la TV y comenzaron los preparativos. Amy se descalzó y se deslizó en la cama. La cama de Chas. Ella había dormido a1lí la noche anterior. Pero esa noche era la cama de Chas. Y ella estaba a1lí.

-¿Estás cómoda? -se desabrochó el cinturón, provocando que ella se atragantara, pero se limitó a sacárselo de las trabillas del pantalón y a tirarlo sobre una silla-. ¿Tienes algún cinturón del que quieras desprenderte? -preguntó amistosamente.

-No -fue una respuesta rápida.

Él se descalzó y se sentó en el nidito, ocupando mucho más espacio de lo normal. Amy nunca había compartido una cama con nadie. Era muy corpulento. La tenía arrinconada.

-Bebe un poco de coñac -tenía la mirada puesta en la TV al tiempo que comenzaba la película... un hombre y una mujer fundidos en un cálido y hambriento abrazo, tanteando con las manos, moviendo la boca con apetito.

Amy miraba, fascinada, le ardían las mejillas, su cuerpo reaccionaba de forma muy extraña.

Chas suspiró. Se le veía disfrutar suavemente.

Ese sonido hizo que a Amy le recorriera el cuerpo una corriente eléctrica. Le encantaría que Chas la besara exactamente así, repitiendo ese mismo sonido. Era muy inquietante ver a otras dos personas hacer el amor mientras estaba sentada en una cama llena de almohadones, con un hombre como Chas.

Algo interrumpió el abrazo de la pantalla, pero Amy no sabía de qué se trataba. Estaba tan atenta, tan concentrada en la reacción de su cuerpo por estar allí, en su cama, con Chas, que había perdido el hilo de la historia.

Chas le retiró el vaso de sus dedos y se lo acercó a la boca. Sus pestañas casi le cubrían los verdes ojos al observarla beber obedientemente. Sonrió como si ella lo hubiera hecho bien. Dejó el vaso en la mesita, mientras el fuego líquido abrasaba la garganta de Amy... y... se extendía...

Se volvió hacia ella y le besó los labios humedecidos por el coñac. La besó repetidamente, dando pequeños sorbitos al coñac que quedaba en su boca, y se movió. Con la boca, empujó ligeramente la cabeza de Amy, y alargó las manos hacia ella, haciendo que se recostara sobre los almohadones y besándola de una manera mucho más apasionada mientras se inclinaba sobre ella.

¡La excitación que explotó en el cuerpo de Amy estaba completamente desbocada! Se atragantó, y él la besó de una manera exacta al del beso que habían visto en la película. Con hambre. Intensamente. ¡La seducción de Chas podía empezar ya mismo! ¡Sólo tenía que dar el paso!

Capítulo 4

¡Seducir a Chas esa misma noche significaría adelantarse en dos días a lo previsto! Un paso repentino bastante sorprendente. Amy era una mujer muy organizada, y saltarse así el orden de los acontecimientos era algo inquietante.

Chas interrumpió esos pensamientos que la refrenaban, estirándose para apagar la última lamparita. Entonces volvió a besarla. Su respiración era fuerte, entrecortada.

Empezó a frotar su cara lentamente contra la de ella de la forma más erótica. Su cálida respiración se aceleraba a medida que recorría su cara besándola ardientemente, con besos muy breves.

Se parecía tanto a un puma que ella esperaba oírle ronronear, pero sus sonidos eran humanos y muy masculinos, eran sonidos de placer.

Amy estaba segura de que conocer y seducir a alguien en veinticuatro horas era todo un récord, incluso para un hombre. Por eso, recostada en ese nido de almohadones, en su cama, con el puma inclinado sobre ella, acorralándola... Amy dio el paso.

Deslizó una mano por la espalda de Chas, pero alzó la otra a propósito hacia su nuca, para levantarle la cabeza.

Ahí. La suerte estaba echada. Ahora él conocía sus intenciones, agresiva y sin miramientos. Ella lo deseaba. Y sería suyo. Y se atrevió a volverse hacia él!

Esperaba que él reaccionara de alguna manera. Que se atragantara por la sorpresa. Quizá un momento de vacilación al ver lo que estaba haciendo.

Pero él ni se atragantó ni se sorprendió. Acercó su ardiente boca bajo el lóbulo de su oreja y la embriagó con su cálido aliento, rozando y acariciando su suave piel con la barbilla, cubierta por una suave barba del anochecer. Y su mano derecha se deslizó desde su estómago hasta el esternón, y de ahí al pecho, cubriéndolo y acariciándolo.

¿Con cuántas mujeres habría hecho el amor, para no sorprenderse ante un gesto tan atrevido como el de ella? Pero Chas movía la mano, acariciando, pellizcando suavemente, empujando dulcemente. Y bajó la mano hasta la cadera, la rodeó hasta llegar al trasero, y la abrió para atraerla con fuerza contra su propio cuerpo.

¡Con qué rapidez se había excitado! Qué sorprendente. Y por su cuerpo subían maravillosas sensaciones, desde las caderas hasta el pecho.

Probablemente, él no diría que no. Estaría dispuesto. Podía mostrarse más agresiva.

Le agarró la cabeza con ambas manos y deslizó los dedos a través de su cabello negro. Y buscó su boca para besarlo. No tenía muy claro

cómo seguir a partir de ahí.

A él no parecía importarle. La besó con notable pericia y empezó a subirle la falda. Eso provocó en su pecho ráfagas casi de pánico, y su respiración se hizo entrecortada.

Sin dejar de besarla, consiguió levantarla lo suficiente para dejar la falda por la cintura y bajarle las bragas hasta las rodillas. Entonces la acarició los muslos llegando hasta muy arriba.

Era una suerte que él estuviera casi encima de ella, o por el contrario habría salido disparada a través de la pared. Se atragantó y le recorrió un escalofrío, su cuerpo le temblaba, por lo que Chas frenó sus movimientos y la acarició gimiendo suavemente, y sus besos se convirtieron en una ligera llovizna. Una llovizna de agua hirviendo.

Con los restos que le quedaban de sensatez, consiguió balbucear:

-No estoy tomando la píldora

Su parsimoniosa voz le susurró al oído:

-Yo cuidaré de ti -entonces deslizó su boca para lamerle el pezón bajo la seda del vestido, y abrió la boca para mordisquear y besar el capullo floreciente que se ocultaba a11í.

Ella dobló las rodillas, se retorció, y, como le molestaban las bragas en las rodillas, se las quitó dando una patada al aire.

Él se rió en su pecho al acompañarla en el movimiento, y, sin saber cómo, Amy se encontró con que le había quitado el vestido por arriba, y estaba totalmente desnuda.

De repente, tenía los pies helados. ¿Pies fríos? ¡Era verdad!

-Estoy desnuda -estaba tan sorprendida por ello, que sentía la necesidad de decirlo.

-Y yo no. Bueno eso se puede arreglar.

Se levantó y se arrodilló en la cama. ¿Iba a volver a ponerla el vestido? No estaba muy segura de que le apeteciera esa idea. La verdad era que prefería estar así, con él, en su cama.

A pesar de estar a oscuras, se cubrió con ambas manos. Y podía notar que estaba completamente sonrojada, pero no tenía ninguna intención de cortar la seducción. Seguía deseándole.

Bañado por la intermitente luz de la TV, Chas se quitó la camisa y la arrojó a un lado. Luego se peso de pie en el suelo, para quitarse los pantalones y los calzoncillos.

Amy pudo ver que Chas se ponía un preservativo. Lo hacía muy bien. Probablemente había ensayado bastante.

Volvió a la cama y se acurrucó, contemplando a Amy de arriba a abajo con la misma luz parpadeante de la televisión. Alargó una mano hacia ella y contempló su cuerpo, acariciándola hasta llegar a la cara.

Era tan íntimo. Era tan consciente de ser la mujer frente a su

hombría. Su voz sonó un tanto ronca:

-Bellísima. Dios mío, Amy, eres impresionante.

Le costaba respirar, y tuvo que abrir la boca. Habría atribuido su molestia al hecho de estar desnuda... si no fuera porque todas sus terminaciones nerviosas estaban a punto de estallar presas de la excitación. Se frotó minuciosamente las rodillas y se relamió los labios. Deseaba tenerle encima.

Alargó una mano para tocarle... el brazo. Estaba cubierto de vello. Se excitó al tocarlo. Era algo tan íntimo.

Su brazo. Sí.

Pero él permaneció allí, de pie, observándola, y con una mano la tomó de la cabeza mientras se inclinaba para besarla de una manera casi casta.

-¿Estás segura?

¿De desearlo? ¡Qué locura!

-¡Claro que sí! -¿por qué creía que lo estaba seduciendo? Casi le irritaba su vacilación. ¿Acaso pensaba en echarse atrás? Se incorporó y dijo-: Si tú no quieres...

Suavizando su voz, contestó rápida y dulcemente:

-Amy, ven aquí. Ponte de pie.

La ayudó a levantarse y la atrajo hacia él. Deliberadamente hizo que su pecho velludo rozara los senos desnudos de ella, y lentamente atrajo su vacilante cuerpo hacia el suyo. Ella estaba sorprendida. Apartándose de él, preguntó:

-¿Podría lastimarte?

Su voz sonó rota pero muy sincera al tranquilizarla.

-Oh, no.

Con eso, ella dejó que él la abrazara con fuerza contra su cuerpo. Desde el pecho hasta los muslos, se encontraba enfrentada a su dura masculinidad. Notaba su duro pecho velludo, la presión de sus manos de hierro y sus muslos musculosos y velludos.

Tenía su estómago a la altura de su ardiente y abultado sexo. Su tamaño era impresionante.

-Nunca encajará -lo afirmó llanamente y se sintió amargamente desilusionada.

El soltó una suave risita muy divertida. La abrazó, deslizando las manos por su espalda con mucha dulzura, y la tranquilizó:

-Todo saldrá bien. Sin problemas.

No estaba tan convencida. Echó atrás la cabeza y lo miró.

-Las estatuas no tienen algo tan... bueno, son mucho más pequeñas. No creo que esto funcione.

-De verdad, cielo, saldrá bien.

Con cierta sorpresa, ella preguntó:

-¿Has hecho esto antes?

-No debería haber preguntado. Estas cosas no deberían convertirse en algo demasiado familiar y...

Con precaución, él preguntó:

-¿Qué... tipo de cosas?

Como una mujer de mundo, contestó didácticamente:

-Las historias pasajeras. Como sólo son breves encuentros, no deberíamos contarnos detalles del pasado. Yo... ésta es mi primera vez.

Él no dijo nada.

-Te he sorprendido, ¿no? Bueno, mi vida no ha sido muy corriente, y nunca lo he intentado. Así que, cuando te vi, como estábamos allí, pensé que sería un momento propicio para ver en que consistía.

Él respiraba con fuerza, pero sus manos se habían suavizado mucho. La besó en la sien y la abrazó con una dulzura exquisita.

-¿Por qué yo?

Con bastante franqueza, contestó:

-Llevo años viviendo en un mundo de hombres. Viajando con mi padre... -vaya, casi se le escapa. Adoptó un tono más formal, más frío-. Casi siempre he llevado una especie de escolta. Sin embargo, he oído cosas, y en varias ocasiones se me ha acercado algún hombre. Pero nunca quise. Y pensé que a lo mejor tú estabas dispuesto -Amy había vuelto a llevar a Chas a la cama- Me estoy enfriando.

Con voz susurrante, habló con sinceridad:

-¡No podemos hacerlo! -la rodeó con su calor y se inclinó sobre ella-. Vamos a calmarnos durante un par de días y ver cómo van las cosas.

Ella tragó saliva junto a su oído.

-¿Lo he hecho tan mal? -preguntó con tristeza-. ¿Me he equivocado en la forma de acercarme?

-Has hecho que me volviera loco -y era cierto. Ni siquiera se había dado cuenta de su "acercamiento" porque había estado demasiado concentrado en acercarse a ella. ¿Acaso no se había dado cuenta de cómo había avanzado hacia ella, en todos los sentidos? ¡Era muy ingenua! Probablemente fuera virgen, ¿o era demasiado inteligente? ¿Podía ser tan inocente una mujer experimentada? Como poco tenía veintidós años-. ¿Cuántos años tienes?

-¿Qué tiene eso que ver con el sexo?

-¿Eres mayor de edad? -preguntó, algo alarmado.

-¡El hecho de que no sea muy buena seduciendo a un hombre no significa que sea una cría! -exclamó indignada-. Tengo veinticuatro

años.

-Es bastante difícil adivinar la edad de una mujer. Hace poco conocí a una de doce años que parecía tener veinticinco. En cuanto abría la boca, te dabas cuenta de que habías tirado muy por lo alto, pero con todo podría aparentar dieciocho años ¡y tenía doce! Las mujeres me desconciertan -se recostó y apoyó la cabeza sobre ambas manos.

Ella se giró para acurrucarse al calor de su cuerpo.

-Los hombres me resultan unos completos desconocidos. Conozco la parte cerebral de los negocios y de los hombres, pero la parte física me queda muy lejos. No tengo hermanos, ni hermanas, pero nunca he visto a un hombre desnudo. Y tú eres muy bello.

-Gracias. Te devuelvo el cumplido. Me trastornas los sentidos, y también el cuerpo, no sé si lo has notado. Creo que estoy siendo demasiado claro.

-¿Puedo... tocarte? ¿Tienes calor? ¿Es como las orejas? ¿Frío?

-Ahora mismo mis orejas están bastante calientes, y tienes mi permiso para hacer lo que quieras, con tal de que podamos intercambiar privilegios.

-Bueno, tú ya me has tocado, ¿te acuerdas?

-Claro. Si quieres tocarme en mi estado seminatural, tendrás que darte prisa. Estás excitándome otra vez.

-¿De verdad? ¡Qué amable por tu parte, decir eso!

-¿No te das cuenta de cómo afectas a los hombres?

-Nunca lo había intentado.

Él entreabrió los labios, pero para ella ya era demasiado tarde para poner a prueba a un macho potencial.

-¿Puedo encender la luz?

-Antes tendremos que cerrar las cortinas. Podría vernos alguien.

-De acuerdo -saltó de la cama y corrió las cortinas girando la manivela-. Ahora -volvió a la cama y se arrodilló junto a él-: ¿Puedo?

Él se estiró y encendió la luz. Soltó una risita algo torpe, divertido, encantado y algo azorado.

Eso le encantó a ella. Se inclinó y le besó en la boca. Luego se sentó sobre una cadera y se le quedó mirando.

-Qué interesante -lo tocó, y él reaccionó. Estaba fascinada-. Eres increíble.

-Soy un hombre.

-Oh, sí.

-Amy...

Ella fijó su seria mirada en sus ojos verdes.

-¿Encajará?

-Sí. Te prometo que no pasará nada. No soy nada fuera de lo común.

Ella se decidió finalmente.

-Si de verdad no te importa, me apetecería intentarlo.

-¿Cómo has conseguido vivir veinticuatro años sin perder esa inocencia?

-Tampoco creo que sea nada fuera de lo común. Hay tantas mujeres como yo como mujeres del otro tipo. Sobre todo, con las enfermedades, hay un montón de mujeres que no creen en el sexo libre, o que nunca han tenido la oportunidad, o que optan por no distraerse, y luego están aquéllas a las que no les interesa.

-¿A ti te interesa?

Lo miró muy seria. Contestó suavemente:

-Me interesas tú.

-¿Eres de verdad? ¿Te ha enviado alguien a hacer esto? ¿Me están tendiendo una trampa?

Volvió a mirarlo de golpe. ¡Una trampa! ¿Sospechaba algo?

-Sencillamente me apetece una historia pasajera -su voz sonaba genuinamente sincera. Y añadió-. Sin ataduras.

Él le pasó una mano por la nuca y susurró:

-¿Sin ataduras?

Ella negó con la cabeza.

El volvió a atraerla hacia su cuerpo, abriendo la boca. Ella se inclinó deseosa, rozando con sus senos el pecho de Chas, y le ofreció sus labios. Éste dijo:

-Abre la boca.

Lo hizo, y él la besó de la forma más increíblemente sensual que jamás había soñado. Sus lenguas se encontraron y una serie de sensaciones inimaginables recorrieron su estómago y sus senos.

Se deslizó hasta tumbarse encima de él. Sus senos eran exquisitamente sensibles al tacto de su torso velludo. Con una mano le recorrió el torso y, luego, la fue bajando por su cuerpo sin dejar de tocarle, de acariciarle, de hacerle cosquillas. Él soltó un ligero gruñido y unos sonidos tan placenteros que ella se rió en voz baja.

-Me estás haciendo cosquillas -gruñó suavemente y bastante divertido-. Ríete, ¿quieres?- la apartó sin

esfuerzo, tumbándola de espaldas. La miró, a11í acostada, como si fuera un banquete. Y se preparó para disfrutar al máximo.

Si hubiera podido salir de debajo de él, habría trepado por las paredes. Le dijo:

-No me extraña... -y añadió-: Lo entiendo... y también. Oh... -muchas veces. Y susurró-: Chas... más veces todavía.

Encajaba, tal como le había prometido. Y después de adaptarse a aquella invasión, sentirle era algo maravilloso. Sollozó entrecortadamente por la intensidad de sus emociones.

También las de él, ya que nunca se había acostado con una virgen, y estaba siendo muy tierno y dulce con ella.

Sus cuerpos se cubrieron de sudor mientras él la guiaba por los senderos del amor, mientras la conducía pacientemente a las alturas y, finalmente, a la cima del paraíso.

Ella balbuceó sorprendida y lo abrazó con fuerza en la dulce y tumultuosa locura que les mecía hasta lo más íntimo. Era el estallido definitivo de sensaciones, y lentamente volvieron a caer sobre la cama, agotados y sin fuerzas.

Por fin, musitó ella:

-No me extraña que los hombres cacen a las mujeres. Tampoco me extraña que las mujeres estemos aprendiendo a cazar.

-Esto ha sido especial -el viejo maestro estaba enseñando a la niña inexperta. Chas se recostó sobre los codos y la contempló a la luz de la lámpara.

En su inocencia, ella preguntó:

-¿No es siempre así?

-Siempre es agradable. Pero casi nunca es así. Esto ha sido increíble.

-Vaya. Y lo he conseguido a la primera -lo miró, sonriente.

-A lo mejor sólo es conmigo -Chas sintió que lo estaba dominando una extraña sensación de posesión.

Ella se rió con un murmullo. Y dijo:

-Eres fantástico.

-Eres increíble. No puedo creerme que esto haya sucedido.

En ese momento, ella oyó el sonido cada vez más fuerte de la TV y miró a la pantalla para ver qué era: ¡Fin!

-¡Se ha terminado la película! ¡Hemos estado todo este tiempo!

-Sí.

Amy musitó vagamente:

-Me pregunto cómo habrá terminado.

-Fabulosamente -deslizó una mano sobre su cabeza y se inclinó para besarla en la mejilla.

Ella sonrió con dulzura.

-Me encanta haberme estrenado contigo.

-Amy...

Ella confesó abiertamente:

-Voy a hacer una serial en mi armario para dejar constancia. Serás mi primera señal. No quiero hacer una muesca en el cabecero de la

cama. Mi madre pensaría que me estaban saliendo nuevos dientes.

Se echó a reír.

-¡Supongo que es así! ¡Ha sido maravilloso! Gracias -alargó los brazos y lo abrazó, dándole un beso descarado, lleno de libertad, y lamiéndole los labios.

-Amy... -su voz profunda había adquirido un tono de precaución.

-¿Ha sido demasiado atrevido? ¿Debería ser más tímida? ¡No puedo! ¡Sin lugar a dudas, esto es lo más maravilloso que he hecho en toda mi vida!

Todavía tumbada debajo de él, abrió los brazos.

-¡Me siento como si estuviera en una pastelería y no pudiera decidir qué tipo de pastel probar! Supongo que podría salir y decide a los hombres, «Poneos en fila y escogeré» -se rió al imaginarse haciendo esa locura. Pero Chas estaba desolado. Dijo:

-Amy... -por quinta vez, como poco. Pero no sabía qué quería decide a continuación. ¡Acababan de tener un encuentro sexual de primera clase con un clímax compartido! Eso era algo realmente notable por poco corriente, pero no conocía a la mujer que estaba debajo de él.

¿Cómo podía encadenarse a una relación permanente con una mujer a la que acababa de conocer?

-Amy... -otra vez. Y la besó, porque iba a apartarse de su lado, y quería hacerlo lo más agradablemente posible.

Pero ella lo rodeó con sus brazos, de forma exuberante, y lo volvió a besar.

El deseo volvía a agitarse en Chas.

Eso tampoco era muy frecuente después de una liberación tan total. Esta mujer era notable.

Era tan juguetona y deliciosa como un cachorrillo. Una mujer tan deliciosa, y tan irresistible, era como para volverse loco. Y volvió a hacerle el amor, pero sin llegar hasta el final.

Rodaron y se rieron y se hicieron cosquillas y bromas. Se juntaron y se separaron. Era divertido.

Cuando ya estaban tumbados, jadeantes a intentando descansar, Amy se quejó:

-He perdido mucho tiempo siendo tan Aura.

-¡No! -su voz sonó demasiado dura, aunque él sólo quería ser fume-. Has disfrutado tanto gracias a que

antes supiste guardar la compostura. Si te hubieras acostado con muchos, ahora sería algo aburrido y rutinario.

-¿De verdad? -sin darse cuenta de lo grácilmente sensual que resultaba, se recostó sobre su estómago, apoyando la barbilla en una

mano para poder observarlo bien-. Tú parecías estar disfrutando sin encontrarlo aburrido ni rutinario.

-No he tenido tantas experiencias -la miró a los ojos, y dijo-. No todos los hombres van de cama en cama.

Eso despertó la curiosidad de Amy.

-¿Entonces cómo sabes qué tienes que hacer?

-Por mis padres. Por los libros. Mis padres mantienen una relación genial. Cuando éramos pequeños siempre nos contaron que el sexo es uno de los dones de responsabilidad de la vida.

Ella sonrió

-Mis padres se quieren de verdad. Se conocieron mucho antes de casarse. Ella fue virgen hasta la noche de bodas -Amy pensó durante unos instantes y añadió-: No creo que llegue a casarme. Me gusta estar en el mundo de los negocios. Participar en diversos asuntos. Y ahora que sé que me gusta el sexo, seré una caza-hombres.

-No -sonó con firmeza, sin dejar lugar a dudas acerca de su significado.

-Vaya, ¡pues sí que es buen momento éste para que digas algo así! -se rió y le acarició el pelo, con cierto descaro.

Él contestó con voz profunda y fuerte.

-No quiero que te conviertas en una mujer sin escrúpulos. En una zorra.

Mostrándose algo traviesa, preguntó:

-¿Por qué no me lo dijiste cuando te enteraste de que ibas a ser tu primer amante?

-No soy de hierro -hablaba en serio.

Ella deslizó una mano hasta tocarle.

-¿No eres de hierro? Vaya. ¿De acero?

-Ten cuidado -le advirtió-. Nunca he estado con una mujer que me excitara tanto como tú. No podía dejar de pensar en ti. Te deseaba.

-¿Antes de que yo diera el paso? -estaba encantada-. ¿Tú también?

-Sí -hablaba con más solemnidad.

Ella lo notó y dijo:

-No te pongas tan serio conmigo, Chas. Esto no es más que un paréntesis. Nada más. Eres muy amable por enseñarme a atar cabos... Mmm, atar cabos. ¿Crees que eso me ha salido por mi época de navegante?

-¿Qué? – estaba muy confuso y distraído.

-Enseñarle a alguien «a atar cabos». Supongo que eso viene de cuando los lobos de mar enseñaban a los jóvenes novatos a hacer nudos y a tirar sogas, ¿no? ¿Eres un lobo de mar?

Ignoró la indirecta y dijo:

-Voy a subir a bordo y navegar contigo hasta que nos olvidemos del mundo -y lo hizo. Con gran pericia hizo que se volviera loca por él, y sus ansias, tan brutales, lo excitaron al máximo, lo que hizo que su unión fuera exquisita y su satisfacción completa.

Suspiraron y sonrieron, y él se estiró para apagar la luz antes de atraerla hacia sí, estiró la manta, apagó la TV y se durmieron.

Aquel segundo día, Amy también se despertó al amanecer. No era que se hubiera despertado descansada y lista para levantarse, era que Chas estaba deslizando las manos por su cuerpo y frotando su cara contra ella, otra vez hambriento. Ella dijo:

-Estúpido lobo de mar. Duérmete otra vez.

Pero no lo hizo. Ella se apartó, arregló el almohadón y se sentó. Pero él se arrimó, acurrucándose junto a ella, mostrando una boca ansiosa, y, acariciando su piel con su barba de dos días, consiguió que a ella se le pusiera la carne de gallina.

Ella soltó una risita. Él se limitó a emitir unos sonidos con los que logró que a Amy le recorrieran el cuerpo nuevas sensaciones.

Recorrió con sus manos las curvas de Amy tocándola, acariciándola. La giró para poder mordisquearla.

Y besarle el cuello.

Ella gimió y chilló y se rió durante un rato, y luego se movió lánguida y sugerentemente, uniéndosele en el juego hasta que volvieron a hacer el amor.

Se estiró debajo de él, que no dejaba de mirarla con sus ojos verdes.

-¿Vamos a hacer algo más hoy?

-No -dijo él con firmeza.

Ella le sonrió, y luego se estiró para juguetear con sus orejas y acariciarle las cejas.

-Si me metiera en la piscina, me ahogaría. No podría moverme lo suficiente para mantenerme a flote. ¿Cómo consigue sobrevivir la gente casada?

-Me conformo con pensar de dónde sacaré las fuerzas para vestirme para la cena de esta noche y para asistir mañana a la boda.

-Sally me ha invitado a una fiesta de mujeres después de la cena de esta noche. ¿Te importa?

A él le encantó que le pidiera permiso. ¿Se daba cuenta ella de que lo había hecho?

-No te retrases mucho -y luego, extrañamente, añadió-: Y cuídate.

-¿Por qué? -lo miró con picardía. ¿Cómo había aprendido a hacerlo? Bajó a propósito las pestañas y la mirada se convirtió en perversa.

Él sonrió y movió la cabeza.

-Podrías convertirte en una juerguista temible.

-¿En una zorra?

-No -otra vez se puso serio.

-¿Puedes apartarte? Necesito ir al baño. Estoy pringosa.

-Yo te bañaré -al decirlo, se le quebró la voz.

-Vaya, puedo hacerlo yo sola. Te necesitaba para que me enseñaras a disfrutar del sexo, y te lo agradezco. Nunca lo olvidaré. Pero puedo bañarme sola.

-Podría ser divertido bañarte.

-Puede que te lo permita en otro momento -contestó ella con cierto descaro.

Cuando tengamos muchos momentos. Como ahora.

-¡Me muero de hambre! -se quejó ella. -Ve a bañarte. Te prepararé el desayuno.

-¿Cómo sabes lo que me apetece comer?

-Vi tus platos ayer por la mañana. ¡Comes como un estibador!

Ella se encogió de hombros, sonriendo.

-Nunca engordaré. Nuestra familia...

-Me encargaré de que hagas suficiente ejercicio. Volvió a sonreír.

-Ya sé. Natación, golf...

-La cama.

-¡Ese viejo ejercicio! -suspiró y dejó caer los brazos. Con voz bronca, Chas dijo:

-Te deseo otra vez.

Ella frunció el ceño, provocativa.

-¿Todos los hombres son insaciables?

-Sólo yo contigo.

-Eres fantástico -le bajó la cabeza para besarle-. Me duele un poco.

-Lo suponía. He sido demasiado glotón -se deslizó hasta ella, con cuidado- Pero es como cualquier ejercicio, te adaptarás.

Se rió nuevamente, levantándose de la cama. Tirando de la sábana para cubrirse con ella, recogió su vestido y se lo puso

-Lo dices como si fueras a convertirlo en algo habitual.

-¿Y no? -estaba acostado, observándola.

-No creo que podamos en sólo dos días.

-No -dijo él-. En sólo dos días, no.

Vestida de seda, se giró y él pudo contemplar, lleno de excitación, su pelo corto y revuelto, su rostro coqueto, su espalda y la forma de Bus senos al mirarle con cierta sequedad.

-No habrá más tiempo. Me voy el domingo.

Él asintió rápidamente.

-Claro -pero lo dijo sonriendo.

Ella se dirigió al baño y abrió el agua para llenar la bañera. Luego volvió a la revuelta habitación, eligiendo unos pantalones cortos, un jersey y ropa interior. Volvió a la cocina y preguntó:

-¿Siempre cocinas desnudo?

-Me gusta quedarme con lo fundamental.

Ella asintió con la cabeza, aceptándolo.

-¿Quieres bañarte antes?

-Me ducharé mientras te tomas el primer plato. Ella le previno.

-No te emociones. Suelo comer raciones normales. -Enterado. Cereales

-No.

-Date prisa.

Lo dejó enfrascado en la cocina y volvió al baño, donde se desnudó. Echó sales de baño y se metió en la bañera, feliz, dejando que el agua la cubriera al máximo. Se giró para tumbarse, sonriendo con los ojos cerrados.

-Una sirena.

Abrió los ojos de golpe, y vio que Chas estaba de pie ante ella, observándola magníficamente. Se sonrojó e intentó taparse rápidamente con las manos, pero esbozando una sonrisa.

Él se sentó en el borde, se inclinó sobre la bañera, metió los brazos en el agua y atrajo a Amy hacia él, besándola.

-¿Qué es lo que tiene el agua, para que siempre quieras ahogarme cuando me besas?

-No lo vas a ahogar -la tranquilizó con un suave gruñido-. Te cuidaré. Tienes que salir. Si no lo haces, y me meto en la bañera contigo, mi sirenita, tendremos que preparar otro desayuno. El tuyo ya está listo.

Ella se sentó, y aceptó su mano para levantarse.

-¡Estoy muerta de hambre! -agarró una toalla para taparse y se secó discretamente.

Él la ayudó, pero escogiendo muy bien dónde secar. Y comentó, aliviado:

-Bueno, por lo menos he descubierto algo que te distraiga del sexo.

Ella le miró con seriedad.

-Chas. ¿Crees que te he... utilizado?

Con tristeza, él dijo:

-Mi cuerpo es lo único que te interesa.

-Bueno -lo miró, pensativa-. Tienes unas pestañas maravillosas.

-Muy amable.

Preocupada, insistió.

-Chas, no he herido tus sentimientos, ¿verdad?

-Sobreviviré -se dio la vuelta con aspecto triste. Seguía maravillosamente desnudo. Pero era la viva imagen del Guerrero Vencido.

Amy frunció el ceño. Entonces se vistió deprisa y ordenó el baño mientras él traía sus ropas y se disponía a ducharse.

El desayuno la esperaba en la barra de la cocina. Zumo de arándano. Huevos revueltos con bacon. Y, en una fuente cubierta para conservar el calor, una tostada. Había hecho un trabajo excelente.

Comió con buen apetito, recorriendo con la mirada el complejo hotelero.

Chas había abierto las cortinas y la puerta corrediza, y hacía un día perfecto. ¿De verdad sabía que le había elegido para utilizarle sexualmente?

Aunque era cierto, sería una vergüenza para él sentirse un... objeto sexual. No podía permitirlo.

Estas historias podían complicarse más de lo que valía la pena. No quería herir sus sentimientos. Pero estaba tan contenta de haberlo conocido.

Recordó los hombres que le habían atraído en esos últimos meses, y se preguntó si alguno podría ser tan maravilloso como Chas. Ninguno.

Era la quintaesencia del hombre. No podía imaginarse haciendo algo tan íntimo con ningún otro hombre de los que conocía. Tenía suerte de que hubiera aparecido en el momento oportuno.

Pero... Pero... ¿Pero cómo encontraría a otro hombre de ese nivel? Ahhh, ése era el problema. ¿Le habían permitido probar un trocito de cielo a sabiendas de que jamás volvería a probarlo?

Seguro que no era eso. Seguro que conocería a otros. Pero, si eso no sucedía, al menos estaba encantada de haberle conocido. Había merecido la pena todo ese esfuerzo. Qué hombre tan especial.

Ya vestido, se sentó a la mesa. Todavía tenía el pelo húmedo. Se sentó enfrente de ella y la sonrió.

-Me gusta desayunar contigo.

-¿Sabes que siempre estoy viajando? Paso muy poco tiempo en casa. Tan poco, que vivo con mis padres.

-¿Dónde?

-Nada de intercambio de información, ¿te acuerdas?

-Yo también viajo. Pensaba que nuestros caminos podrían volverse a cruzar.

-No, Chas. Podría acostumbrarme a ti.

-¿Y eso sería tan malo?

-No estoy preparada.

-Te daré mi tarjeta. Si cambias de opinión,¿me llamarás?

Ella preguntó, muy seria:

-¿Seguirías deseándome después de once hombres?

-¿Todo un equipo de fútbol? -se le veía muy sorprendido.

Pero ella lo pasó por alto.

-Me has entendido.

-Tendría que verte, Amy. Creo que deberíamos explorar esta magia que ha surgido entre nosotros. No se parece a nada que haya conocido. ¿Somos nosotros? ¿El tiempo? ¿Un hechizo? ¿Duraría? Apenas sabemos del otro más que el nombre, y fíjate en este milagro. No quiero perderte.

-Sólo es un paréntesis -le advirtió-. Si me presionas, tendremos que separarnos ahora.

-Eres una mujer muy terca.

-¿Lo ves? -sonrió con dulzura-. No soy perfecta.

-Te falta poco -también le sonrió-. Termínate el desayuno. Tengo coche. Te llevaré a un lugar de la costa. Te encontraré algo para que me recuerdes.

-¿Qué? -preguntó ella. Lo miraba con dulzura. Intentando grabarlo en su memoria.

Él contestó de pasada:

-Lo sabré cuando te vea -y miró a Amy.

Capítulo 5

Durante todo el viernes, el resto del clan de los Cougar fue llegando para la boda. Primero llegaron los matrimonios jóvenes, luego las parejas con hijos y, por último, los miembros de más edad.

La afluencia iba acompañada de risas y saludos y charlas familiares con exclamaciones cercanas a lo grosero.

-¿Sigues llevando esos trajes?

-¡Por Dios, Freddie, estás hecho un palillo!

-¿Cuándo es el funeral?

-Ah, Chas, han venido tus padres? ¿No? ¿Siguen en China? ¿Cuánto tiempo llevan a11í?

Amy escuchó eso. Era un alivio saber que los padres de Chas no estarían en la boda. No sabía cómo reaccionarían cuando se enteraran de que su hijo se estaba, mmm, acostando con una desconocida que aseguraba ser de la familia.

Para entonces, los numerosos Cougar ya sabían que Amy no era una extraña, sino uno de los «retoños de Trilby». Viéndose acosada a preguntas, Amy empezó a entender en qué consistió la Inquisición Española.

El interrogatorio fue intenso

-¿Y bien? ¿Una de las Trilby? -le preguntaban, casi siempre con mirada incrédula.

Los que mienten siempre se ciñen a las respuestas más simples. Por lo que ella contestaba:

-No estoy segura. Mi abuela se llamaba Charity Winsome, pero no tengo ni idea de cómo se apellidaba su madre -y Amy deseaba desesperadamente no haberse embarcado nunca en esa farsa.

Sin embargo, en ese momento vio a Chas al otro extremo del salón, y no lamentó haber compartido su intimidad. Su primer amante.

Otro familiar comentó en tono crítico:

-No te pareces a nosotros.

Chas contestó a eso:

-Tiene el pelo oscuro de los Cougar.

-Es diferente -le replicaron secamente-. El suyo tiene mechas rojizas, y el nuestro es negro.

-Connie es rubia -mencionó Chas, intentando mantener el semblante serio. Sin embargo, su buen humor hacía que le brillaran los ojos.

-Pero Connie no es una Cougar auténtica -comentó con cierto desprecio una mujer de avanzada edad.

Y un hombre ya mayor opinó:

-Admitamos que Amy es de los nuestros. ¿Siendo tan guapa, ¿a

quién le importa? Ven, muchacha, y dale un beso a tu viejo “primo”.

Amy sonrió, pero se apretó contra Chas, que intervino:

-Venga, venga, Bart, recuerda que han venido todas las mujeres y que te conocen bien. Tienes que comportarte.

Así, si bien los más jóvenes habían aceptado a Amy sin mayores reparos, aunque sin el entusiasmo de Bart, los mayores estaban recelosos. Amy deseó con todas sus fuerzas no haber empezado toda esa farsa.

Pero, en ese caso, no estaría compartiendo ahora una suite con su «primo» Chas. ¿Cómo podía lamentar su alocada a impulsivo intromisión en la reunión de los Cougar?

En el sexto piso del hotel, los familiares invitados hablaban en grupitos, pero siempre había alguien centrado en el pasado de Amy.

-¿Quiénes son tus padres?

-Los Aaaabbott -otra vez esas «aes» extra. Estuvo a punto de decir Allen, su verdadero apellido.

Los mayores eran quienes más se empeñaban en enterarse de todo.

-¿Dónde vives? -una pregunta simple para una respuesta simple. Era una pregunta fácil para cualquiera. Menos para Amy. Cómo contestaría sin descubrirlo todo.

Al lanzarse impulsivamente hacia esa aventura, Amy no había pensado en el interrogatorio de la familia de Chas. Era obvio que tendría que inventarse algún pasado. Contestó con evasivas.

-Bueno... Papá no para de viajar.

-¿A qué se dedica? -qué rutinaria sonaba esa pregunta.

Pero Amy contestó sin mucha convicción:

-Eh... encuestas.

-No eres muy habladora, ¿verdad? -observó un adulto críticamente.

Nuevamente, Chas contestó por ella. Muy amable y abiertamente, dijo a los interrogadores:

-Así es como hablan los encuestadores. ¿Nunca habéis tenido que soportar una encuesta? Te dicen «conteste sí o no: ¿Sigue pegando a su mujer»?

Chas esperó a oír las protestas que esa pregunta provocaba siempre, y prosiguió con bastante lealtad:

-Los encuestadores prefieren que se responda con una palabra. Simplifica el recuento de respuestas.

Entonces, antes de que el familiar pudiera preguntar nada más, Chas dijo:

-Tenemos que irnos. Sólo hemos venido a saludaros, pero tenemos que irnos ya.

-Bien -dijo el primo Bart-. Iré con vosotros.

-En esta ocasión, no -Chas sonrió mientras, con Bran habilidad, se llevaba a Amy lejos del bullicioso gentío-. Volveremos para la cena de esta noche -dijo por encima del hombro a quienes intentaban detenerles, y los dos fugados salieron.

-He leído algo acerca de estar en el punto de mira -a Amy le temblaban las piernas al caminar-. ¿Ha sido algo parecido?

-Muy parecido -contestó Chas, divertido-. Pero en lugar de lamas afiladas, tienen lenguas afiladas. Ya descubrirás lo que les hacen a los intrusos.

Aunque la estaba mirando con sus centelleantes ojos verdes no parecía advertir la palidez de su rostro, y no dijo nada acerca de su incomodidad ante las preguntas personales.

En cuanto alcanzaron la seguridad del patio interior, Amy movió la cabeza a un lado y a otro, suspirando con fuerza.

-No somos muchos en nuestra familia, y siempre lo había lamentado -por lo menos hasta ahora- pero ya no estoy tan segura.

-Son buena gente -dijo él-. Espera y lo verás, se reúnen y se regañan y discuten. Exigen una atención especial y arreglan las cosas. Son maravillosos.

Parecía estar muy seguro.

Ella no lo tenía tan claro. Comentó en tono de censura:

-¡Los Cougar son tan ruidosos! Probablemente por eso el hotel les metió en el sexto piso. El sonido va hacia arriba -y admitió-. Pero parecen divertirse -eso era verdad, y Chas asintió. La risa era el sonido principal entre los Cougar.

Si no la hubieran cosido a preguntas, a Amy le habría gustado quedarse por allí escuchando a los invitados de la boda. Sus conversaciones eran chispeantes, divertidas y llenas de recuerdos picantes o sorprendentes. Nada ni nadie eran sagrados.

Realmente, la familia debería grabar esas conversaciones. La gente y los recuerdos no serían eternos. Sin muchas ganas, le preguntó a Chas:

-¿No deberías quedarte? ¿Estar con ellos? No deberíamos irnos y abandonarlos.

Chas negó con la cabeza y sonrió a Amy.

-Los veo varias veces al año. Me conozco casi todas las historias. Esta noche, antes de la cena, nos reuniremos con esos en el cóctel de bienvenida en la zona de las fuentes. Bart probablemente se caerá en una. Bebe un poquito.

-¿Un poquito?

Chas se rió.

-Bastante. Es un borracho. Pero es el hombre más real que puedas

encontrarte. Cuando se trata de ir al grano, ahí está él... y sobrio.

-Nosotros siempre hemos dependido de nosotros mismos.

-Nosotros también -Chas miró a Amy-. Pero el apoyo de la familia es algo genial.

-¿Qué tal cuando no los necesitas?

El sonrió y le acarició el pelo.

-Eres una maravilla. Estoy de acuerdo con Bart. No deberíamos perderte.

Ella seguía en sus trece.

-Sólo durante este fin de semana.

Él la tomó de la mano.

-Ya veremos.

Ella le permitió tomarle de la mano, pero empezó a pensar en irse discretamente. Para ello, necesitaría poco equipaje, ver qué tenía en la suite, y estar lista para salir pitando en cualquier momento.

Tendría que dejar una nota. ¿Qué le diría? Ha sido bonito conocerte?» Eso ni siquiera daría una idea de la magia que Chas le había descubierto. ¿Y qué nota podría hacerlo? ¿Qué palabras?

Con voz ronca, él preguntó:

-¿En qué piensas para estar tan seria en un día tan glorioso como éste?

-En la noche pasada, contigo.

-Okz, Amy -se detuvo para rodearla con los brazos y estrecharla fuertemente-. Si no quieres que terminemos en el suelo del paseo, tendrás que tener mucho cuidado. ¡Me vuelves loco!

Ella alzó la mirada y dijo burlonamente.

-Estaba pensando en la cantidad de espacio que tenía. –Tuve que dormir pegada al borde. ¡Por fin sé lo que tienen que sufrir las mujeres por dormir con un hombre!

-Pero te daba calor -le dijo a la descarada mujer Cuando me desperté estabas acurrucada junto a mí, estabas diciendo «¡Mmm, eres tan cálido!» -intentó imitar su voz, pero fracasó lamentablemente.

Miró al horizonte y luego en derredor, de esa forma tan masculina. Y dijo:

-Si queremos ir a algún sitio tendremos que dejar de hablar de esas cosas. Me desconcentras.

Recalcó esas palabras recordando el título de la película que había en televisión la noche anterior, y que no vieron.

-¿Crees que repetirán la película esta noche? -preguntó ella-. Me gustaría verla.

-Compraré el video. Puede que al final consigamos pasar de la primera escena y verla toda.

-¿Fue la película lo que te hizo estallar? -preguntó Amy, frunciendo el ceño.

-¡Algo lo hizo, está claro! -cambió el término-. Volvamos al hotel.

Volviéndose obedientemente hacia el hotel, Amy comentó:

-Creí que íbamos a ir en coche hasta la costa.

Haciendo una mueca, Chas dijo con toda sinceridad:

-Es igual que esto. Agua, cielo, arena, palmeras. Nada del otro mundo. Podríamos buscar un porche y tumbarnos al sol y descansar.

-El sol me abrasa la piel.

-Ya lo sé -dijo él, compasivo- Y tú me abrasas a mí. Haces que me ponga a arder.

-Creo que sólo sabes pensar en una cosa. Cuando lo seleccioné... para este proyecto, no tenía ni idea de que eras un maníaco sexual.

-Nunca lo había sido. ¿Qué quieres decir con eso de que me seleccionaste?

-Ya Sabes. Para que... nos conociéramos -se sonrojó.

-¿Querías conocerme?

-Vamos a dar de comer a las gaviotas.

-¿Te pongo nerviosa? -preguntó, intrigado.

-Creo que comen de todo. Hay unos niños echándoles comida desde la terraza. Seguro que son sus espinacas.

-No te muevas. Tengo que besarte.

Ella tragó saliva.

-¡Aquí! ¡A plena luz del día!

-¿Acaso los Aaaabbott no se besan de día?

-Has puesto demasiadas «aes».

-Así es como lo dices tú.

-Cálmate y bésame, ¿o sólo estabas amenazándome?

Y tuvo que demostrarla allí mismo que iba muy en serio. La besó para que todo el mundo lo viera. No le importaba lo que pensaran los demás.

Todos los Cougar sabían que estaban compartiendo una suite. Nadie se tragó la excusa de que había dos dormitorios.

-Ya sabes. Para que... nos conociéramos -se sonrojó.

-¿Querías conocerme?

-Vamos a dar de comer a las gaviotas.

-¿Te pongo nerviosa? -preguntó, intrigado.

-Creo que comen de todo. Hay unos niños echándoles comida desde la terraza. Seguro que son sus espinacas.

-No te muevas. Tengo que besarte.

Ella tragó saliva.

-¡Aquí! ¡A plena luz del día!

-¿Acaso los Aaaabbott no se besan de día?

-Has puesto demasiadas «aes».

-Así es como lo dices tú.

-Cálmate y bésame, ¿o sólo estabas amenazándome?

Y tuvo que demostrarla allí mismo que iba muy en serio. La besó para que todo el mundo lo viera. No le importaba lo que pensaran los demás.

Todos los Cougar sabían que estaban compartiendo una suite. Nadie se tragó la excusa de que había dos dormitorios.

Chas sonrió y asintió, encogiéndose de hombros.

-Eres de esos hombres que enseñaría a una criatura y inocente a comerse las frambuesas a lengüetazos. Y su madre tendría que pasarse año y medio intentando que el niño se quitara esa manía.

Él pensó en esa posibilidad arqueando las cejas y asintió.

-Sí.

Pero Amy comprendió que Chas sería un buen padre.

Le compró protección solar y se la extendió por la cara y por los brazos. Y se sentó para esparcirla suavemente por sus piernas, con sumo cuidado. Lo hacía muy lentamente.

-Tengo que depilarme las piernas -se estaba disculpando.

-Yo lo haré -la miró con sus ojos verdes, sentado sobre los talones, mientras la sujetaba una de sus piernas-. Amy...

Ella lo miró, sonriendo.

Él puso una rodilla sobre el suelo, a inclinó la cabeza hasta apoyarla sobre el estómago de ella, abrazándola, deslizando una de sus enormes manos hasta la base de la espalda y la otra por los muslos.

Ella le pasó las manos por el pelo, al tiempo que una extraña sensación le suavizaba el pecho, al darse cuenta de que podría amar a ese hombre.

El levantó la cabeza, soltó a Amy y siguió extendiendo la crema protectora por sus largas piernas.

-¡Luego me toca a mí! -exigió una voz femenina y gutural.

-No, a mí -dijo otra.

Chas parecía no enterarse, pero Amy miró indignada a las dos mujeres informes vestidas con enormes camisas floreadas y pantalones remangados.

Las intrusas sonrieron ampliamente a Amy.

Pero ella no les contestó: justo detrás de ellas, dos mujeres más jóvenes se habían parado y miraban a Chas como moscardones.

Amy Abbott Allen, la caza-hombres, se ofendió y las miró con dureza. No les mostró los dientes, pero pensó en hacerlo.

Chas se limitó a terminar de untarle las piernas con la protección solar. Se levantó, besó a Amy en la frente, la tomó de la mano y se la llevó como si no viera a nadie más.

Era un hombre interesante. Un hombre. Claro que sí. Después de pensar en sacar los dientes, estaba orgullosa del hecho de no mirar hacia atrás por encima del hombro, sacando la lengua.

No tenía muy claro que el no sacar la lengua demostrara mayor madurez que no mostrar los dientes.

Pensando en sus instintos infantiles, primitivos, finalmente se dio cuenta de que estaba permitiendo que Chas la guiara.

Estaba unida a él por su mano, que había capturado la suya, y estaba caminando medio metro por detrás de él.

Pensó en ese comportamiento. Era una mujer moderna, independiente y libre. Era una caza-hombres. Y la estaban llevando como si fuera la esclava de un guerrero. Y le gustaba.

Le proporcionaba una sensación de calma.

Entre la muchedumbre de estudiantes disfrutando de las vacaciones de primavera, y de familias con niños pequeños, Amy caminaba detrás de un Cougar que le iba abriendo Paso. Lo miró. Confiaba en que él cuidaría de ella para tener la libertad de mirar alrededor y de mirarlo a él.

Sus hombros eran anchos y fuertes, y su cuerpo delgado y fuerte.

Giró la cabeza para mirar atrás, y sobre todo a ella. Sus pestañas suavizaron el fuego de sus ojos verdes. Esbozó una minúscula sonrisa, y fue como si su lengua la lamiera en el estómago con un gran salto de felino, de Cougar.

La sensación era tal, que ella tomó aire sin querer, como si él fuera a hundirla en la piscina, aunque estaban en tierra firme y seca.

Era muy consciente de la cara interna de sus muslos. Se le tensaron unos músculos poco utilizados, provocando que un escalofrío recorriera su columna, enderezándola y erizando la suave capa de vello. ÍY todo por una mirada de Chas!

No, también estaba su fuerte mano, dura y cuadrada, sujetando la suya con firmeza. Estaba su hombro, duro y amplio, rozándola en la mejilla. Estaba su calor, rivalizando con el del sol, y estaba el hecho de que estaba vivo, a11í, con ella.

Él miró en derredor, sin parecer darse cuenta de las miradas de las otras mujeres. La miró a ella. Estaba con él. Estaba paseando majestuosamente con un hombre llamado Chas Cougar.

Entonces, un horrible pensamiento surgió desagradablemente en su conciencia. Chas Cougar era un hombre decente que odiaba las mentiras. Aunque estaba con él, era gracias a un engaño.

Había mentido. Había mentido al abrir una cuña en el clan de los Cougar, y había permitido que la etiquetaran como una prima más.

A pesar de sus débiles protestas, asegurando que a lo mejor no pertenecía a la familia, no lo había negado. Y estaba esa mentira en cuanto a que su abuela se apellidaba Winsome. Había dejado que el apellido siguiera ahí... otra mentira.

-¿Qué te preocupa? -la voz grave de Chas sonó justo en su sien.

Ella alzó la mirada hacia sus ojos verdes, desolada.

-¿Te encuentras bien? -su voz sonó más aguda, y se detuvo para agacharse, acercando la cabeza para mirarla a *los ojos.* Deslizó la otra mano por su hombro y frunció el ceño-. ¿Qué pasa?

Ella entreabrió los labios y contestó en un susurro:

-Creo que estoy un poco cansada.

-De acuerdo.

¿De acuerdo? Le compró una hamburguesa, la llevó de vuelta a la suite, desconectó el teléfono y la acostó. Esta vez en el dormitorio. En una cama.

Le apartó sus manos, tímidas y protectoras, y le hizo el amor de una manera deliciosa, posesiva, silenciosa, seria, con sus duras manos y su duro cuerpo. Entonces la acurrucó entre sus brazos y se durmieron.

Antes incluso de abrir *los ojos,* Amy sabía que él se había ido. Entreabrió los párpados y confirmó esa impresión. ¿La había abandonado? Se levantó y miró en el armario. Sus ropas seguían ahí. Volvería.

Esa sensación de alivio la alarmó tanto como el pánico que había sentido al pensar que él se había ido. No podía permitirse esa dependencia emocional hacia un hombre decente que despreciaba la mentira.

Había llegado el momento de recoger sus cosas para desaparecer. Estaba convencida de que era la única forma de irse. ¿Cómo podría estar de pie delante de Chas o acostada a su lado y decirle adiós? Se llevó las manos a la cabeza y se estiró.

Todo eso era una locura. Era una trampa. No quería irse, todavía no, ¿pero cuándo llegaría el momento en que quisiera dejarlo?

En sus siguientes aventuras tendría que ser más selectiva. ¿Significaba eso que a partir de entonces se conformaría con algo que no fuera lo mejor? Seguro que no. Había elegido a Chas porque era el mejor.

Su dependencia emocional se debía probablemente al hecho de ser virgen. Según se decía, una mujer siempre sentía algo por el primer hombre con el que se acostaba. Probablemente fuera eso lo que había

fallado con ella. Se estaba poniendo sentimental con Chas.

Sacó la ropa que necesitaría para el cóctel y la cena de esa noche y para el día siguiente y la boda. Y lo que necesitaría para cuando se fuera.

Amy se puso un amplio jersey de lana. Recogió la ropa sucia, más vestidos y los zapatos que habían ido llegando desde el coche hasta el ropero común. Sacó la tarjeta-llave y salió sigilosamente hacia el coche.

Hasta bajó en el ascensor que daba a la playa, por si Chas volvía a la suite.

Tras empaquetar todo en el coche, vagó por los senderos y descubrió una escalera escondida donde se podría sentar, a solas, sin que la vieran, y pensar en cómo se las apañaría para abandonar a Chas.

Nada más sentarse en los escalones, al calor del sol, oyó voces. Se echó a un lado, suponiendo que alguien bajaría las escaleras, pero las voces siguieron en el mismo sitio, a la vuelta de la esquina. Eran voces de mujer, y seguían hablando.

Eran las voces de Sally y de Connie. Ésta preguntó:

-¿Por qué decidiste casarte con Tad? ¿Es tan distinto de¡ resto?

-Te lo contaré por todo lo que hemos vivido juntas -contestó Sally casi con cinismo- El otoño pasado, conocí en una fiesta a un hombre encantador. Era impresionante. Pensé, « Vaya. ¡Qué bien!» y empecé a acercarme a él. Y él me dijo, «¿Así que te acuerdas?» Pero no me acordaba. ¡Y descubrí que ya había pasado todo un fin de semana con él! Todo un fin de semana, sin apenas salir de la cama, ¡y ni siquiera recordaba cómo se llamaba!

¡Él estaba ofendido, pero yo estaba desolada! Me había pasado un fin de semana con un hombre en la cama, y ni siquiera recordaba su nombre. Pensé que era el momento de dejarlo. Estoy orgullosa de Tad. Me ama. Le cuidaré, y llegaré a enamorarme de él. Tú también deberías ir pensando en sentar la cabeza, Connie. La vida desenfrenada puede llegar a durar demasiado.

La voz de Connie sonó débilmente.

-Todavía no he encontrado a mi Tad. Lo cierto es que nadie quiere casarse conmigo. Son todos como Matt. Por mi reputación actual, acostarse conmigo es un tanto más en la carrera de cualquier hombre que quiera hacerse famoso como amante.

-Quemazón -dijo Sally con firmeza-. Déjalo durante un tiempo, hasta que vuelva a interesarte. Creo que el sexo fortuito es como una droga. Si lo haces constantemente, se convierte en una rutina, y pierde todo el encanto. Hasta los drogotas tienen que desintoxicarse durante

un tiempo para retomarlo más tarde.

Y Sally le aconsejó a Connie:

-Tómatelo con calma durante un tiempo y deja que Matt sufra por ti. Además le servirá de estímulo.

Connie afirmó severamente:

-No voy a acostarme con Matt.

-¿No quieres?

-Lo amo.

-¿Entonces?

-Él no me ama -la voz de Connie se quebró.

Y Sally protestó:

-¡Pero si se muere por acostarse contigo!

-No sería la primera vez -contestó Connie-. Hemos tenido una especie de aventura durante años. Ahora él está disponible y me tiene a mano.

-¿De verdad es así? -preguntó Sally con serenidad.

-Sí.

-¡Estás sufriendo! -la voz de Sally sonaba muy dulce.

-Mucho.

-Pero has venido a mí, sabiendo que él estaría aquí, Connie. No tenías que... Ni siquiera puedo decirlo. Tenías que estar aquí, conmigo. Eres la hermana que nunca tuve.

-Sí -Connie asintió con voz quebradiza.

-¿Estás bien?

-Muy bien -contestó Connie con amargura.

-¿Sabes que a Tad no le importaría que te vinieras con nosotros?

Connie se rió, hipando.

-No seas ridícula.

-Eso está mejor. ¡Tengo que probarme otra vez ese odioso vestido! ¿Vienes?

-Creo que pasearé durante un rato -contestó Connie.

-Bueno, luego lo veo.

¡Amy pensó que no se irían nunca! Se quedó completamente quieta, en silencio, hasta asegurarse de que se habían ido. Al no oír nada, empezó a levantarse en su rincón secreto.

Y volvió a oír sollozos. Vaciló. ¿Cómo podía dejar a Connie a11í, tan sola y tan desgraciada?

Amy recordó todos esos momentos en que había llorado a solas. Se identificaba especialmente con el comentario de Chas acerca de cómo los Cougar corrían a ayudar a un familiar desgraciado.

¡Era una Cougar! Aunque sólo fuera temporalmente.

Mientras bajaba las escaleras en silencio, Amy dudó, pensando que

se estaba entrometiendo. Connie no la oyó. Estaba sentada, hecha un ovillo en el escalón superior. Se tapaba la cara con las manos. Su melena rubia estaba adorablemente revuelta.

Amy, sin saber qué hacer, se sentó junto a Connie y le dijo:

-¿Necesitas un pañuelo de una amiga... de una prima?

Connie levantó la cara, con sus enormes ojos llenos de lágrimas, sorprendida, y se apoyó en Amy, sin dejar de llorar.

Amy le dio el pañuelo a Connie, al tiempo que la tomaba entre sus brazos. Una buena llorera podía ayudar a pensar. Pero esperó, y Connie no dejaba de llorar. Se agitaba en espasmos.

Amy preguntó dulcemente:

-¿Qué puede llegar a ser tan malo? Sea lo que sea, podrás superarlo. Venga. No puedes permitirte estar tan disgustada. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Te encuentras mal?

Connie asintió con fuerza y soltó un quejido, estremeciéndose.

Amy preguntó atemorizada:

-¿Has ido al médico?

-Mañana.

-No te pongas en lo peor. ¿Quieres que te acompañe?

Connie se apartó de Amy y la miró, desolada.

-Oh, Amy, ¡gracias! A las nueve y media. No podría ir a mi médico personal. ¡Me moriría!

-¿Dónde quedamos?

Una voz masculina, profunda, familiar desde hacía tan poco, preguntó mientras se sentaba en el suelo de madera, detrás de ellas.

-¿Qué sucede?

Era Chas. Era como si hubiera llegado la caballería.

-¿Connie? ¿Problemas? Cuéntame.

-No puedo -con mucho esfuerzo, Connie se serenó. Se puso derecha y se tranquilizó.

Chas le dio a Connie un pañuelo limpio. A1 levantarse, tomó a Amy por el codo, indicándola que se pusiera de pie. Le dijo:

-Te veremos en la suite, ¿de acuerdo? No tardaremos -besó a Amy en la mejilla y le dio una discreta palmadita en el trasero. Con eso la estaba despidiendo.

Amy miró a Connie, que también se había levantado y que habría bajado la escalera si Chas no la sujetara por el brazo, impidiéndole irse.

-¿No te importa? -Amy preguntó a Connie.

-No -Connie esbozó una sonrisa-. Cuando se trata de ayudar, Chas es inagotable.

-¿Quieres que se entrometa? -Amy se sentía muy poderosa.

Connie se encogió de hombros.

-Lo hará, de todas maneras. Nos da igual dejarle o no.

Amy miró a Chas con frialdad, y éste le guiñó un ojo.

Qué típico de un hombre, no darse cuenta de que estaba ofendiendo a alguien. Se giró enérgicamente y echó a andar por el paseo.

No regresó directamente a la suite, sino que paseó durante un rato antes de admitir que, fuera cual fuera el problema de Connie, Chas sabría arreglárselas. Era un hombre capaz de solucionar cosas, de suavizarlas, tenía aguante.

Pero Connie le necesitaba de verdad. En esas circunstancias, Amy podía permitir que Chas se encargara y resolviera aquello, fuera lo que fuera.

Incluso sin desobedecer deliberadamente a Chas, que le había dicho que fuera a la suite y le esperara allí, no podía volver inmediatamente. Primero tenía que digerir ese inquietante sentimiento que la consumía.

Caminó hasta dejar atrás al último de los visitantes del hotel, para poder meditar sobre lo que había oído sin querer a Sally y Connie. ¿Quemazón sexual? Era normal quemarse con el trabajo, con las drogas, ¿pero con el sexo?

Probablemente no fuera el sexo. Serían las maquinaciones para conocer a alguien aceptable, pasar por los preliminares y pensar en cómo separarse.

Amy podía comprenderlo. ¡Era horrible! Ella misma había sido un manojo de nervios y dudas antes de conseguir acostarse con Chas. Pero todo ese esfuerzo quedó atrás muy deprisa. Acostarse con él, hacer el amor con él había sido maravilloso... delicioso.

Ahora se enfrentaba a la necesidad de tener que decirle adiós v abandonarle. Y él había dicho: «Ya veremos». Podría ser muy difícil quitárselo de encima.

Le preguntaría a Sally cómo decir adiós. Sally lo sabría. Había tenido tantas aventuras que había llegado a olvidar a un hombre. ¡Después de todo un fin de semana y Sally no lo recordaba.

Amy sabía que nunca olvidaría a Chas. Si hubiera tenido más experiencia, incluso podría considerar una relación más seria con él. Incluso el matrimonio.

Capítulo 6

Mientras regresaba a Trade Winds, Amy pensó e Connie. ¿Cuántos años tenía? ¿Treinta? Sally y ella tenían la misma edad, más o menos. ¿Con cuántos hombres se habrían acostado?

Si por la noche no podían dormir ¿contaban sus conquistas, como quien cuenta ovejas?

Quizá no, si Sally era incapaz de recordar tan só1o un hombre. ¿Se había olvidado de los demás?

Parecía extraño. Incluso Sally se había sorprendido En ese mismo momento, Amy se juró que sería selectiva. Elegiría a sus compañeros de cama con mucha prudencia.

No iría de cama en cama, sino que sería tan selectiva que distanciaría sus experiencias hasta el punto de poder recordarlas todas.

¿Y Connie? Se la veía muy, muy asustada. ¿Que sucedía? ¿Y si tenía algo horrible? Algo irreparable

Chas podría cargar con ese peso y ayudar a Connie a superarlo. Podía manejarse en cualquier situación Aceptando que Chas lo tenía todo controlado, Amy regresó por fin a la suite, como le habían dicho, a esperar a Chas.

Abrió la puerta de la suite, y él ya estaba allí. Sonrió como si comprendiera perfectamente por que se había ausentado durante un momento.

-¿Y Connie? -preguntó por cortesía, arqueando 1 cejas, aunque de verdad quería saberlo.

-Está mejor -contestó él-. Has sido muy amable con ella. Estaba preguntando por ti cuando Sally me dijo que Connie podía necesitarme. Pero no era así. Ya estabas tú- se acercó a Amy y, sin tocarla, se inclinó para besarla en la boca con mucha suavidad.

Chas no había dicho que la hubiera estado buscando, empleó la expresión «preguntando por ti», que era una manera distinta, más tenaz a intensa, de encontrarla. Preguntar por alguien era más directo. ¿Quizá más implacable?

Le resultaba extraño que hubiera elegido esa expresión. Preguntar por alguien. Preguntar por alguien hasta encontrarlo.

Esa expresión le provocó una extraña sensación en su alma de mujer. Algo parecido al pánico, como una mujer en un bosque, perseguida por un hombre que sigue su aroma. Chas parecía estar desempeñando el papel de un cazador.

Cuando terminó de besarla y levantó la cabeza, sus ojos verdes dibujaron una sonrisa frente a la seriedad de los ojos azules de ella.

-He encontrado el regalo para que me recuerdes. Estaba buscando

un collar de esclava, pero no es fácil encontrarlos. Así que encontré esto.

Abrió una cajita de terciopelo y sacó una cadenita de platino con una sola perla llena de luz.

-La perla es del mar. Y fue aquí, junto al mar, donde nos unimos.

No sabía qué decir. Al igual que «preguntar por ti», había dicho «nos unimos» en lugar de «nos conocimos»... como si no fueran a separarse.

Se preguntó si había elegido esas palabras adrede, o acaso era que ella estaba demasiado sensible ante el hecho de que él no se comportara como un objeto, sino que pensara estar al mando.

Él abrió el broche, le puso la cadenita alrededor del cuello y volvió a cerrar el broche. Apenas hizo ruido, pero ¿por qué sonaba como un punto y aparte en un documento?

-Tiene un seguro -dijo Chas-. Para abrirla tendrás que darle la vuelta, o puedes quitártela por la cabeza.

Pedí que la cadena fuera suficientemente larga -hizo coincidir el broche con el centro de la nuca, y comentó mientras la perla se asentaba entre sus senos-. Y acerté -se le veía contento. Todo hombre que le mirara el pecho vería su perla.

Ella contempló la perla y le dijo:

-No puedo quedármela. Es demasiado cara.

-La compré en un economato -dijo, mirándola con la mayor candidez y franqueza-. No ha sido ningún disparate.

Ella vaciló.

-De verdad, puedes quedártela -le aseguró.

Pero ella sabía de perlas. Era fabulosa. La cadenita era una obra de arte primorosamente trabajada. Y él decía que detestaba a los mentirosos.

¿Y qué pasaba con los hombres que abarataban los regalos caros? ¿Por ejemplo, una perla ensartada en una cadena de platino trabajada hasta el último detalle?

-Es preciosa -dijo. Y le besó.

Chas la abrazó con fuerza. Estaba tan contento consigo mismo. Amy decidió no quitársela durante esos dos brevísimos días. Eso no le haría ningún daño.

Pero no se la llevaría al desaparecer. Conservar un regalo así convertiría su aventura en sexo remunerado, y podían considerarla una zorra.

Sin dejar de abrazarla, le preguntó:

-¿Qué te vas a poner esta noche?

-El vestido azul.

Él levantó la cabeza, frunciendo el ceño.

-Cuando regresé, eché un vistazo a ese vestido. Podría caber en una caja de cerillas. ¿Es lo suficientemente discreto para esta noche? No quiero pelearme con todos los hombre mayores de catorce años que lo vean con ese vestido -lo dijo simulando una mueca entre enfadado y burlón.

Ella sonrió porque así lo esperaba él, pero se preguntó: «¿Así que ha mirado a ver si mi ropa seguía aquí Igual que ella había mirado para ver si seguían las de él?

Qué inseguros eran los dos. ¿Qué habría hecho él si no hubieran estado sus ropas? Y recordó vivamente su expresión «preguntar por ti».

Con un susurro grave, Chas dijo insinuante:

-Déjame bañarte.

Algo sorprendida, ella protestó.

-Entonces no llegaríamos al cóctel.

Él sonrió y mintió:

-Tengo un autocontrol de hierro.

-Me dijiste que no eras un hombre de hierro. Por eso no me dejaste sola cuando descubriste que habías sido mi primer amante. Y luego dijiste que no debería hacer locuras.

-Con-nadie-más -espació las palabras, para darle mayor énfasis.

-He oído a los hombres decir eso a las mujeres. Se tiran a la primera mujer que ven, pero les dicen a las mujeres que guarden la compostura. ¿Por qué? –de repente se le ocurrió que podría aprender de Chas.

Con gran amabilidad, contestó:

-Un hombre nunca «se tira» a una mujer. Todos somos víctimas del apetito voraz de las mujeres.

-¿Por eso te viniste a mi suite? -arqueó las cejas, sutilmente incrédula.

El asintió enérgicamente, y añadió:

-Vi que eras una novata, y te simplifiqué la operación.

-Qué amable.

Asintió, con semblante serio, recibiendo su divertido agradecimiento, y abriendo las manos. Y dijo, despreocupadamente:

-Pensé que sería importante para ti triunfar en tu primer intento.

Ella echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos.

-¿Cómo sabías que era una novata? Lo único que te asustaba era mi edad. ¿Hay alguna forma de que un hombre sepa si una mujer es virgen?

El explicó de la manera más lógica:

-Además de la obvia, no apoyaste el pecho contra mí, ni me mostraste los dientes.

-¡Haces que las mujeres parezcamos sorprendentemente depredadoras! ¿Los dientes? -preguntó ella enojada.

-Esto es la selva -y suspiró con melancolía.

-Podías haber dicho «sonreído».

-Los dientes. Eso es lo único que un hombre ve. Dientes frente a él. Es aterrador. Tengo pesadillas increíbles -dijo con más énfasis- Me despierto empapado en sudor después de esos sueños -la miró con cierta tristeza y malicia.

-¿Por los dientes? -dijo ella, divertida.

-En parte -él asintió lentamente.

-Eres un farsante -sabía que estaba mintiéndola.

-Vaya, Amy Aaaabbott, ¿cómo puedes decir eso?

Ella abrió los ojos como platos, y le costó no estremecerse por la sorpresa. ¿Por qué había dicho todas esas «aes» justo en ese momento? ¿Estaba dando a entender que era ella la farsante?

Tenía que saber algo, o no habría dicho su nombre falso en ese momento justo! ¿Estaba jugando con ella?

¿Pero cómo podía saber que ella no era quien decía ser? No podía. ¡Era imposible! Tenía que ser su sentimiento de culpabilidad.

Ella cambió de tema, buscando uno que le hiciera olvidar sus ideas sobre farsantes.

-Yo te bañaré -eso podría atraer su atención-. Esta es mi suite, es mi fin de semana. Lo tengo todo controlado. Hablando de control, Chas, ¿por qué dijo Connie que siempre lo tienes todo controlado?

-Somos primos. Connie es un ano mayor que yo, y nunca me perdonará por ser más alto que ella. Es una mujer muy dominante -con bastante seriedad -dijo a Amy-. También es bastante promiscua. Nunca se lo contaría a un desconocido, pero toda la familia está al canto de sus indiscreciones.

-¿No te gusta?

-Soy... soy su primo. Crecimos en contacto. Tenemos muchos recuerdos en común. Es parte de mi familia. La ayudo dónde y cómo puedo.

-¿Irás mañana con ella? -preguntó Amy.

-Sí.

-¿Qué le pasa?

-Mañana lo sabremos -contestó Chas suavemente. -¿Puedo ayudar?

-Ya lo has hecho. Fuiste muy amable -deslizó una mano hasta su barbilla y le levantó la cara-. Te vi en ese rinconcito y vi cómo te ofrecías a ayudarla. Podrías haberte ido, ya que ella no sabía que

estabas allí.

-Me apostaría el alma a que tu duda se debía a que no estabas muy segura de estar entrometiéndote. Me gustas, Amy.

Ella subió las manos para pasarle los dedos por el frondoso pelo negro.

-¿Te has acostado alguna vez con ella?

Él negó con la cabeza.

-Es tu prima.

Amy se encogió de hombros.

-También Matt.

-Es diferente.

-¿Hasta qué punto?

-Diferente -y, para terminar con ese asunto, Chas dijo-: ¿Así que quieres bañarme? ¿Cómo puedo confiar mi delicado cuerpo desnudo a una mujer que confiesa usar a los hombres? ¿De verdad quieres que me bañe, o sólo es un pretexto para ponerme las manos encima? ¿Eres una libertina?

-Seré muy dulce.

Él se rió, lo divertía mucho. Y la abrazó con fuerza. -Espero poder durar lo suficiente. ¿Es normal, o hay pompas de jabón?

Ella se mostró generosa al respecto.

-¿Qué prefieres?

-Una ducha con paredes resistentes.

Ella echó atrás la cabeza para reírse mientras él la levantaba y llevaba por la suite sólo por el placer de disfrutar de ello. Era tan fuerte.

Jugueteó con ella, como si fuera a tirarla de cabeza, obligándola a agarrarse con más fuerza y a chillar. La llevó en brazos, fingiendo que se caía, dando vueltas, acercándola a la cama... y haciéndole el amor.

Se ducharon juntos. Era muy cuidadoso al tocarla. Serio. Diligente. Ella se estiraba y se giraba, dejándose hacer, y él advirtió:

-Ten cuidado.

Él se lavó frotándose rápidamente, sin mostrar el mismo cuidado que con ella, y ella se echó hacia atrás para observarlo con una sonrisa tierna. La sacó de la bañera, la secó a conciencia, le secó el pelo, pero ella tuvo que ayudar en el cepillado. A él se le daba mal.

¡Se sintió aliviada hasta extremos ridículos al ver que ella llevaba ropa interior bajo su finísimo vestido azul! Estaba algo indignada.

-¿Creías que iba a mostrarme en público sólo con este vestido? ¿Y nada más?

Él ignoró su indignación por completo, y preguntó:

-¿Te lo pondrás así sólo para mí algún día?

-¡Chas, por el amor de Dios! ¡Me sentiría como una... zorra! -buscó adrede esta palabra de censura.

-Conmigo no importa que lo seas. Pero con nadie más.

Ella lanzó un suspiro de impaciencia y se puso el vestido por la cabeza. Se agitó el pelo, y el corte de Peter quedó perfectamente peinado.

Chas la contempló.

-Me encanta tu pelo. Es color tierra. Te compraré un abrigo de ese mismo color.

-No.

-Sí -la observó con serenidad-. ¿Te lo dejarás largo para mi? Me gustaría verlo bajarte por la espalda.

-Me voy el domingo.

-Ya veremos.

Se giró y lo miró con impaciencia, pero él se limitó a sonreírla. Entonces se puso la camisa sobre sus anchos hombros y se acercó a ella con los gemelos. Ella le tomó de la muñeca y empezó a ponerle los gemelos, y él deslizó sus dedos hasta tocarle el seno.

Remilgadamente, ella frunció los labios y dijo:

-Compórtate.

-¿Por qué siempre las mujeres dicen eso a sus hombres? -lo dijo con chulería. Era tan confiado, tan burlonamente seguro de sí mismo.

-Porque nunca están a mano.

Él se rió, levantando las manos.

-Yo sí estoy a mano. ¿Ves? Aquí están.

¿Cómo podría abandonarlo con madurez y un simple adiós? ¿Por qué no podría él actuar como un adulto ante eso? Despreocupado.

Con su actitud, probablemente se volvería loco cuando ella se fuera. ¡Se pondría hecho una furia!

Estaba tan seguro de que ella no lo abandonaría.

Actuaba como si quisiera tenerla cerca mientras siguiera deseándola.

Toda esa charla acerca de abrigos, y de que se dejara el pelo largo. Eso requería tiempo, y un abrigo no sería adecuado hasta el invierno siguiente. Y todavía estaban en marzo. Él estaba pensando a largo plazo.

Amy terminó con los gemelos y dijo:

-Ya está.

-Se te da bien.

-¿Cuántas mujeres te han hecho esto?

-Mi madre, mi querida hermana. Una prima. Ninguna mujer que no fuera de la familia.

Sus ojos verdes parecían sinceros. Era un treintañero vibrante, poderoso. ¿Era posible que a sus años no hubiera vivido con ninguna mujer?

-¿Has vivido con alguna mujer?

-Sólo contigo.

-Ah -eso lo explicaba todo. ¿Todavía no lo había hecho, y creía que ella sería una buena candidata para

intentarlo? Ni hablar.

-¿Qué significa ese «Ah»?

-Sólo estaba pensando.

Él entornó los ojos.

-¿Y qué pensamiento puede satisfacer el hecho de que no haya vivido con una mujer?

-Nada, sólo eso.

Frunció el ceño ante esa mujer tan evasiva.

-Haces que me sienta incómodo. No estoy muy familiarizado con la forma de pensar de una mujer. ¿En qué piensas?

Ella le sonrió y levantó la cabeza mientras le acariciaba la mejilla.

-Me gustan los ojos verdes.

-Eso es una evasiva. ¿En qué piensas?

-Ya veremos -ésas también habían sido sus palabras.

-Te estás poniendo muy enigmática, y me estás poniendo muy nervioso, Amy. ¿Qué se cuece en ese cerebro tuyo tan ocupado? No hagas nada sin contármelo. ¿Me oyes?

-Tengo que ir a maquillarme. ¿Está bien?

-No seas descarada. Las chicas descaradas se llevan su merecido -la acorraló con su cuerpo.

Ella movió la barbilla a ambos lados y lo miró tras sus largas pestañas.

-Por favor, por favor, señor Lobo, no me coma -su voz sonaba sin ninguna convicción.

Él bajó su voz increíblemente y contestó:

-De acuerdo, Caperucita Roja, pero tu abuelita no era más que un saco de huesos, y sigo hambriento.

-Bah -dijo ella, recogiendo su neceser de maquillaje y moviendo las caderas adrede al pasar a su lado. Miró hacia atrás, y vio que él la miraba con una sonrisa de autosuficiencia.

La miró a los ojos, dio una gran zancada y le dio un azote en el trasero.

-Eso es lo que les pasa a las mujeres descaradas.

-¡Oh! -dijo ella, con fingida sorpresa-. ¡Tenía miedo de que fuera algo completamente diferente!

Sus ojos verdes brillaban.

-Eso también.

Estaba inclinada sobre el lavabo, con la cara pegada al espejo mientras se maquillaba cuando él, ya vestido, se apoyó en el umbral a contemplarla. Lo ignoró y siguió maquillándose.

Tras terminar, se giró hacia él, su aspecto era sencillamente fantástico vestido así. Chas dijo:

-Ya estabas perfecta.

-¿Me lo pones? -le dio la cadenita con la preciosa perla.

-¿Vas a ponértela? -estaba muy contento-. ¿Mi perla de economato con ese vestido tan bonito?

-Creo que el vestido la tapará.

-Ese vestido, no -cerró el broche y se inclinó adrede sobre su hombro para ver cómo se deslizaba la perla.

Ella chasqueó la lengua fingiendo irritación y se quejó:

-Demasiado escote. Se ve la perla. Maldita sea.

Chas deslizó un dedo a lo largo del cuello de ella, acariciando las redondeses que se unían ahí.

-Si la cadena fuera más larga, éstas dejarían la perla bien pulida y brillante.

Ella tomó la perla, mirándola. Luego lo miró a él y dijo:

-Es una perla preciosa.

-Como tú.

Echó atrás la cabeza y lo miró.

-Eres un hombre increíble. Ojalá me hubiera hartado ya de los demás hombres.

El casi sonrió y le confesó:

-Ya lo has hecho. Lo que pasa es que todavía no lo sabes.

-¿Cómo me puedo haber hartado si tú has sido el primero?

Él abrió una mano.

-No necesitas más hombres. Soy todo lo que necesitas.

-Bobadas.

-¿Puedo besarte?

-Con cuidado.

El cóctel era un ir y venir de ruidos, risas, murmullos.

-Así que ésta es... la nueva prima -las vacilaciones traicioneras eran evidentes en todas las conversaciones.

Con cierta sequedad, Amy le dijo a Chas:

-No se creen que sea una prima -se lo dijo sólo para ver qué contestaba.

Ya que era sincero, ¿le diría la verdad y se pondría de parte de los familiares? Observó sus labios, mientras él decía:

-En su momento, se acostumbrarán a esa idea.

Una contestación llena de tacto, pero vacía.

Kenneth se abrió paso entre la multitud, y dijo:

-Hola, prima Amy, ¿a que me has echado muchísimo de menos, especialmente con este mocetón metiendo la pata por ahí y avergonzándote con sus órdenes e imposiciones? Necesitas un hombre más tranquilo que lo permita respirar...

-Ya basta, Ken, no me presiones. ¿Has visto a como-se-llame? -lo interrumpió Chas.

Kenneth le dijo a Amy, en un aparte:

-Un ejemplo excelente de lo que te estaba diciendo -y arqueó las cejas mirando a Chas con superioridad-. Sí. He visto a Martin Durwood. Es exactamente lo que Amy me había advertido. Fui discreto. Dejé las cosas en el aire hasta que podamos hablar de cómo llevar este asunto -miró a Amy-. Conté mis dedos dos veces para asegurarme. Te debo una por la advertencia. Es un hombre muy sutil y peligroso.

Amy asintió.

-Evítalo.

-Puede que tengamos que tratar con él, pero es mejor ir sobre aviso, como nosotros. ¿Qué quieres por la advertencia? ¿Un trozo de tarta?

Ambos hombres la miraron con aparente despreocupación. No podían pasar por alto el hecho de se sorprendiera por esas palabras.

-¡Claro que no! Fue un aviso de amiga.

Chas se frotó la nariz para ocultar su alegría, y Ken la sonrió.

-Nos tomamos en serio este favor. Nuestro agradecimiento será eterno.

Kenneth siguió con ellos hasta que Chas le preguntó:

-¿Por qué no te pierdes?

-¿Rechazado? -Kenneth estaba atónito- No, ¿me consideras una amenaza?,Qué amable por tu parte. No te olvides de mí, Amy. Este se queda sin sabor enseguida.

Chas dijo amablemente:

-Puedo tirarte por la terraza.

Kenneth habló a Amy:

-¿Lo ves? Presta atención, querida prima. Un hombre violento y posesivo. Me retiraré discretamente, pero estaré cerca por si necesitas ayuda contra ese Neandertal

Llevó el puño hacia su cara para tocarse la nariz con el pulgar mientras se reía de Chas, y se dirigió hacia la abarrotada sala.

Chas sintió la necesidad de contarle a Amy:

-No habla en serio, excepto en lo que se refiere a Durwood. En eso sí va en serio. Pero el resto son puras bobadas de Kenneth. No le prestes ninguna atención.

Ella contestó:

-Sí, señor -pero su tono no era tan servicial.

-¿Lo ves? Estás mejorando tu actitud.

Sally dejó atrás la multitud y le dijo a Amy que no olvidara la fiesta de mujeres de después de la cena. Susurró a Amy:

-Es una fiesta privada. No se lo digas a nadie. Ven a la habitación de Connie. ¿De acuerdo?

-Allí estaré.

Sally dio a Amy un abrazo rápido, y besó a Chas. Él giró la cara para que sus bocas no coincidieran.

Sally hizo ver que sólo quería besarle en la mejilla, y se escabulló en la multitud entre risas.

-¿Qué pasaba? -Chas quería enterarse.

-Supongo que querían que fuera un secreto. Ya te lo he dicho, así que no se lo cuentes a nadie. La fiesta de mujeres.

Chas contestó muy serio:

-No comas ni bebas nada. Di que estás llena.

¿La estaba advirtiendo sobre las drogas?

-No harían nada tan estúpido.

-Haz lo que te digo -hablaba muy en serio.

Disgustada, suspiró.

-¡Sí, señor!

Él la sonrió.

-Así me gusta. Me gusta que una mujer sea obediente.

Soltó un bufido, indignada, y le dio la espalda. Sólo consiguió que él se divirtiera todavía más.

Nunca se alejó de ella. Nunca la dejó permanecer demasiado tiempo en un grupo. Eso es mortal en un cóctel. Jamás había que sentarse ni permanecer con un solo grupo.

Y, conociendo a su familia, él no quería que los incrédulos la acosaran a preguntas.

Fue en ese momento cuando Amy se dio cuenta de que Chas nunca besaba a las mujeres en la boca. A las otras mujeres. Sólo a ella la besaba en la boca.

Amy se dio cuenta de que su padre era igual. Nunca saludaba a las mujeres que conocía con un abrazo o un beso. Era amable al saludar y le gustaban las mujeres, pero no abrazaba ni besaba. ¿También Chas era así?

Con la presión de la multitud, el hombro de Chas la protegía de ser

aplastada, y él se encargaba de que bebiera agua en vez de vino. Eso la indignaba en parte.

Él explicó amablemente:

-No vas a brindar con champaña. No puedo soportar a las mujeres que beben.

Ella se inclinó para observarlo en actitud censora.

-¿Y tú, qué?

Levantó su vaso.

-Agua -y le recordó-:Tengo que conducir.

¿Así que no era un alcohólico? Tampoco lo era su padre. Cuántas veces le había dicho su padre que la bebida mata las neuronas, y que él necesitaba todas las suyas. Pero Chas le había ofrecido vino con la pizza la noche que le sedujo por primera vez.

Finalmente, la multitud se desplazó al comedor y ocuparon sus asientos. Había muchos hombres. Qué maravilla era que tantos miembros de la familia pudieran acudir a este lugar tan elegante. Qué extraño era que las pareja no se casara en la parroquia de la familia.

Pero Amy se enteró poco a poco, en medio de la cháchara, de que muchos ya no vivían donde habían crecido.

Eran parte de la movilidad laboral que había afectarlo a tanta gente después de la Segunda Guerra Mundial, v esa movilidad había continuado como si fuera un estilo de vida.

Amy se fijó en Connie. Como dama de honor, tenía que estar a11í. Estaba tan calmada, en medio de ese grupo tan animado. Parecía estar bien. Debía ser un infierno para ella, esperar a saber qué le diría el doctor al día siguiente. ¿Qué podía ser, para afectar tanto a una mujer como ella?

El pensar en Connie llevó a Amy a reflexionar sobre toda la gente que había conocido, en sus viajes de trabajo y por esta impulsiva invasión en la vida de unos desconocidos, y lo extraño que resultaba involucrarse en las preocupaciones de otra gente. Viajar resultaba enriquecedor.

Hizo que Amy se diera cuenta de la fachada envidiable que solía aparentar la gente adinerada. Lo normal era creer que sus vidas serían mágicas. Perfectas.

Pero ya dijo Kipling, acerca de la Mujer del Coronel y de Rosey O'Gradey, que todas éramos hermanas bajo la piel. Todas luchamos y tenemos problemas. Y Connie estaba sufriendo.

Los brindis fueron divertidísimos. Algunos eran viejos chistes de la familia que Chas intentaba explicar, pero que no tenían ningún sentido para un extraño. Matt estaba sentado junto a Connie, y brindó:

-Por el ganador -¿contestaba siendo un poco cínico?

Pero el brindis de réplica de Tad fue:

-Por los perdedores -no era ningún idiota.

Amy se preguntó si Sally apreciaba realmente a Tad. Teniendo en cuenta lo poco que Amy sabía, ¿qué posibilidades de éxito tenía el matrimonio entre Sally y Tad?

¿Y Connie? ¿Y Matt? Matt parecía solícito y atento con Connie. ¿Saldando sus deudas para poder acostarse con ella?

Y Amy se preguntó, será eso lo que Chas estaba haciendo con ella? ¿Asegurándose una compañera de cama? También él era atento y solícito. De una manera encantadora. Pero sin tratarla con igualdad.

Era un hombre cortejando a una mujer atractiva.

¿Llegaría a admitir que una mujer era capaz de hacer todo lo que hacía un hombre? ¿Sabía trabajar con mujeres? ¿Cambiaba eso algo para ella?

Dentro de unas treinta y seis horas, ya se habría marchado.

Capítulo 7

-Sáltate la fiesta de mujeres -era lo primero que Chas le decía a Amy después de salir de la fiesta, mientras caminaban hacia su suite.

-¿Tú no vas a ir con Tad y los demás?

-¿Recuerdas? Te dije que esta noche tenía que conducir. Tengo que encargarme de que esos idiotas no estrellen un coche. Tengo que irme.

-¿Tienes que hacerlo? -Amy eligió repetir sus palabras-. No pareces muy entusiasmado.

Chas se explicó:

-Ya soy muy mayor para bacanales de soltero. He estado en demasiadas. Son todas iguales. Alcohol, chistes verdes y películas guarras. Una bailarina de striptease. Un rito de iniciación adolescente antiguo y tradicional.

Y detuvo a Amy para decirle:

-Esta fiesta de mujeres es una copia en femenino. Te ofenderá. No vayas.

Declinando su consejo, Amy se burló:

-He ido a varias con compañeras de la universidad, ¡y eran muy divertidas!

-Erais más jóvenes.

Ella protestó:

-No soy tan vieja.

-Lo sé. Pero también conozco a estas primas en concreto. A este grupo. Tú no eres como ellas. No vayas. El grupo que estará allí esta noche tiene, bueno, tiene experiencia. De verdad, esta experiencia no te gustará.

-No puedo dejar de ir -explicó ella-. Me lo ha pedido Sally. No serán tantas. ¡Me ha incluido por encima de sus primas! -y Amy se apresuró a corregir sus palabras-. Mmm... otras primas... a quienes conoce más. Yo soy nueva. Estoy encantada. Creo que sería una grosería no ir.

Chas entornó los ojos y habló con suavidad, pero con firmeza:

-Te preguntarán acerca de... dormir conmigo... y...

-¡No seas tonto! ¿Quién haría algo así?

Insistió:

-Surgirá poco a poco. Confesarán sus experiencias, apostarán a ver quién ha estado en más camas, y lo invitarán a que te unas al juego.

-¡Las mujeres no somos como los hombres! ¡No harán nada parecido! Estás acusándolas de algo mucho más grave que jugar a la botella y a los besos.

-No les cuentes nada -le rogó-. No es asunto suyo.

-¡Ya lo sé! ¿Por quién me tomas? Me sorprende que tengas que

aconsejarme sobre algo tan fundamental.

Pero él no se detuvo. Insistió:

-No dejes que te hagan confesar ni contar nada. Nada de lo que hagas es asunto suyo.

-¡Ya lo sé! -gritó, agitando los brazos-. ¡Me parece muy ofensivo que no confíes en mí! Me estás enojando.

Con bastante suavidad, Chas le dijo:

-Esto no es algo para enojarse. Sólo quiero avisarte. Eres una mujer muy agradable, Amy. No te das cuenta de cómo pueden ser las mujeres.

-No soy tan ingenua. He viajado bastante y he conocido a mucha gente. He aprendido a juzgar a las personas y sé cómo comportarme.

-Eres una dama. Nadie te ha tirado todavía a un foso lleno de tiburones. Tenía que avisarte para que lo pudieras proteger.

Estiró los brazos y gritó:

-¡Estoy avisada! ¡Ahora lárgate!

Él permaneció de pie, con los brazos caídos junto a las caderas, mirándola. Levantó una mano, tomando a Amy por la mejilla, pero ésta ofreció resistencia. Él movió la cabeza a un lado y a otro, y dijo:

-Pórtate bien.

Ella apretó los puños y, con los labios fruncidos, soltó un suspiro de frustración, y dio media vuelta para dirigirse al ascensor, pero él la siguió. Subieron al sexto piso. El la acompañó hasta la puerta de Connie y llamó con los nudillos, mirando a Amy sin mover un músculo. Amy se negaba a levantar su vista para mirarle a él.

¿Estaba suficientemente furiosa? Al menos, eso esperaba él. No le gustaba nada la idea de que fuese a esa fiesta con esas primas en particular. No había sabido convencerla.

Debería haberle dicho a Sally que Amy no iría. Debería haberlo dejado claro. O debería haberse negado a conducir esa noche y convencer a Amy para que le acompañara... a nadar de madrugada.

¿Pasear por la playa a la luz de la luna? Debería haber prestado más atención. Tenía que irse y llevar en coche a esa pandilla. Lo había prometido. Maldita sea.

Fue Connie quien abrió la puerta. Chas no sonrió. Al saludo de Connie, contestó:

-¿Quedamos para mañana a las ocho? Supongo que querrás desayunar antes de ir.

Connie negó con la cabeza. Sus ojeras eran muy oscuras, y tenía un aspecto horrible.

Así que Chas le dijo a Connie:

-Entonces nos vemos a las nueve. ¿De acuerdo? Tendremos tiempo

de sobra.

Ella asintió y dijo suavemente:

-Gracias, Chas.

Tras recordarle a Connie que le estaba haciendo un favor, Chas le pidió uno. Agachó ligeramente la cabeza, para dar más énfasis, y le dijo en un tono que no admitía dudas:

-Cuida de Amy.

Connie parecía sorprendida, pero dijo:

-Sí.

Chas no se detuvo a11í. Añadió:

-¡Encárgate!

Connie esbozó una sonrisa y asintió:

-De acuerdo -pero añadió con mucha seriedad-: Lo haré.

Amy quería morirse. La trataba como a una niña de doce años que necesitara una niñera.

Chas seguía hablando con Connie.

-Volveremos pronto.

-No tardéis mucho.

-Lo intentaré -prometió Chas-. Estas cosas se pueden hacer eternas.

Sally se acercó a la puerta.

-¡Hey! -sonrió y pasó un brazo alrededor del cuello de Chas-. ¿Quieres quedarte con nosotras? ¡Sería mucho más divertido!

-Portaos bien -Chas se deshizo de Sally.

Amy pensó que era odiosamente soso. Sin embargo, también advirtió que Sally había apoyado su pecho contra Chas, y que le había mostrado los dientes exactamente como él decía que hacían las mujeres.

¡Fue entonces cuando Amy comprendió que Sally deseaba a Chas! Y, si tenía oportunidad, ¡se acostaría con él esa misma noche! Iba a casarse con Tad al día siguiente, pero Sally deseaba a Chas. Darse cuenta de ello hizo más por advertir a Amy que todos los irritantes sermones de Chas.

Chas ignoró a las otras dos mujeres, y le dijo a Amy:

-No creo que nos retrasemos demasiado. Son unos borrachos simpáticos y se dejan llevar.

Amy se encogió de hombros, todavía algo hostil.

Chas sonrió y le pasó una mano por la nuca, susurrando al oído para que sólo ella pudiera oírle:

-Podría estrangularte.

¡Eso encendió a Amy!

Jadeó, y Sally se echó a reír.

-¿Qué te ha dicho?

Chas contestó:
-Le he dicho que se porte bien.
Sally soltó un grito:
-¡Ahí están las cintas!
-Tápate los ojos -se inclinó y besó a Amy antes de que ella pudiera retroceder. Le sonrió-. Intentaré volver a una hora razonable -levantó una mano para decir adiós a las otras dos mujeres, y se marchó.
Amy siguió a sus dos «primas» a la habitación de Connie. Se sentía como Blancanieves cruzando el Bosque Encantado. Qué tontería. Por decir algo, Amy preguntó:
-¿Por qué insistía tanto en que no tardarían mucho?
-Vendrán aquí después de ir a unos cuantos sitios. Serán unas dos horas.
Las otras dos invitadas especiales llegaron. Charlotte y Kate. Tenían algo más de treinta años. Y sus miradas parecían más expertas.
Al poco rato, empezaron a emplear palabras que Amy no diría ni mentalmente. Pero todavía era joven. ¿Llegaría un día en que ella emplearía esas palabras con tanta despreocupación?
La habitación de Connie tenía un minibar, y Sally preparó unas cuantas bebidas alcohólicas. Haciendo caso a la advertencia de Chas, Amy dijo:
-Más tarde. Todavía estoy un poco ida por todos los brindis.
-¡Un momento perfecto para superarlo! -de todas formas, Sally le preparó una copa.
Como Amy tenía veinticuatro años, ni siquiera insistieron en que diera sorbitos, y pudo dejar la copa en la mesa, ignorándola.
Sally y sus primas no paraban de hablar y reír con sus cotilleos.
Connie no estaba tan animada.
Charlotte le preguntó:
-¿Qué te pasa?
Connie contestó con evasivas:
-Estoy cansada.
Entonces Charlotte preguntó con una risa burlona:
-¿Matt te ha estado acosando?
Eso provocó un montón de risas.
Los labios de Connie adquirieron la forma exacta para decir:
-No.
Entonces, hasta Charlotte y Kate se pusieron serias para preguntar:
-¿Estás bien, Connie? ¿Necesitas ayuda?
-No, gracias.
Se oyeron todas las variaciones posibles de «Estamos contigo». Las recién llegadas estaban muy serias, y miraban a Connie con serenidad.

Connie contestó suavemente:

-Lo sé. Gracias.

Y volvieron a las groserías. Sally tenía un video y puso una cinta. Era una película especial, corta y muy explícita.

Amy se sonrojó y se le salían los ojos de las órbitas.

Las otras tres se reían y fingían dirigir la película, y parecían sabérsela, ya que sus comentarios se anticipaban a lo que pasaba a continuación.

Connie y Amy se limitaban a mirar. Connie estaba callada y ausente. Amy estaba atónita. ¿Cómo era que una mujer permitía que la filmaran haciendo esas cosas? O un hombre.

Después de la película, las espectadoras comenzaron la ronda de hombres que las primas habían conocido...y amado. Sally empezó:

-Me recuerda a Sam. ¡No podía creérmelo!

Chas tenía razón. Había previsto exactamente cómo se comportarían.

Sally pidió que alguien sirviera más bebidas, y vieron otra película. Amy miró para otro lado. Deseó haber escuchado a Chas. Qué forma de perder el tiempo.

Al final de cada película, la charla sobre los recuerdos de las mujeres se hacían más explícitos. Comparaban y competían acerca de sus experiencias sexuales del modo en que la gente, en la consulta del médico, comparaba y competía en cuanto a operaciones, complicaciones, fiebres y enfermedades. Era muy parecido.

Por fin, Sally dijo:

-Lo único que lamento, en toda mi carrera de devoradora de hombres, es no haber conseguido que Chas fuera detrás de mí.

Sally miró a Amy con una sonrisa de ánimo.

-¡Pero tú sí lo has conseguido! ¿Cómo lo hiciste? -y su voz sonaba llena de admiración mientras añadía-: He intentado con él todos los trucos que conozco, pero siempre me dice «¡Compórtate!». Hoy le he dicho que esta noche era su última oportunidad. Después de hoy, tendré que ser fiel a Tad. Sabes lo que me dijo Chas? Me dijo, «Espero que sea así».

Todas rieron. Incluso Connie sonrió. Entonces Kate y Charlotte contaron sus estrategias para atrapar a Chas. Según dijeron, siempre fracasaron. Pero todos sus relatos eran suficientemente picantes. Eran muy listas.

Y hubo más risas. Amy las miraba como si fueran marcianas. ¿Cómo pudo Chas predecir que todo sucedería exactamente así? ¿Cómo había conseguido salvarse de sus garras?

Por fin, Sally preguntó:

-Amy, ¿cómo conseguiste llevarte a Chas a la cama?

Así de directa.

Cuando Amy consiguió volver a respirar normalmente, preguntó:

-¿Por qué me preguntas eso?

-Bueno, todas lo hemos intentado y hemos fracasado, ¡pero tú lo conseguiste la primera noche! ¿Cómo lo hiciste?

Todos la miraban, expectantes. Querían oírlo. Dudó un instante, y dijo:

-Pregúntale a él -él les diría que no era asunto suyo-. Decid que os dije que le preguntarais a él.

Sally insistió.

-¿Es bueno? Nunca le he visto desnudo. ¿Cómo es?

Amy ya se había dado cuenta de que no podría pedir consejo a ninguna de ellas sobre cómo despedirse de Chas. Preguntó con cierto remilgo.

-¿Dónde vais a vivir Tad y tú?

Connie dijo:

-¡Bravo!

-Venga, prima, cuéntanos -era Charlotte quien ofrecía su apoyo a Sally presionando a Amy para que contestara-. ¿Cómo se portó Chas? ¿Se le veía hábil o sólo te dijo que lo desnudaras y que lo metieras en la cama?

-¿Vas a seguir trabajando? -preguntó Amy a Sally. Recordando su promesa a Chas, Connie echó una mano, diciendo a las demás:

-Dejadla en paz.

-Es la única, que yo sepa, que se ha acostado con Chas -afirmó Kate-. ¿Qué tiene de especial?

Connie insistió.

-¿Pedimos unos aperitivos? Invito yo.

-¿Es posible que alguien tenga hambre?

Amy preguntó a Sally:

-¿Estás nerviosa?

-¿Si de verdad quieres saberlo, te lo contaré, pero tú tendrás que contarme qué tal con Chas. Intercambio. Yo te cuento qué tal es Tad, y tú me cuentas qué tal con Chas.

Amy contestó sin pestañear:

-Es algo privado. No me interesa oír hablar de Tad. Charlotte se burló de Amy:

-Beata santurrona.

Amy se rió.

-Sí.

Kate dijo a Amy con desprecio:

-No eres una Cougar.

Amy la miró fijamente.

Pero Connie dijo a las otras:

-Hay más como ella que como nosotras. Es evidente si tienes en cuenta todas las primas de nuestra edad que no están esta noche con nosotras. En realidad, estoy empezando a envidiarla.

Sally se sintió aludida.

Pero Kate contestó:

-Estás loca. Yo no me arrepiento de ninguno. De ninguno. ¡Fueron todos maravillosos!

-¡Claro que sí! -asintió Charlotte, pero su comentario perdió fuerza al añadir-: Incluso los peores.

Sally protestó:

-No hablemos de los horrorosos. Ya estoy suficientemente deprimida.

-¿Y los torpes? -comentó Connie.

Amy las escuchaba y se preguntaba cuánto habría tenido que ver la genética en sus comportamientos.

Decían que Trilby sólo había sido una excéntrica. Evidentemente, estaba Letty, cuya conducta escandalosa había hecho que la desterraran del cementerio familiar. Cuando contaron esa historia, alguien había dicho que los Cougar siempre se habían sentido muy atraídos por el sexo opuesto.

Kate dejó su copa en la mesa para decir.

-Los hombres lo tienen más difícil.

-Sí -Sally suspiró y se dejó caer sobre su silla-. Para una mujer es inexperiencia, pero un hombre no puede permitirse ser torpe.

-Bueno, no sé -Kate estiró su bonito cuerpo con afectación-. Hace dos semanas estuve con un jovencito y me lo pasé muy bien enseñándole.

-¿Hasta qué punto, jovencito? -preguntó Sally muy interesada.

-Bastante joven, pero lo suficientemente mayor.

Fue Connie quien intervino nuevamente:

-Parecéis brujas viejas contando trofeos de caza.

Sally dijo:

-Hablando de trofeos. Esta noche me desharé de mi vestido verde. Vosotras cuatro sois mis primas más expertas.

-Amy, te incluyo por ser la única de nosotras que ha conseguido tirarse a Chas. Eso te pone en lo más alto. No sé a cuántos más lo habrás tirado, pero con Chas ya es sucifiente. Por eso te voy a dar mi vestido verde a ti.

Sally se levantó y sacó el vestido del armario. Era precioso. Amy

recordó que Sally se lo había puesto con un tal Frank. Si el traje de novia de Sally no llegaba, no podría ponerse el verde porque no podía estar pensando en Frank al casarse con Tad.

Era el vestido perfecto para atrapar hombres. Y había pruebas. Sería muy útil para la camera de Amy como devoradora de hombres. ¡Cuando Chas la viera con ese vestido puesto! Aceptó el vestido, diciendo:

-Vaya, Sally, mochas gracias.

Sally la besó en la mejilla.

-Quizá, cuando Chas y tú rompáis, me lo cuentes todo. Puedo comprender que seas leal ahora mismo, cuando todavía es algo reciente, pero haré lo que sea hasta saber qué me he perdido.

Amy la miró con incredulidad:

-Tendrás a Tad.

-Es duke, pero no es Chas. Ponte el vestido, a ver cómo te queda - se rieron porque Amy se fue a cambiar al baño.

Al reaparecer, silbaron y aplaudieron.

-Creo que he creado un monstruo. Vestida así, ningún hombre te dirá que no -dijo Sally.

Amy estaba atónita con el comentario de Sally. Qué interesante, que la tomara por una de ellas. ¿Cómo lo había sabido? Era bastante evidente que lo habían sabido desde el principio. ¿Fue el hecho de que Chas se fuera a vivir a su suite lo que las alertó? c0 se trataba de su nuevo aspecto, similar al de ellas?

Amy dijo respetuosamente:

-El vestido es fantástico -y lo era. Era verdemar. Verde azulado. Era de gasa y bastante ceñido, pero tenía vuelo. Los finísimos tirantes eran de pedrería, verdes y azules con alguna piedra roja. El escote era recto, sesgado adrede como si unos dedos hambrientos hubieran tirado de él. Era tremendamente sensual.

Sally le dijo a Amy:

-Tiene una gran tradición entre los Cougar. A mí me lo dio mi tía Midge, y yo te lo doy a ti. Póntelo sólo cuando lo necesites. Es infalible. Cuando te canses de locuras, o ya no lo necesites, pásaselo a otra prima. Pero sé selectiva. No, no te lo quites. Quédatelo. Quiero ver la cara de Chas cuando te vea así vestida.

¿El vestido era una tradición de los Cougar? Amy sabía que no podía quedárselo después de todo. Tendría que devolverlo. Pero también ella quería ver la cara de Chas al verla vestida así.

Amy decidió que, al desaparecer, le dejaría el vestido a Chas. Él se lo devolvería a Sally, y Sally se lo daría a una prima de verdad. ¿Charlotte? ¿Kate? Ellas lo querían. Connie, no.

Qué interesante era que Connie no quisiera el vestido verde.

El vestido hacía que Amy se sintiera distinta. Más despreocupada. Vio la película siguiente. Eran aficionados. Chas era mucho mejor. Los actores hacían bobadas. Un hombre no hacía esas cosas para excitar a una mujer. La actriz era muy mala. A lo mejor no sabía qué se sentía cuando de verdad le tocaba un hombre. Chas. Amy miró sonriente el vestido verde y acarició un tirante.

Amy y Connie eran las únicas mujeres sobrias cuando llegaron los hombres, siendo recibidos con entusiasmo. Chas vio a Amy inmediatamente y la miró arriba y abajo hasta clavar su mirada en sus ojos. Ni siquiera la saludó. Preguntó fríamente:

-¿Qué haces vestida así?

Amy se rió.

-Me lo dio Sally. Es una tradición familiar de los Cougar.

Entre dientes, Chas dijo:

-Quítatelo. Tenemos que irnos.

Sally protestó entre los brazos de Tad.

-Todavía no. Esperad un poco.

Tad se rió.

-Vámonos también -y abrazó a Sally con gran placer.

Amy oyó a Matt preguntar a Connie:

-¿Y a ti qué demonios te pasa? ¿Tienes algún problema?

Connie negó con la cabeza

-Vamos. Tenemos que hablar -ordenó Matt.

-No.

-¿Cómo que «no»? Ponte una chaqueta. Vamos a dar una vuelta.

-No puedo. No... no puedo. Déjame en paz.

-¿Eso es lo que quieres?

Mientras era arrastrada afuera, Amy gritó a Sally: -¡Gracias!

Pero Sally estaba mirando a Chas, desconcertada. Estaba pensativa, casi sorprendida.

Ya en el pasillo, Chas tomó a Amy del brazo y tiró de ella, caminando demasiado deprisa. Ella se quejó, mientras su pecho se balanceaba, cubierto por la gasa, al verse obligada a andar a ese paso. Chas se quitó el abrigo y se lo puso a ella por encima de los hombros, tapándola sin ninguna ternura. Estaba portándose de una forma muy extraña.

No dijo nada.

Bajaron en ascensor al tercer piso, él volvió a tomarla del brazo como si se fuera a escapar, y la llevó corriendo hasta su suite.

Abrió la puerta, metió a Amy casi a empujones y cerró la puerta.

Entonces, entre dientes, dijo:
-¡Quítate ese maldito vestido! ¡Deshazte de él!
Estaba muy serio. No era que quisiera verla desnuda, ¡sólo quería que se quitara el vestido!
-¿Por qué?
-Es un vestido de zorra.
Estaba furioso, tan furioso que ella intentó calmarlo.
-Sólo es un vestido.
-¡Es de Sally! Es una zorra, y es su vestido. No quiero que te lo pongas. No eres como ella, y no quiero verte vestida como una zorra. Una zorra de clase alta, pero zorra al fin y al cabo.
-Yo me veo guapa vestida así -su tenaz resistencia ante él era bastante firme.
-Te lo dio adrede. Quería verme la cara cuando te viera con su vestido... lo hace para intentar... Quítatelo o lo destrozo -casi estaba chillando.
-Tenía pensado devolverlo. Quería estar bella para ti.
-No necesitas un vestido de zorra para parecerme bella. Eres bella con cualquier cosa. Estarías arrebatadora hasta con un saco de patatas.
-Gracias.
-No quiero ver ese vestido cerca de mí. Dámelo. Lo devolveré ahora mismo.
Con cuidadosa madurez, le dijo a Chas:
-Creo que te estás pasando.
-No te engañes.
-Me hace suponer que deseas a Sally.
Entonces él se rió. Era una risa de sorpresa y de incredulidad. No deseaba a Sally. Amy estaba convencida de ello.
Se quedó de pie y se quitó el vestido. Y ahí estaba, enfrente de él, vestida sólo con sus zapatos de tacón alto, su perla y sus pendientes de perlas.
El la contempló y sonrió. Dobló el vestido de cualquier manera y dijo:
-Báñate y lávate el pelo. No quiero que te quede ningún rastro de esta porquería cuando hagamos el amor -y añadió-: Volveré enseguida.
Amy se estaba secando el pelo, pensativa, cuando Chas regresó. Él se desnudó y metió su ropa sucia en la bolsa del servicio de lavandería. Entonces se duchó mientras ella miraba por todas partes, tomando nota de la invasión de su baño. Él corrió la corona y se asomó, sonriéndola.
-Ya estamos otra vez como teníamos que estar.
Ya que estaban solos, y desnudos, ella supuso que él quería llevarla

directamente a la cama. Se sentía aturdida y abrumada por las películas y la charla y el humo del tabaco de la habitación de Connie. Dijo:

-Chas...

-Salgamos a pasear a la playa, respirando el aire fresco de la noche.

Ella le sonrió.

-¡Perfecto!

Se pusieron el chándal, calcetines y las Nike, y fuera el aire era duke y refrescante. No bajaron en el ascensor, sino que bajaron con calma las escaleras desiertas hasta la playa a oscuras.

Todo estaba en calma. Las estrellas eran increíbles; no había luna. Al principio no dijeron nada. Caminaron a buen paso, tornados de la mano, respirando profundamente y mirando a su alrededor.

Caminaron mucho. Y al dar media vuelta para regresar, comenzaron a hablar. Pero ella evitó hablar tanto como él. Seguía pensando en abandonarlo. Por lo tanto, fue muy cuidadosa acerca de hablar de sus cosas, sus ideas a opiniones que él compartía con ella con tanta facilidad. Ella no quería conocerlo tan bien. Bueno, sí que quería. Pero le resultaba mucho más fácil abandonar a un desconocido que a un amigo.

¿Cómo le diría adiós a este hombre? Su primer amante.

Se encontraron una sorpresa. Tad y Sally pasaron a su lado, alejándose del hotel. Ellos también iban tornados de la mano. Iban cabizbajos, tan concentrados en su conversación que no vieron a Amy y a Chas.

Amy preguntó, suavemente preocupada:

-¿Se lo están pensando mejor?

Chas contestó:

-No. No están discutiendo ni llevándose la contraria, están compartiendo cosas...como yo.

Le lanzó una mirada afilada en la oscuridad. Otra vez esa forma de hablar. Sally y Tad estaban compartiendo cosas... no «como nosotros», sino «como yo».

Chas sabía que ella se reservaba cosas.

-¿Qué te dijo Sally cuando le devolviste el vestido?

-Le dije «Toma», y ella dijo «Lo comprendo».

-¿Cómo lo dijo?

-Como si lo comprendiera perfectamente.

Amy dejó caer un brazo.

-Yo no.

-No tienes por qué. Todo cuanto tienes que hacer es obedecer.

-Bueno, Chas... -¿pero para qué discutir? A fin de cuentas, se iba a

ir.

-¿Te quedarías hasta el martes? Puedo cambiar mis planes para que podamos pasar aquí dos días más. La suite está libre. Lo he comprobado. Podríamos estar solos. ¿Puedes?

Una respuesta afirmativa le haría bajar la guardia. Podía decir que sí, y él dejaría de vigilarla tan de cerca. Así, podría salirse con la suya sin problemas.

Dejaría una nota, y su perla, y se iría.

En voz alta, le dijo a Chas:

-La semana que viene estoy libre -no era una respuesta auténtica, no se comprometía a nada.

-Bien. Eso me dará más tiempo.

Ella no preguntó para qué. Creía saberlo. Para la cama. Cambiando de tema, dijo:

-Todavía no he conocido a Bob y... ¿Era Jean?

Casi en blanco, él preguntó: Bob y Jean?

-Los primos que necesitaban tu suite.

-¡Ah, sí! Bueno, verás... Al final, resultó que el niño tenía paperas.

-Creía que era varicela.

-Para el caso, da igual.

Ah, había otro cambio. La expresión «irse» se había convertido en «huir».

Capítulo 8

A la mañana siguiente, a las ocho, el despertador de pulsera de Chas sonó en el oído de Amy. Tuvo que estirarse sobre ella para apagarlo.

-Se me ha paralizado el brazo porque una mujer vaga a inútil ha dormido encima de él toda la noche, y no puedo moverlo. Por lo tanto, esa mujer tendrá que sentarse para que pueda sacar el brazo de la cama y morirme unas mil veces antes de que vuelva a funcionar. Y esa mujer eres tú.

-Lo que puedes llegar a cambiar en sólo dos horas. Anoche eras lo más dulce que un hombre puede llegar a ser, y...

-Será por lo mucho que sabes de hombres.

-He llegado a la triste conclusión de que no te gusta madrugar.

Él rodó hasta tumbarse sobre ella y la miró ferozmente a los ojos.

-Sólo porque anoche tuviera que acariciarte a fondo, no estés tan segura de que no me gustan las mañanas Me gusta cualquier hora del día.

-Oh -ella le sonrió. Y se vio obligada a decir-. Parece que tu brazo ya está mejor.

-Duele un montón. Pero una cosa es el dolor y el aguante, y otra dejar que una mujer sea descarada y se salga con la suya.

-Ya veo.

-Está muy bien -se echó a un lado y se tomó el brazo, agitándolo y quejándose-. Me enrollé con un pulpo de pies helados.

-No recuerdo haberte pedido que me rodearas ayer por la noche. Creo recordar que fuiste tú quien hizo que nos tumbáramos y quien me dijo que me calmara y me durmiera si no quería acabar agotada.

-Estás muy mal de memoria. Sólo quería que mis cansados huesos descansaran en una cama y dormir un poco. ¿Pero acaso me dejaste? No, no lo hiciste. Primero me hiciste salir y recorrer esa maldita playa de un lado para otro. Luego tuvimos que ir a remojar los huesos en la piscina climatizada, y cuando conseguí llegar a la suite, resulta que tenías hambre y tenías que comer o te desmayabas. Y cuando, por fin, me acosté, tenías los pies helados. ¿Sabes cuántos besos hicieron falta para calentarlos?

-¿Cuántos?

¡Chas estaba desolado!

-¡Creí que los habías contado!

-No, haces que pierda el sentido y no puedo pensar.

-¿De verdad? -parecía un gatito al que están acariciando.

-Mm-mm.

-Pero conseguí calentarte a fondo, ¿verdad? -no era una pregunta,

era una afirmación autosuficiente.

-Sólo recuerdo que por fin me diste de comer, y nada más hasta despertarme con tu reloj.

-¿No te acuerdas de mi hábil, intrincada y exquisita forma de hacer el amor?

-Oh -se mostró curiosa-. ¿Lo hicimos?

-Supongo que lo mejor es darte una clase práctica esta mañana. Tendrás que aplicarte para estar a la altura de mi estilo. Túmbate y relájate. Será algo muy sencillo.

Ya eran las nueve menos cuarto cuando terminó eso tan sencillo, y Chas todavía tenía que ducharse y vestirse. Así que no desayunaría antes de llevar a Connie al médico.

-¿Quieres que te espere para desayunar?

-No, pediremos algo y lo tomaremos de camino. Puede que tardemos -se inclinó y besó a Amy.

-Deséale buena suerte de mi parte.

-Lo haré -se detuvo y la miró durante un minuto, algo extraño. Entonces le sonrió, de manera diferente, antes de inclinarse y besarla breve y apresuradamente. Y se fue.

Amy se bañó lentamente. Estaba cansada. Llamó al servicio de habitaciones y pidió un desayuno completo con huevos, bacon, tortitas, leche, té y una tostada con mermelada. Y se vistió.

Con la fiesta de la noche anterior, los únicos Cougar a la vista eran los niños. Probablemente sus padres les habrían echado de las habitaciones para que se agotaran lo suficiente antes de la boda, y conseguir que se estuvieran quietos durante la ceremonia. Por un impulso, Amy subió a la habitación de Sally y llamó discretamente a la puerta, dando unos golpecitos con las uñas. No era lo suficientemente fuerte para alguien que estuviera dormido, pero si Sally estaba despierta lo oiría.

Cuando Sally abrió la puerta, a Amy le sorprendió su aspecto tan diferente. ¡Amy casi no la reconoció! Sin pensar, Amy dijo:

-¡Estás maravillosa!

-Me siento maravillosamente. Dentro de un momento me tocará volver a probarme ese maldito vestido. ¿Por qué no pasas y charlamos mientras me haces compañía?

-Claro -Amy asintió enseguida, pero dijo, bastante incómoda-. En cuanto al vestido verde...

-Lo comprendo. Y, Amy, no vayas a estropearlo con Chas. Es especial. No seas tan estúpida como nosotras. No cambies. No creo que haga falta que te ponga ningún ejemplo. ¿Me entiendes?

Amy se limitó a mirarla fijamente.

Sally iba de un lado a otro de la habitación, lentamente, pensando, y tomó su velo blanco.

-Connie estaba conmigo cuando tía Karen me lo dio. Siempre ha pertenecido a la familia. Cuando salimos de su casa nos reímos y bromeamos sobre el hecho de que yo llevara velo blanco.

-Pero después de anoche, creo que mi actitud hacia la boda ha cambiado -miró a Amy-. Y, curiosamente, todo empezó al ver la cara de Chas al verte con el vestido verde, y verlo tan furioso.

-Tad y yo fuimos a la playa y hablamos. Nos conocemos desde la universidad, y nunca hemos tenido secretos. Pero, después de anoche, nuestras vidas serán muy distintas a lo que yo creía. Hablamos de lo que pensamos de la vida, y de lo que queremos de ella, y de cómo queremos que sean nuestros hijos. Diferentes a nosotros.

-Nos hemos comprometido realmente con este matrimonio. Hablamos de tantas cosas. Tad y yo queremos lo mismo. Y fue Chas, y lo que siente por ti, lo que hizo que surgiera todo eso.

-Pero, Amy, fuiste tú quien hizo que Chas se portara así anoche. Le he visto con mujeres y siempre las ha tratado correctamente, pero lo que hicieran no le importaba. Nunca le he visto tan furioso con una mujer como anoche contigo. Creo que te ama.

-¡No!

Sally la miró muy seria.

-Ten cuidado con él. Es demasiado bueno como para engañarlo. Todas nos sorprendimos cuando se fue a alojar contigo. Está sucediendo algo muy importante. Si te atrae lo más mínimo, presta atención.

Amy estaba inquieta, y abrió los brazos.

-Quiero vivir como un hombre. Lo tienen todo. No soy diferente. Soy tan lista y creativa como ellos. Quiero participar en el movimiento, en la creación. Probar si algo me atrae. Ser...

Sally la interrumpió, seria pero con suavidad.

-¿Ser una maldita idiota?

Amy protestó.

-Eso lo dices ahora. ¡Pero has pasado por ello!

-Ojalá, cuando estaba en tu piel hace tantos años, alguien me hubiera dicho lo que ahora te estoy diciendo.

Amy frunció el ceño.

-Si tu familia se parece en algo a la mía, seguro que lo hicieron.

Sally permaneció callada un momento, y dijo:

-Lo hicieron.

-Podrías haberte casado hace años, y no habrías conocido a Tad. Ahora los dos sabéis lo que queréis. Seréis un matrimonio sólido,

bueno.

-Los hombres no se suelen casar con las chicas ligeras de cascos. A mi edad, las mujeres empiezan a comprender que no les queda mucho tiempo para casarse y tener hijos. Algunas no quieren tener hijos. Preferirían trabajar. Pero la mayoría quiere un marido. Por eso dejan que un hombre vaya a vivir con ellas, en un estúpido ensayo de matrimonio.

Sally preguntó entonces:

-¿Por qué se casaría un hombre con una mujer así? El hombre se va de casa y se casa con una mujer más joven y tiene hijos. Y la mujer abandonada -porque se siente abandonada- lo intenta con otro. Y otro. Y se casa solo por casarse, si es que es capaz de encontrar a un hombre que esté dispuesto para entonces. Lo he visto. Era como una amenaza para mí. La libertad sexual es como un día de fiesta...para los hombres. Presta mucha atención.

Amy estaba disgustada.

-Eres la última persona a quien imaginaría hablando así.

-No hay nada tan convencido como una mujer reformada. Escúchame -acarició el pelo de Amy y exclamó-: ¡El traje de novia! Tenemos que irnos.

Amy contestó:

-Tengo que pensar.

-Hazlo. Es algo que llevaba ¡Ducho tiempo queriendo hacer! Luego te veo.

Se separaron en la puerta de Sally, y Amy se dio cuenta de que ya eran casi las once. Chas debía estar de vuelta. Necesitaba verlo. Y no sólo para ver cómo estaba. Fue hacia el hueco de la escalera y bajó hasta el tercer piso. Seguro que una mujer podía vivir como un hombre. Sólo se necesitaba discreción y estilo. No tenía por qué ser grosero o público. Se podía hacer con buen gusto. Dependía de la mujer.

Vagó por la terraza del tercer piso encima del acceso al garaje, y por fin vio a Chas y a Connie saliendo del aparcamiento. ¿Connie? ¡Era Connie! Estaba radiante.

Era como si Dios le hubiera metido un tubo por la oreja y hubiera vertido un montón de rayos de sol y la luz se filtrara como la miel por su cuerpo para llenarle cada nervio y cada célula, ¡hasta la punta de cada cabello! ¡Increíble! Amy se quedó mirándola.

Como dos dioses de fábula, Chas y Connie vieron a Amy y la saludaron de lejos con sonrisas amplias y radiantes. Y Matt fue hacia ellos corriendo. Ignoró a Chas para tomar a Amy por los hombros y agitarla suavemente. Como el sonido ascendía verticalmente, Amy

pudo oírle preguntar:

-¿Dónde has ido? ¿Qué has estado haciendo?

Chas se separó de ellos hasta llegar justo debajo de donde estaba Amy. Dijo en voz baja:

-Está bien. Baja. Te veré en las escaleras.

Amy volvió a mirar a Matt y a Connie. Connie estaba relajada y sonriendo con dulzura, pero estaba negando con la cabeza. Matt estaba discutiendo con ella, furioso, exigiendo respuestas. Ella contestaba, pero con mucha calma. Los gestos de Matt eran grandes y hablaba entre dientes. Connie estaba imperturbable. Con el ceño fruncido, Amy se giró hacia el hueco de la escalera, pero Chas ya estaba allí. Le preguntó:

-¿Qué sucedía?

-Una alergia extraña a su crema depilatoria en un tejido muy sensible. Algo que nunca le había dado problemas. Ha sido una suerte, pero es una infección muy dolorosa.

-¿Y está bien?

-Sí. Le han hecho pruebas para asegurarse. Y se preocuparon de que estuviera cómoda. El médico era un hombre mayor, que sigue creyendo en citas de sábado y en llamadas a casa, y también cree en sermones -Chas se detuvo y sonrió-. Me incluyó a mí -eso le hizo reír. Estaba tan divertido y parlanchín que estaba claro que había estado muy preocupado por su prima, y ahora se sentía muy aliviado.

-¡Toda esa preocupación! ¿Por nada? -exclamó Amy

-Bueno, Amy, era posible. Tenía motivos. Creo que se ha reformado.

-¡Estoy rodeada! -contestó Amy irritada.

-¿Quién más se ha reformado? Yo no.

-¡Tú, nunca! ¡Pero Sally, sí!

-¿Quién? ¿Sally? ¿Nuestra prima Sally? ¡Estás tomándome el pelo!

-No. ¡Se ha reformado!

-¡Eso no sería una reforma, sino una transformación!

-Me soltó un sermón.

-¡Daría un colmillo por haber oído eso! -su voz sonaba burlona.

-Me dijo que eres un buen hombre.

Sus ojos verdes se fijaron, muy serios, en los ojos azules de ella.

-¿Te dijo eso? ¿Está de mi parte en esto?

-¿En qué?

-Mmm... puede que no te hayas dado cuenta, Amy, pero me atraes mucho.

Sin ocultar su impaciencia, le informó:

-Me viste por primera vez el jueves por la mañana en la playa. Es

sábado por la mañana. Han pasado dos días. Es un breve paréntesis. Nunca habría sucedido si no te hubiera atraído. No tiene otra explicación. Es un período minúsculo de nuestras vidas. Me voy ma... el martes -estuvo a punto de decir «mañana»-. Cada uno se irá por su lado. Ya te he dicho que mi estilo de vida no me permite incluir reuniones o continuar con esta amistad.

-¿Amistad? ¿A esto le llamas amistad? ¿Y a qué le llamas relación?

-A algo que dura mucho más, con un respeto mutuo.

-Nuestro respeto es mutuo.

Lo miró casi con dolor al admitir.

-Eres un hombre especial. Estoy encantada de que hayas sido mi primer amante -tenía la mirada triste y su tono era aún peor.

Él la tocó en la mejilla y le dijo con voz aflautada:

-Hablaremos de esto el lunes, cuando todos se hayan ido y hayamos podido dormir bien. Cuando ya no haya crisis que nos distraigan.

Con deliberada tristeza, ella asintió.

-El lunes debería solucionarlo todo -pensó que estaba siendo muy lista con sus palabras sinceras, y que esas palabras cortarían la discusión.

¿Cómo podría quedarse? Estaba ahí por una mentira. Tendría que salir de allí y abandonar a Chas para siempre. Para evitar seguir con ese espinoso tema, Amy dijo:

-Tengo que comprar un regalo para Sally y Tad.

-Para todos nosotros, ya es un regalo el hecho de que seas una nueva prima. Con eso basta.

Ella se sonrojó por el sentimiento de culpabilidad.

-Necesito encontrar un regalo.

-Te he incluido en el mío. Les he comprado una ponchera de plata con una bandeja y veinticuatro copas de plata. Los Cougar dan muchas fiestas. Su hermana mayor se quedará la de la familia, así que Sally necesitará otra. Solucionado.

-¿Dais muchas fiestas?

-Sí. De negocios. Familiares. Tengo unos cuantos buenos amigos. Te gustarán, y les volverás locos. Creerán que eres una princesa que he cazado con una trampa de manzanas de oro y un unicornio.

¿Chas creía que la había cazado? ¿Seguía sin sospechar siquiera que ella había preparado toda la seducción? Por mucho que hubiera estado con alguna mujer, en el fondo seguía siendo un ingenuo.

Si pensaba así, sufriría cuando ella lo abandonara. ¿Por qué no podía ser más experto, y así disfrutar con ella de estas vacaciones? ¿Reírse con sun triquiñuelas? ¿Y despedirse con alegría? Era su actitud

posesiva lo que hacía que ella sufriera al pensar en abandonarlo.

-Me tratas de una forma distinta a como una mujer trata a un hombre -dijo él.

-¿Como? -preguntó Amy.

Chas pensó antes de hablar:

-Más... de igual a igual, o como un amigo.

-Soy igual que tú. Y he sido amable.

-¿Igual hasta qué punto?-preguntó él.

-Todo lo que hagas en el mundo de los negocios, puedo igualarlo de alguna manera. Claro está, si se trata de asuntos directivos. No puedo cortar tantos árboles en un solo día, pero probablemente podría cortar suficientes para calentar una casa, si me dieran el tiempo necesario.

Chas estaba encantado.

-Pillina competitiva.

-Más igual que competitiva. Hay una diferencia. No quiero ocupar tu puesto, quiero estar a tu lado con la misma autoridad.

Con voz suave, Chas dijo a Amy:

-Todo buen hombre de negocios sabe que alguien tiene que tomar el mando. Una autoridad difusa crea confusión. Las luchas de poder debilitan y dispersan la autoridad. La igualdad es algo muy difícil de conseguir realmente, incluso para un hombre. Para una joven bonita es casi imposible. ¿Cuánto te importa tu trabajo?

-Me fascina. Sin embargo, siempre he tenido que luchar para que los hombres que trabajan conmigo me tomen en serio. O para que, por lo menos, me escuchen sin verme primero como una mujer.

-No creo que haya mucha esperanza de cambio en eso. Los hombres ven a las mujeres primero como mujeres. Nadie niega que las mujeres tengan que superar dificultades en el trabajo. Pero, al final, si la mujer está preparada, los hombres llegarán a ver esa preparación.

-Lo estás admitiendo -dijo Amy.

-Soy sincero. Te lo dije, y nunca te mentiría.

Apartó su mirada de él, dirigiéndola hacia el complejo hotelero. Le pesaba en el alma su propia mentira. No veía la forma de arreglarlo.

-Me muero de hambre. Vamos a comer algo -dijo él con bastante suavidad.

Amy decidió que la melancolía que la dominaba se debía a la falta de sueño. Esos últimos días habían sido muy diferentes a todo cuanto había conocido.

En toda su vida, nunca se había mezclado con tanta gente durante tanto tiempo. Las historian, las relaciones, los problemas y las discusiones, la hilaridad y el peso de las palabras eran abrumadores.

Y, para colmo, estaba Chas.

Él había despertado y saciado en su interior apetitos cuya existencia nunca había sospechado. Y la lasitud de su cuerpo era distinta. No era normal que fuera tan consciente de ella. Sentía una necesidad casi imperiosa de estar cerca de él, de tocarle incluso en público. De deslizar una mano por su brazo. De sentir su voz dentro de su pecho, de una manera extraña.

En tan poco tiempo, había oído demasiado, visto demasiado y sentido demasiado. Estaba exhausta de ese viaje imprevisto a la experiencia emocional de formar parte de algo tan extraordinario. Y, para colmo, no sólo era consciente de Chas, sino de sus sentimientos por él.

Era una frivolidad suponer que sus sentimientos por él podían parecerse en nada al amor. El amor no nacía en tan poco tiempo. Lo conocía, era consciente de su existencia, sólo desde que se había registrado en el vestíbulo hacía tres días, el miércoles por la noche. ¡Pero cuántas cosas habían sucedido en tan poco tiempo! Era casi como si hubiera participado en un cursillo sobre relaciones familiares y conducta sexual en un período de tiempo muy condensado, sin que transcurrieran los minutos, sino agrupándose como si fuera una experiencia sobrenatural.

Y luego estaba Chas con su experiencia. Estaba tan contenta de que él hubiera sido su primer amante. Quizá se equivocaba por ello. Quizá si no hubiera sido alguien tan superior, tan hábil, tan atractivo, esta experiencia no sería algo tan doloroso.

Ah. Bueno. Amy admitía que no era el dolor de Chas lo que le preocupaba, era su propio dolor. Odiarla abandonarlo. Se moría de pensar que no volvería a verlo. ¿Cómo se había metido en ese lío? Una aventura tenía que ser algo ligero, delicioso, divertido, encantador. ¿Qué había fallado?

Empezó por una mentira. Sin esa mentira, podría haberse ahorrado algo de eso y tan sólo conocer a Chas. Aunque no siguiera adelante con la aventura, le gustaría conocerlo y saber qué sería de él. Con quién se casaría. Cómo serían sus hijos. Qué pinta tendrían. Si le gustaría a su mujer.

-¿Qué ocurre?

-¿Qué?

-No estás comiendo nada. Y tus mejillas están llenas de lágrimas. ¿Qué pasa?

Ella sonrió y se enderezó. Y volvió a recurrir a la misma excusa. Sólo que esa vez era verdad.

-Estoy un poco abrumada por tu familia. Nunca he estado con

tanta gente. Estaba preocupada por Connie, y me alivia tanto que esté bien. Tanta emoción me ha afectado demasiado.

-Subiremos y echaremos una siesta.

-Creo que me gustaría quedarme un rato sola.

-Sube y échate tú la siesta. Yo iré a ver en qué puedo ayudar para esta noche.

-Gracias, Chas -se sentía algo torpe-. No es que no quiera estar contigo o...

-Lo entiendo -le tocó la mano-. Iré en un par de horas para despertarte, para que tengas tiempo para ir a la boda. Date un buen baño, pero no te quedes dormida en la bañera.

Ella sonrió.

-No lo haré -la besó.

Ella le sonrió de nuevo, y dijo:

-Adiós.

Después de separarse, ella se dirigió al ascensor, pensando en qué extraño le resultaba haber dicho adiós de esa manera. De repente supo que tenía que irse en ese momento.

Ese adiós pudo ser su subconsciente diciéndole que se fuera, que no iba a sacar nada positivo quedándose más tiempo. Si se quedaba tan sólo un día más, su corazón podía desarrollar un amor tan loco por Chas, que realmente llegaría a sufrir.

¿Acaso no estaba sufriendo ya?

Sí, pero un día más empeoraría todo aún más. Subió a la suite, calculó su parte de la cuenta y dejó el dinero sobre la mesa.

Entonces Amy se sentó y escribió una nota. Escribió diez notas. Utilizó dos hojas, con todas las tachaduras que cabían en cada hoja, y rebuscó tanto las palabras que le dio dolor de cabeza.

Finalmente lo consiguió:

Adiós. He de confesar que no tengo nada que ver con esta familia. Mi abuela no se apellidaba Winsome. Siento haberle utilizado de una forma tan burda. Espero no haber arruinado tu opinión acerca de las mujeres en general. Hay mujeres muy agradables. ¡Eres un hombre agradable, y la mujer que se case contigo tendrá mucha, mucha suerte!

Llena de dolor y de frustración, volvió a escribir:

Adiós

Lo leyó varias veces, sin prestar atención realmente. Estaba emocionalmente exhausta y no muy centrada. Añadió:

Por favor, dile a Sally que me han llamado y me he tenido que ir. Gracias.

Tuvo que frenarse para no escribir otro adiós.

Hacer las maletas no fue ningún problema. Lo había dejado todo

bastante organizado. Lo cual era, probablemente, bueno, teniendo en cuenta su estado. Así que recogió sus cosas, echó varias miradas largas y tristes a las cosas de Chas y acarició lentamente la manga de su chaqueta. Dejó la tarjeta-llave junto a la nota y el dinero, y salió.

No se encontró con nadie. Evidentemente, bajó las escaleras sigilosamente, se ocultó pegada a las paredes y cruzó los salones más oscuros hasta el otro lado del edificio y hasta su coche. Entró en él y se fue.

Se había acabado.

Su primera aventura había terminado. Deseó no haberse lanzado nunca a algo tan estúpido y doloroso. No era tan atractivo como había pensado. Una aventura no era algo tan informal. Era algo muy serio que afectaba a otras vidas.

Había sido una estúpida.

Había cometido el mayor error de su vida, y no volvería a ver a Chas. Nunca conocería a un hombre que pudiera compararse le. Y era muy desgraciada.

Quería cavar un hoyo y enterrarse en él para poder estar a solas y soportar el dolor de su pérdida.

Pensó: «soy diferente. Soy una mujer. No quiero ser un hombre».

Capítulo 9

Amy llegó a la entrada de la casa familiar y salió del coche. Vio que sus padres estaban en la mesa junto a la piscina, con más gente. Con sorpresa a irritación, Amy vio que los Peckerel seguían de visita.

Estaba atrapada. Huir quedaba descartado. Llegado aquel punto, no había forma amistosa de marcharse.

Su sonriente madre ya estaba de pie, y su padre iba hacia Amy con una amplia sonrisa de bienvenida.

Amy frunció los labios, pero lo que de verdad quería era arrojarse en brazos de su padre y echarse a llorar. Los Peckerel no tenían la culpa de no saber que ya no tenían que estar allí.

Bill Allen acarició a su hija, pasándole una mano por el pelo en señal de bienvenida y le dio un cálido abrazo. Después, con su pesado brazo alrededor de sus frágiles hombros, la giró hacia su madre.

Conteniendo la risa, su madre exclamó:

-¡Qué bien que hayas llegado a tiempo para ver a los Peckerel!

Amy lanzó una mirada asesina antes de tensar la boca hasta esbozar algo parecido a una sonrisa y dijo:

-Sí -tras esa especie de agradecimiento a su madre, se dirigió hacia el grupo y levantó una mano, diciendo-: ¡Mitzie! He llegado a tiempo. ¿Qué tal estás? Evidentemente, a la perfección.

Mitzie se levantó y acercó una mejilla como si quisiera dar uno de esos besos en el vacío, y contestó:

-Eh...

Amy esperó animosa, pero Mitzie había olvidado lo que iba a decir. Amy sonrió y le dio la mano a Peck, que la atrajo torpemente para besarla con fuerza en la mejilla.

Fue entonces cuando Amy vio que había más gente. Un hombre que parecía divertirse mucho. Se había puesto de pie, y estaba mirándola. Era perfecto.

Se llamaba Miles Clifford. Era enorme, era sencillo, era perfecto. Le bailaban los ojos, y era incapaz de controlar su sonrisa. Le gustaba. Así que éste era el hombre con el que su madre quería que se casara. Llegaba demasiado tarde.

Su madre tocó a Amy en el brazo y dijo al resto:

-Volvemos en un momento. Sé que a Amy le gustaría refrescarse.

Mientras su padre tomaba la elegante maleta, su madre dirigió los torpes pasos de Amy hacia el interior de la casa, subiendo al piso de arriba.

Después de que su padre dejara la maleta en la habitación de Amy, y de que saliera, su madre preguntó:

-¿Qué sucede?

Amy se limitó a decir:

-He arruinado mi vida -abrió los brazos por completo y se dejó caer pesadamente sobre la cama, con la vista fija en el techo.

-Un hombre -adivinó Cynthia Allen.

Amy asintió.

-¿Casado?

Ahora negó con la cabeza.

-Seguro que ese rompecorazones está interesado en nuestra hijita, así que ¿cuál es el problema?

-Le he mentido.

-Bueno, una mentirijilla de vez en cuando...

Sin mover la cabeza, Amy miró a su madre.

-Cuando descubra la verdad, no volverá a dirigirme la palabra.

-Cuéntamelo.

Era como descorchar una botella de champán, y todo el relato salió de la boca de Amy como burbujas llenas de palabras, lágrimas y lamentos.

Cynthia sólo interrumpió una vez, y fue para exclamar:

-¿Trilby? ¿Trilby Winsome?

Amy soltó un irritado «¡Sí!» entre su cascada de palabras. Amy no contó nada. Ocultó el hecho de haber pasado casi treinta y seis horas, en la intimidad, con Chas.

Aunque sólo era una «prima» falsa, vio que no podía ser demasiado cruda con Sally o con Connie, así que no contó nada del vestido verde. Sin todo eso, realmente no debería haber necesitado mucho tiempo para contar toda su historia de mentiras.

Pero le llevó un tiempo.

Tenía que hacer ver a su madre lo maravilloso que era Chas, y cómo había arruinado, por su desconsideración, su única oportunidad de ser feliz. Era un hombre honrado que no toleraba a los farsantes ni a los mentirosos, y ella era las dos cosas.

Toda su vida de mentirosa se había condensado en esos dos días y medio, y nunca más volvería a mentir. Había arruinado su vida gris y sin amor. Tendría que irse a cuidar leprosos.

-Sí -Cynthia tuvo que asentir, y hasta suspiró con compasión-. Pero primero tenemos que bajar y ser educados con los Peckerel... y con Miles. Es tan adorable. Ven. ¿Tienes algo en esta maleta, o quieres que tu padre suba el resto?

-Ésta -dijo Amy sin fuerzas, mientras se levantaba de la cama, tomaba la maleta y la tiraba sobre la cama. Quitó los seguros y la abrió. Estaba buscando los zapatos cuando... sacó un montón de... ¿tarjetas? Las miró frunciendo el ceño. ¡Eran de Chas! Se echó a llorar.

Había unas doscientas tarjetas metidas por todos los rincones de la maleta, en los pliegues de sus vestidos, en sus zapatos, ¡por todas partes! ¿Cuándo las había puesto ahí? ¿Cómo se había atrevido a pensar que ella iba a escabullirse? Se echó en brazos de su madre y sollozó. Cynthia la abrazó con fuerza y sonrió.

Después de una ducha reparadora, de ponerse compresas frías en los ojos, de maquillarse cuidadosamente y de beberse un vaso de limonada azucarada, Amy salió a reunirse con los demás. Estaba muy callada. Miles era atento, pero no demasiado. Amy parecía no enterarse de la conversación. Era como si estuviera en una burbuja de aire.

Cynthia se hizo cargo de la conversación, contestando por Amy para que ésta pudiera asentir o negar sólo con un gesto. Entonces fue Miles quien llevó el peso de la conversación. Tras dar su opinión, añadió suficiente información para que ella dijera algo, y la miró pensativamente.

Como Bill nunca se fijaba en los detalles, no se dio cuenta del comportamiento de su hija. Peck se había quedado estancado en sus experiencias en Vietnam, por lo que algo actual carecía de interés; y a Mitzie sólo le importaba ella misma.

Mitzie era una copia barata de una cortesana. No movía un sólo músculo de su cara. Sonreía abriendo ligeramente la boca. Era consciente de cada movimiento y lo hacía tal cual. Luego comprobaba si el hombre se fijaba en ella. Ahora se movía buscando la aprobación de Miles.

Una auténtica cortesana nunca es descarada. Sólo quiere agradar al hombre. Trabaja con humor, pregunta, o se limita a escuchar. Trabaja mediante la seducción, si eso es lo que quiere, y es hábil en la cama. Mitzie no sabía hacer esas cosas. Mitzie no flirteaba ni tentaba, prefería que la admiraran.

Miles miraba a Mitzi lo suficiente para que ella notara su aprobación. Bill no se daba cuenta. Cynthia compartía con Miles su conocimiento de Mitzie, y ambos comprendían que Peck mirara indulgentemente.

Hay hombres a quienes les gusta que sus mujeres sean atractivas para otros hombres, mientras la cosa no pase de ahí. Les hace sentirse poseedores de un trofeo. Así que no les preocupa un poco de flirteo... a distancia. Peck era así.

Al cruzar su mirada con la de Cynthia, Miles señaló con un gesto de la cabeza a Amy y arqueó las cejas en señal de pregunta. Su madre se encogió de hombros. Miles se propuso entonces hacer que Amy saliera de su cascarón. Era encantador.

Pero claro, Miles tenía que seguir atento a Mitzie. En el grupito, Mitzie no participaba de la conversación, por lo que su única diversión consistía en moverse para Miles. Si él la ignoraba, se moriría de aburrimiento. Así que éste la miraba de vez en cuando, pero concentrándose en Amy.

Amy contestó. Se despertó y dijo algo, incluso se centró en Miles, de vez en cuando, con cierta amargura.

Realmente era perfecto. No se parecía a Chas en nada. La trataba como a una persona, de igual a igual. No como Chas, que era dominante y dictatorial. Miles era muy superior. Lo sabía sólo con mirarle.

¿Cómo pudo su ángel de la guarda permitirla meterse en un 1ío así en la reunión de los Cougar? ¿Por qué no había sonado la alarma y...? Sí había sonado.

Amy recordaba muy bien haber oído la alarma, y recordó que la había oído durante toda su vida, evitando que cayera en algo así antes. ¿Por qué entonces? Qué desastre.

Miles escuchó cómo Peck había salvado la vida a Bill, y quedó debidamente impresionado. Bill se rió. Disfrutaba con los paulatinos cambios que Peck introducía en el relato. Estaba claro que tenían que agradecerle a Dios -en ese momento- que Peck estuviera en Vietnam o habría sido otra Corea, por cómo lo contaba Peck.

Bill se frotó la nariz y tosió ligeramente, pero no puso ningún reparo.

Peck miraba complacido, lleno de autoestima. Cynthia sonreía. Mitzie cruzó lentamente las rodillas, rozándose la falda de forma estudiada, y Amy estaba perdida en sus pensamientos.

Pensaba que, para entonces, Chas ya le habría hecho varias preguntas a Peck. Las habría deslizado suavemente, pero apretando lo justo para que Peck llegara a dudar, aunque Chas no habría «destrozado» el relato. Tan sólo habría hecho que Peck se ajustara más a la verdad. Sí. Chas no permitiría una mentira completa. ¿Qué había hecho ella?

Justo en ese momento, Chas estaría en su habitación y encontraría la nota y la perla... ¡Todavía tenía la perla! ¡Dios mío! ¡Se había quedado con su regalo! ¿En qué estaba pensando cuando escribió esa estúpida nota? ¿En ese frío adiós? ¡Ninguna mujer valía lo que esa perla! Pero ella se la había llevado. ¡Lo había hecho!

Tenía su tarjeta. Tenía tarjetas más que de sobra. Le devolvería la perla por correo urgente. Tenía que hacerlo. La tocó en su pecho. Cómo podría deshacerse de ella? Podría hacer que la tasaran, enviarle el dinero por mensajero, de forma anónima, claro está y conservar la

perla como un recuerdo. Como un souvenir de su... unión. Ahh...

-¿Tú qué dices, Amy? -Miles le estaba hablando-. ¿Te animas a un zumo de naranja?

La requerían para otra excitante conversación de los Peckerel. Asintió. Y Mitzie dijo:

-Me encanta el zumo de naranja.

Todos le sonrieron, y ella se estiró modestamente el tirante, mirando de reojo a Miles.

Peck añadió, seguro de sí mismo:

-Hace que mis intestinos se pongan en marcha.

Cynthia añadió deprisa:

-Nunca he visto a las buganvillas tan bonitas como este año.

Un día muy estimulante. Y la noche no mejoró en nada. Siguieron cada uno por su lado, Bill intentando hablar de Centroamérica y de la política norteamericana, Mitzie retocando su ropa o su postura. Cynthia intentaba crear una conversación coherente con la ayuda de Miles, y luego estaba ese bulto llamado Amy.

La boda ya habría empezado. Sally y Tad. ¿Y qué pasaría con Connie y Matt? Todas esas vidas en las que Amy se había colado, y nunca sabría que pasaría con ellos. O con Chas. ¿Qué sería de Chas?

Cuando estaba en la cocina, ayudando a llevar la comida a la mesa, Amy escuchó decir a su madre:

-Sería interesante haber tenido más hijos, y ver cómo habrían sido. Eres fascinante. Pero ayúdame con la conversación en la mesa. Sólo ese rato, y luego podrás volver a hundirte en tu abismo negro durante el resto de la velada. Miles ha venido a pasar el fin de semana. Tienes que ser amable. Estoy un poco avergonzada por tu comportamiento.

Amy miró con indignación a su madre.

-¡De verdad, odiaría avergonzarte! -Amy resopló-. Yo sólo tengo que soportar haber arruinado toda mi vida ¿y tú quieres que contribuya a... la conversación en la mesa?

-Por favor -Cynthia contestó con bastante frialdad.

-Por todos los santos.

-Una dama puede salir airosa de cualquier situación -le recordó Cynthia-. No vas a hacer que nuestros invitados se sientan incómodos.

-¿Y yo qué?

-Luego.

Se miraron mutuamente. Amy estaba especialmente disgustada por el hecho de que su madre tuviera razón. No se podía permitir la auto-compasión. Había que enderezarse y aguantar lo que fuera. Sobreviviría. Incluso a esto.

Aunque no volviera a ver a Chas en toda su vida, aprendería a

soportarlo, a aguantarse, a ayudar. Así lo hacían los demás. Y era parte de las reglas de la vida. Como comportarse bien, decir la verdad y aguantar. Algo tensa, le dijo a su madre:

-Perdona.

-Ah. Te quiero.

-Ahora no soportaría que te pusieras sentimental.

-Ni yo.

Trabajaron en silencio. Y Cynthia dijo:

-Qué pena que tengamos que cenar en la mesa. Mitzie pierde casi todo su encanto.

Amy se echó a reír, y rió demasiado. Pero madre e hija se abrazaron rápidamente, se separaron, se secaron los ojos, se lavaron las manos, se echaron agua fría por la cara y sirvieron la comida.

Y Amy lo aguantó. Fue muy atenta, aunque un poco pálida, y ayudó. Miles tenía sus ojos puestos en ella. Estaba muy atento y bastante curioso.

El hecho de estar medio oculta por la mesa no fue un obstáculo para Mitzie. Todavía podía removerse en su silla, retocarse los tirantes y pasar la lengua por los labios.

Peckerel se explayó con Bill acerca de lo que el Congreso tenía que hacer en Centroamérica. Y cómo las Naciones Unidas deberían tomar cartas en el asunto sin perder el tiempo.

Amy sabía que Chas haría preguntas duras, y que esperaría, sin ayudar en nada, a que Peck las resolviera. Chas pensaba que cada uno debía ser responsable de sus opiniones, y debía explicarlas y justificarlas. Por otro lado, Miles se limitaba a escuchar con educación, sin hacer comentario alguno.

Cynthia preguntó a Miles:

-¿Hay alguna posibilidad de que te quedes la semana que viene? -e intercambiaron una larga mirada.

Pensativo, se mordió el labio inferior y dirigió la vista a la madre de Amy antes de contestar:

-Tengo que consultarlo.

Cynthia lo entendió y asintió con la cabeza.

Amy también lo entendió. Su madre quería darle tiempo para descubrir lo perfecto que Miles era. Ya lo sabía. Y no cambiaba nada las cosas.

Una semana con Miles no demostraría nada. Nada salvo que Amy había sido una estúpida al mezclarse con alguien tan tenaz como Chas Cougar. Era dominante, posesivo, dictatorial a imperfecto.

Por fin, la velada terminó, cada uno tomó su camino en el salón de arriba y se fueron a sus habitaciones, cerrando la puerta. Amy estaba

sola. Por primera vez desde el jueves por la mañana, Amy estaba sola. Sola.

Ya era suficientemente duro estar con gente y sufriendo; pero era un infierno estar a solas con su dolor. Nunca volvería a ver a Chas.

Estaba sentada, como un bulto, junto a la cama, cuando alguien llamó débilmente a la puerta. ¿Miles? Había empezado su carrera. ¿Lo sabía Miles? ¿Tenía el aspecto de una mujer que se escabullera por los salones de noche y aceptara en su cama a desconocidos? ¿Había quedado marcada con el aspecto de una mujer fácil para el resto de su vida?

Volvieron a llamar, más suavemente. Miró hacia la puerta. Si de verdad se hubiera convertido en una mujer fácil, iría a la puerta y le sonreiría. A lo mejor no le dejaba entrar era su primera noche; pero tampoco le quitaría esperanzas. Y si no podía, siendo tan cercana su experiencia con Chas, sería más amable en su rechazo de lo que solía ser. Mucho, mucho más amable.

Pero no era una mujer fácil. Tampoco era un aprendiz de hombre. Era una mujer, y no quería acabar como Connie, Sally, Cate o Charlotte. O, como Sally le dijo a Connie, encontrarse con un hombre al que no pudiera reconocer a pesar de haber pasado con él un fin de semana. Amy sabía que nunca se permitiría tener otra aventura. Era algo demasiado estúpido.

En realidad, por mucho que sufriera por Chas, tenía suerte de haber tenido una aventura con él. Pudo haber sido grosero o alguien de quien avergonzarse. Chas no era nada de eso. Era un caballero. Deseó... Des...

Para su sorpresa, el picaporte empezó a girar y la puerta empezó a abrirse. ¡Miles era increíblemente tenaz! ¿Cómo podía entrar en su cuarto siendo la primera noche que pasaba en casa de sus padres?

Y su madre entró en la habitación.

-Madre -Amy se quedó en blanco.

Cynthia asintió.

-Hija -y miró a esa hija, confusa-. ¿Estás bien?

-Como nunca -Amy estaba triste.

-Quiero agradecerte tu ayuda de esta noche. Ahora métete en la cama a intenta descansar toda la noche. Mañana todo irá mucho mejor.

-Madre -contestó Amy desde una altura más experta-. Hay cosas en esta vida que una noche de descanso no puede solucionar.

-Ah, querida. Me gustaría no verte nunca triste.

-Mi vida está acabada.

-Seguro que no eres tan pobre de espíritu como para dar media

vuelta y abandonar.

-Necesito tiempo para sufrir.

Cynthia la miró con paciencia.

-Si es necesario. ¿Pero no te parece un poco excesivo por una relación de dos días?

-Hicimos... el... amor.

-¿Oh? -Cynthia ladeó ligeramente la cabeza y sacó el labio inferior-. Tiene que haberte dejado bastante... impresionada.

Amy echó una rápida mirada a su madre, pero su cara no mostraba ninguna expresión.

-Soy tan buena como cualquier hombre. Ellos también tienen aventuras -eso sonó un poco... infantil.

-No tantos.

-Puedo vivir como quiera -Amy ya no estaba tan segura.

-¿Pero por qué ser un hombre? Eres una mujer. Con lo maravilloso que es ser una naranja, ¿por qué querer convertirse en manzana? ¡Los hombres son maravillosos! Son tan distintos a nosotras. Son únicos. Su forma de pensar es increíble. Sus intereses. ¿Por qué querrías ser un gato que intenta nadar contracorriente como los salmones?

-Está muy bien que te conformes y que te encante ser una mujer.

-No siempre. Los problemas que se te presentan se les han presentado a casi todas las mujeres en algún momento. Si este... ¿Chas? te parece tan notable, ¿por qué no reparas tu locura? ¿Por qué no acudes a él y eres sincera acerca de lo que has hecho?

-No conoces a Chas -Amy se lamentó-. Es un hombre tan decente. Me dijo tantas veces que nunca miente. ¡Y yo lo hice por un impulso! por el amor de Dios, madre, nunca le cuentes a papá que he hecho algo tan impulsivo y estúpido! Cree que soy bastante sensata. Le desilusionaría. Odiaría decepcionarle tanto.

-¿Y a ti misma? ¿Te has decepcionado a ti misma? ¿Es eso lo que te molesta de verdad? Te has saltado unas cuantas reglas muy fuertes. Las reglas existen por un motivo. Y éste es un ejemplo.

-Eres una buena mujer.

Su madre contestó con dulzura:

-Tú también.

Amy no podía creerlo.

-¿Me dices eso? ¿Después de esta conducta tan alocada?

-Un desliz no convierte en perdida a una mujer. El hecho de que estés sufriendo es señal de tu carácter. No estás justificando lo que hiciste. Estás avergonzada por haber mentido. Lo superarás. Sobrevivirás a esto. Te harás más fuerte.

Amy se lamentó.

-No estoy del todo preparada para aceptar el hecho de que puedas tener razón.

-Nadie de nosotros lo está. Cuando vivimos, durante ese tiempo, somos los únicos que lo sabemos todo -Cynthia le dio un consejo -. No pierdas el tiempo en lamentaciones. Endérezate y sigue adelante.

-Dentro de un tiempo.

-Ah, sí. El dolor --Cynthia dio un par de pasos y se giró para mirar a Amy-. ¿Es necesario que sufras?

-Él lo merece.

-Entonces acude a él y díselo.

-Me cerraría la puerta en las narices.

-Puede que no. Por lo menos lo habrías intentado. Y puede que él admire el valor.

-Como papá, tiene un código.

-Si de verdad es como tu padre, será más duro consigo mismo, pero entenderá que no todo el mundo pueda estar a su nivel.

-Chas se merece a una mujer que sí pueda.

-¡Vaya! Sí que te ha impactado, ¿verdad?

-¿Es eso? No puedo estar enamorada tan pronto, ¿no? Pero sí puedo recuperarme de ese impacto.

-Miles es un hombre especial. Podría ser el AlkaSeltzer que lo curara de Chas -dijo Cynthia.

-Qué comparación tan romántica -Amy seguía de pie junto a la cama-. ¿Hablas de un amor perdido como de un estómago revuelto?

Cynthia asintió.

-En la vida, casi todo se reduce al estómago.

-No lo cambiaría por ninguna otra madre.

-Entonces es que he debido de ser demasiado blanda.

Amy asintió.

-Es probable. Pero me gustas.

-Oh, Amy -se miraron, con los ojos llenos de lágrimas, y Cynthia se inclinó para abrazar a su hija- Buenas noches, cielo. Que duermas bien.

-¿...Quizás soñar? -las lágrimas de Amy resbalaron hasta sus mejillas.

-Si eso te ayuda.

Amy estaba tan exhausta que sí durmió. Y soñó. ¡Soño ó que Chas estaba furioso! Parecía un oso desafiando en serio a otro de esa forma tan intimidatoria, sacando la cabeza y amenazando. Gritaba «¿Y por qué desapareciste así?»

Con los años, Amy había aprendido, a la fuerza, que cuando alguien hacía una pregunta así, no buscaba realmente una respuesta.

Lo que quería era soltar adrenalina y, fuera cual fuera la respuesta, seguiría furioso.

Por eso decían los niños, «No lo sé». Era más corto. Y era una respuesta. Y era una expresión tan irritante que conseguía que quien preguntaba se distrajera del problema original.

Ése fue el sueño. Las pesadillas fueron otra cosa. En ellas, se dirigía a Chas en una sala llena de gente y le tocaba el brazo para llamar su atención. Él se volvía y la sonreía. Ella se daba cuenta de que no estaba furioso, y le acercaba la boca para besarlo.

El Chas del sueño respondía magníficamente. Ella tenía la punta de los pies encogida dentro de sus zapatos de tacón alto, las rodillas sin apenas fuerzas, y todo el apetito de su cuerpo estaba concentrado. Él apartaba su boca después del beso y la sonreía. Entonces la rodeaba con el brazo y la atraía fuertemente hacia él mientras la gente intentaba conseguir su atención.

Como suele pasar en los sueños, Amy no podía entender sus palabras, pero todos parecían risueños y amistosos. Ella era la única extraña. La ignoraban, y finalmente Chas le preguntó al oído:

-¿Cómo te llamas?

En la pesadilla, Chas la había olvidado. Cuando cada célula de su cuerpo le conocía, le anhelaba, él la había olvidado. A1 igual que su prima Sally, él había olvidado a su compañera de cama.

Los Cougar tenían que acechar y olvidar. Ella no había significado nada para él. Tan sólo era otra mujer dispuesta. Era devastador.

Se despertó respirando entrecortadamente, con las mejillas húmedas y deprimida. Sólo era un sueño.

Pero un sueño podía ser un presagio. Ella le recordaría durante toda su vida. ¿La olvidaría Chas? ¿O sólo recordaría que le había esquivado? Qué triste.

A la mañana siguiente, se levantó sin haber descansado, triste, sin importarle un comino si los Peckerel estaban o no en casa, incluyendo a Miles. Ni siquiera le importaba el incordio que supondría para sus padres que se pudriera en su habitación y no apareciera.

Lo único que la sacó de la cama fue la educación recibida. Se suponía que tenía que hacer su parte, así que se levantó. En toda su historia, ningún Allen había dejado colgado a nadie.

Ella sí. Había huido de Chas y le había dejado solo inventándose excusas en su nombre en la boda. Qué embarazoso tuvo que resultarle. Pero se las arreglaría. Era el hombre más capacitado que conocía. Era a él a quien recurrían todos. ¿Por qué no estaba él a11í para consolarla? Le necesitaba.

Era domingo. Se puso unos pantalones grises de algodón y un

jersey rojo, también de algodón, y se miró al espejo. Ningún hombre se sentiría atraído por un paquete como ella. Se cepilló sus lacios cabellos y se arrastró para desayunar. No tenía apetito.

La cocinera, esbelta y ya en la cincuentena, la miró desde detrás del periódico matutino y dijo:

-Cuando gustes -con cierta acritud.

-Bola, a mí también me alegra verte -contestó Amy con similar hostilidad.

-Ten cuidado con el tono que empleas conmigo. Si me voy, y tu madre empieza a cocinar, Bill le arrancará el pellejo.

-Te quiero, Lucy-Amy lo dijo como una autómata.

-Lo mismo digo -Lucy no se movió, sino que se quedó sentada estudiando a Amy-. ¿Qué demonios te ha pasado?

-Menos mal que papá no pertenece al cuerpo diplomático -Amy se levantó y puso un par de rebanadas de pan en la tostadora y se sirvió una taza de café.

-Sólo un hombre podría hacer tantos destrozos. ¿Quién es?

-Nadie que sea asunto tuyo -contestó Amy.

-Ah, nenita, ¿no hay esperanzas?

-No te pongas sentimental conmigo, puedo apañarme.

-Muy bien. Es un canalla -se levantó de la silla y abrió la nevera-. Huevos pasados por agua.

-Vomitaría.

-Tienes que comer algo con el café o te destrozarás el estómago.

-Es mi estómago.

-Como resulta que yo soy la cocinera, si se te destroza el estómago, eso me afecta. Así que o proteges mi reputación, o me querello.

-Pues queréllate.

Lucy cerró el frigorífico para volver a mirar a Amy.

-¿Es tan grave?

Amy la miró con serenidad.

-Sí. ¿Dónde están mis padres?

-Han llevado a los Peckerel a la iglesia, y luego a almorzar algo. Estarán fuera hasta las dos o las tres. En cuanto os dé de comer a ti y a Tarzán, me iré.

-¿T-Tarzán?

-Miles Clifford. Está en la piscina -Lucy vaciló, y preguntó suavemente-. ¿En quién habías pensado?

Amy negó con la cabeza.

-En nadie -Amy ya había notado que había alguien en la piscina y miró por la ventana, al otro lado de la terraza de ladrillo, donde cobijada por la sombra de los árboles, estaba la piscina, y vio a Miles

nadando relajadamente. Nadaba bien.

-Es todo un hombre -la voz de Lucy sonó sexy-.No podía dejar de mirarlo. Es una pena que no se limite a quedarse ahí de pie llevando sólo una hojita de parra.

-Eres una mujer sorprendente -Amy ya le había dicho eso a Lucy antes. Era una respuesta rutinaria.

Pero en ese momento Miles llegó al extremo de la piscina, apoyó los brazos sobre el borde y se dio impulso, saliendo del agua sin esfuerzo. Era todo un ejemplar de hombre. Hermoso. Como Chas.

-Mmm.

-¡Lacy! Se te van a quemar los huevos.

-Seguro que está hambriento -Lucy soltó una ligera risita.

Desde su historia con Chas, Amy sabía más sobre indirectas. Podía entender los distintos significados de las palabras corrientes. Se ruborizó.

Lucy observó su rubor muy interesada antes de decir lentamente, con mucho énfasis.

-Hablaba de comida

-¡Los huevos! -el tono de Amy era algo hostil.

Lucy se acercó a la puerta de la terraza y gritó:

-No se moleste en vestirse. Póngase sólo el albornoz, el desayuno está listo.

No lo estaba. Evidentemente, Lucy quería que Miles se sentara a la mesa tal cual estaba. Medio desnudo. Tendría que estar mucho tiempo sentado, con el albornoz, mientras Lucy le preparaba el desayuno. Era una vieja lujuriosa. ¿O acaso pensaba que Miles distraería a Amy?.

Capítulo 10

Amy contempló cómo, fuera ya de la piscina, Miles se secó con la toalla y se frotó enérgicamente el pelo hasta dejarlo casi seco. Era magnífico, aunque no tan enorme como Chas. ¿Sabía Miles que tenía un cuerpo fantástico? Se puso el albornoz de felpa y se peinó el pelo pasando los dedos de cualquier forma. No era nada coqueto.

Se acercó a la puerta de la cocina, y sus pupilas se dilataron al ver a Amy sentada a la mesa. Se sentía atraído por Amy. Se dirigió sonriendo a la silla enfrente de ella y dijo:

-¡Buenos `días! -mientras se sentaba.

Ella contestó con un apagado:

-Buenos días -sus pensamientos habían descendido a un nivel inferior. Ahí estaba, en la mesa del desayuno con el hombre que le había encontrado su madre, y era incapaz de esbozar una sonrisa o de estar brillante, o tan siquiera interesante. Y todo por ese impulso de conocer a Chas.

Si no hubiera sido tan directa, y arruinado toda su vida, ahora estaría flirteando discretamente con ese hombre excepcional. Aprovecharía los comentarios de Lucy para hacer reír a Miles.

El le había dicho algo a Amy. Amy preguntó:

-¿Qué?

-La piscina es perfecta.

-Todos nadamos -Amy sabía que Miles era ideal. Encajaría a la perfección. Bill se sentiría cómodo con él, Cynthia le adoraría y Amy habría estado contenta para el resto de su vida.

-Adiós, Lucy -dijo Miles.

Lucy se iba. Los padres de Amy y los Peckerel estarían fuera varias horas. Ella iba a estar sola, con Miles en casa. Todo ese tiempo, los dos solos. Si era la devoradora de hombres que esperaba ser, sería la oportunidad de probar a su segundo hombre excepcional. Amy suspiró con tristeza.

-¿Quién es él?

Amy levantó las pestañas y miró a Miles en blanco.

Él se explicó.

-El hombre que hace que no me escuches. ¿Quién es él?

-Sí. Bueno, verás... Podría haber sido tan divertido. Sólo pensé... Tú eres un hombre. Sabes cómo es. Nunca soñé...

-Así que ése es el problema. Hay un hombre.

-Bueno, en realidad, no. Conocí... Decidí... --entonces preguntó de sopetón-. ¿Cómo te recuperaste de tu primera aventura? -esperó concentrando toda su atención en él.

-Ali. Esto nos llevará algún tiempo. Pongamos los platos en el

fregadero, y luego subamos arriba. Te escucharé mientras hago las maletas.

-¿Te vas?

-Sí. Ya me he despedido de tus padres. He esperado a que aparecieras antes de irme.

Con la mente en otra parte, Amy ayudó a fregar los platos y luego subió a la habitación de Miles. Preguntó:

-¿Cuántos años tenías?

-¿Cuándo? -Miles empezó a hacer el equipaje. Iba de un lado para otro, metiendo cosas en las maletas.

-En tu primera aventura.

Él preguntó:

-¿Qué te hace pensar que he tenido alguna?

-Eres un hombre -explicó Amy.

-¿Y crees que lo único en que piensan todos los hombres es en llevarse mujeres a la cama?

-Que yo sepa -aclaró la pregunta.

Miles estaba seguro.

-No todos.

-No te creo.

Él contestó con educación.

-Eres una víctima del sexismo.

-¿Entonces nunca has tenido una aventura?

-¿Qué relación puede tener eso con tu problema? -Necesito saber qué he de hacer para recuperarme. Él dijo amablemente:

-Tómatelo con calma.

-¿Eso es... todo?

-¿Cómo supera la gente las cosas? -eligió unos pantalones de sport, una camisa y unos calzoncillos.

Amy se lamentó.

-Esto parece demasiado devastador para una solución tan simple.

Zanjando la cuestión, Miles dijo:

-También Hiroshima.

-Te estás burlando de mí -le reprendió Amy-. No se puede comparar una aventura amorosa con Hiroshima.

-No. Pero ellos también salieron adelante. Así que, en comparación, tú puedes.

Y se fue a ducharse, mientras ella se quedaba sentada en la habitación, mirando por la ventana sin fijarse en nada concreto. Probablemente él tenía razón. Podría salir adelante. Ay, Chas.

Miles regresó, vestido, todavía secándose el pelo. -¡No despegas los ojos de mí!

-Eres un hombre muy agradable.

-No tanto -empezó a hacer las maletas.

-Creí que ibas a quedarte toda la semana.

-Dije que tenía que consultarlo. Y no puedo quedarme -la miró pensativo-. Pero me gustaría volver dentro de un par de meses y verte otra vez.

Aunque ella contestó:

-Sí -no lo dijo convencida.

-Volveré -cerró la cremallera de los bolsones y los llevó hasta la puerta-. ¿Estarás aquí en verano?

-Depende. Viajo mucho.

-Puede que nos encontremos. Consultaré tu agenda -buscó su cartera -. Éste es mi número. Cuando... -alzó la mirada al darle la tarjeta y vio su gesto de sorpresa.

Chas había metido todas esas tarjetas en su maleta. ¿Los hombres hacían eso siempre? Amy pensó en eso mientras alargaba mecánicamente una mano para tomar la tarjeta de Miles.

-¿Te dio él su tarjetas? -estaba confirmando lo obvio.

-Sí.

-Eso es que está seguro de que lo llamarás. Podrías hacerlo incluso a Miles le sonaron a falsas sus propias palabras. No estaba seguro de querer animarla a seguir en contacto con otro hombre.

-No son circunstancias normales. Yo... me presenté bajo una apariencia falsa. Le dic otro nombre.

-Ya -sonrió. Quizá se había cubierto las espaldas lo suficiente y, quien quiera que fuese, ese otro hombre, va no volvería. Miles estaba muy tentado de quedarse, pero ella sólo pensaba en ese momento en el otro Hombre. Cuando Miles estaba con Amy quería toda su atención.

Era más sensato irse. Cuando la volviera a ver, ya se habría disipado el hecho de relacionarle con el otro incidente.

Si la escuchaba en ese momento, después ella sentiría que él sabía demasiadas cosas acerca de ella. Su relación no comenzaría del modo adecuado. Así era mejor.

-Ha sido genial conocerte, y yo... deseo con ansiedad volver a verte- tomó las maletas y esperó.

-Te vas ya -Amy también estaba constatando lo obvio.

-Ha sido muy agradable. Tus padres son sensacionales.

-Sí.

-¿Me acompañas al coche?

A lo mejor conseguía que le besara en la mejilla. O incluso un breve beso de su boca tan suave. Deseaba quedarse y consolarla. A lo

mejor conseguía convencerla para que le aceptara. Era muy vulnerable. Pero no era eso lo que él quería... ser un hombro sobre el que llorar. Era mejor dejar que antes cicatrizaran sus heridas.

Bajaron las escaleras hasta el recibidor, ella abrió la puerta de la calle y... ¡Chas estaba ahí!

¡Estaba ahí!

Iba vestido con una chaqueta de sport, camisa y corbata. Tenía un aspecto fantástico y, como en el sueño, ¡estaba furioso! La ignoró y miró a Miles con ojos asesinos.

Miles permaneció en su sitio, esbozó una sonrisa algo triste, y comentó:

-Es él.

-Sí -contestaron Chas y Amy. Ella miró a Chas, pero él seguía mirando a Miles. Eran de una altura y peso similares, pero Chas parecía más grande.

Miles parecía estar divirtiéndose. Amy presentó a los dos hombres, pero no se dieron la mano.

-¿Te vas? -animó Chas a Miles.

-Todavía puedo quedarme.

-Vete -le advirtió Chas.

-Estás siendo muy grosero -le dijo Amy a Chas.

-Mira quién fue a hablar de ser grosero -la miró de forma grosera; así que él también sabía ser grosero.

Miles se volvió hacia Amy y abrió la boca para decir adiós, pero Chas alargó un brazo y apartó a Amy. Amy intentó soltar su brazo de los dedos de Chas. Ambos hombres se miraron en un silencio cargado de electricidad.

Miles preguntó a Amy:

-¿Quieres que me quede? -y dejó las maletas.

-No. Gracias, pero la verdad es que no es peligroso.

Chas ignoró el comentario.

-Sí lo soy.

-¿Estás buscando pelea? -Miles le preguntó suavemente a Chas.

Chas inclinó ligeramente la cabeza, como un oso desafiante.

-¿Eres el motivo por el que me dejó?

Amy contestó, ofendida:

-No te conocí hasta volver a casa.

Ignorándola, Chas advirtió a Miles:

-No empeores la situación.

Pero Miles se sentía desafiado.

-Creo que me quedaré. No me gusta la forma en que la tratas. Me quedaré hasta que me asegure de que está bien.

Entonces Chas esbozó una sonrisa. Abrió los labios para decir algo, pero Amy se adelantó.

-¡Por el amor de Dios! ¡Salid de aquí los dos! ¡Fuera! ¡Los dos!

Y Chas le espetó a Miles:

-¿Ves lo que has conseguido?

Eso sorprendió a Miles.

-¿Yo qué he hecho? Estaba marchándome tranquilamente, cuando apareciste tú y empezaste a descargar tu indignación. Eres tú el que ha disgustado a Amy.

-¡No le vendrá nada mal disgustarse! -gritó Chas entre dientes.

-Puede ser -Miles se dio cuenta de que no tenía ninguna oportunidad, así que decidió que le daría igual ayudar a Chas-. No sé muy bien qué ha pasado, pero dijo que te había mentido.

Amy tragó saliva y Chas preguntó:

-¿Eso te dijo?

-Sí. Y dijo que estaba destrozada, pero no tanto comp. Hiroshima.

-¡Por todos los santos! -chilló Amy-. ¡Fuera!

Miles le tendió la mano a Chas, diciendo:

-Buena Suerte. Llamadle al primero como yo.

Amy gritó:

-¿Qué me estás haciendo?

Miles le sonrió pacíficamente:

-Ayudarte. Times mi tarjeta. Tenme al corriente de cómo van las cosas. ¿Comprendido? -si no lo hacía, él seguiría en contacto. Eso podría calmar las cosas. El otro tipo era hostil y no era rival. Ella sabía que, en cuanto Chas se fuera, él estaría esperándola.

Amy lo miró con odio.

Chas seguía con el ceño fruncido, y Miles añadió, dirigiéndose a Amy temerariamente.

-Creo que eres una joya -después de que ese Cougar desapareciera, ella recordaría esas palabras.

Chas le metió prisa:

-Adiós, Clifford.

Miles miró detenidamente a Chas, y preguntó a Amy:

-¿De acuerdo?

Ella asintió, inexpresiva.

Miles se inclinó y besó en la mejilla a una sorprendida Amy. Supuso que eso le daría a Cougar algo en qué pensar. Entonces sonrió, bastante contento consigo mismo, tomó Bus maletas y dejó a Bolas a los dos antagonistas.

Miles apenas había salido cuando Chas cerró la puerta dando un portazo. Entonces miró a Amy, que había apartado la mirada.

-Muy bien. ¿Vas a contarme por qué desapareciste así? Supongo que tendrás una excusa razonable.

-¿Cómo me has encontrado? -¿realmente era suya esa vocecita frágil? Carraspeó y se enderezó, y volvió a luchar para soltar su brazo, pero Chas, antes de soltarla, apretó ligeramente los dedos para demostrarla que la soltaba porque quería.

-¿Creíste que no te podría encontrar? Si éste es el comienzo de una camera como ladrona, entonces...

-No tenía intención de quedármelo -por fin lo miraba, con ojos sinceros y muy abiertos-. Iba a enviártelo por correo -sacó la cadenita de su pecho-. ¿Siempre llevas encima doscientas tarjetas?

Él seguía con la cabeza inclinada hacia adelante, como un oso amenazador.

-Hice que las imprimieran mientras esperaba a que Connie terminara con el médico.

-Oh -había empezado a quitarse la cadena-. Créeme que quise dejarte la perla con la nota -la cadena se le enredó entre su pelo y sus manos impacientes.

-Hablaba metafóricamente al llamarte ladrona. Utilizar a un hombre y luego deshacerse de él es una forma de robo. La perla era un regalo. Si la hubieras dejado con esa nota tan seca, habría perdido toda esperanza.

-Pasé mucho tiempo escribiendo esa nota -ella se defendió, después de haber abandonado la idea de quitarse la perla. Llevó a Chas al salón que daba al extremo de la piscina frente a la cocina.

-Encontré los bocetos rechazados en la papelera.

-Muy grosero por tu parte, encontrarlos -volvía a evitar mirarlo. Se produjo un silencio-. ¿Se lo explicaste a Sally? -permaneció de pie.

-Sí -por fin, él se sentó en un sofá-. Todos te echaron de menos.

-Pensé en ti, y en cómo... habría ido todo -se sentó en el sofá, con cierto remilgo, enfrente de Chas.

-Podías haberte quedado y lo habrías sabido -dijo él desagradablemente.

Se produjo un silencio más largo. Ella se miró los dedos, acomodándose sobre su regazo.

Él carraspeó y preguntó, en una forma tal que ella sabía que en realidad no le importaba nada el tema y que sólo estaba estableciendo un puente en la conversación.

-¿Cómo trabajan exactamente los asesores políticos?.

Y Amy, que nunca le había contado gran cosa a Chas, aprovechó la ocasión para hablar de ella misma.

-Un candidato contrata nuestros conocimientos. Ya lo hemos hecho

muchas veces.

-¿Es justo? ¿Un experto contra aficionados? -era de esperar que Chas hiciera esa pregunta.

-A pesar de todo, sigue dependiendo del votante. ¿Sabes que en realidad vota poquísima gente? Nosotros lo intentamos. Los voluntarios se encargan de impulsar el empadronamiento.

-¿Y luego?

-Ayudamos a que el candidato defina sus intereses, nos enteramos de cuáles son las "teclas" de cada sitio, y cuáles evitar y cuáles tocar. Nos familiarizamos con los periodistas. Diseñamos la publicidad y el calendario. Supervisamos la captación de fondos, por correo directo y/ o por teléfono, mediante candidatos. Organizamos actos como desayunos donde el candidato puede hablar brevemente. Nos encargamos de las solicitudes de discursos, invitaciones, y preparamos sus apariciones en público.

El seguía sentado, la observó durante unos instantes, y finalmente comentó:

-Nosotros empleamos una táctica similar en las ciudades donde queremos dar mayor impulso a los productos Cougar. No podemos contar con voluntarios, pero tenemos un gran recurso: los hijos de los Cougar.

-Chas, no estarás metido en nada que contamine o que envenene, ¿verdad? El hecho de que ahora creemos residuos dañinos durante doscientos cincuenta años me parece tristísimo.

-Llevamos mucho tiempo en este país, y queremos que nos dure tanto como nosotros, te lo prometo.

Por fin, ella se permitió mirarlo tranquilamente. Él también la miró, preguntándose qué estaría pensando. Qué profunda era la grieta abierta entre ellos. ¿Podrían superarla?

Tras unos instantes, ella preguntó:

-¿Vuestra empresa se llama como vosotros?

No era lo que él esperaba oír.

-No. Billy Cougar la llamó Empresa de Manufacturas Ace, y el nombre ha quedado con el tiempo.

-El Puma es un símbolo tan americano. Dreyfus tiene un león, pero el puma es americano. ¿Por qué no consolidarse bajo el símbolo del puma? Podríais entregar un broche con un puma a los empleados más eficaces.

-Quedas contratada.

Ella apartó la mirada, ausente, con el ceño fruncido, concentrándose en algo.

-Harían falta otros tipos de investigación. La política es muy

interesante. He conocido a comerciantes sin escrúpulos y a los que manejan los hilos.

-Así conociste a Martin Durwood.

-Sí. ¿Por qué me apoyaste tan pronto cuando le dije al primo Kenneth que tuviera cuidado con él? ¿Le conoces?

-Había oído cosas sobre Durwood y, para entonces, va sabía quién eras y en qué circunstancias podías hacerle conocido. Me encantó que advirtieras a Kenneth. No hizo sino confirmar lo que ya sabía sobre ti. Pero no me habría importado que no te comprometieras tan rápidamente. Ya era demasiado tarde para ti.

-Creí que conservaba el anonimato.

-¿Y tu seguridad? -deslizó un brazo por detrás del sofá hasta llegar a Amy.

-Sí. Y sufrí por ello, pensando que podría hacerte daño.

-Al ver a Clifford aquí sentí verdadero pánico.

-¿Creíste que me había vuelto una maníaca sexual? ¿Que, después de probarte, ningún hombre estaría a salvo de mis ataques? ¿Que Miles estaba huyendo de mi cuerpo voraz?

Él alargó la otra mano para retirarle el pelo de la cara.

-¿Es voraz tu cuerpo?

-No tanto como la semana pasada.

-¿Cómo es eso? -había suavizado su voz profunda, y un escalofrío bajó por la espalda de Amy.

Ella tragó saliva.

-Un misterioso desconocido ha ido llevándose lentamente la voracidad -él tomó aire, pero ella siguió rápidamente-. Pensé en ti y me pregunté cómo... fue todo.

-Espero que tu maldita conciencia te aguijoneara.

Cuando se inclinó y la besó en la mejilla, la excitó en lo más profundo de su estómago, y ella dijo con tristeza.

-Me sentí fatal. Tenía miedo de haber herido tus sentimientos. No sabía cómo decirte adiós.

-¡No creo!

Con vocecita triste, ella dijo:

-Tuve pesadillas.

-Yo también sudé un poco. No sabía adónde habías escapado. Entonces vine aquí, y abriste la puerta en el momento exacto, ¡pero estabas con otro hombre! ¡con maletas! ¡Lista para irte sabe Dios adónde!

-Él se marchaba.

-¿Te acostaste con él?

-¡Por todos los santos! ¡Le conocí anoche!

-Conmigo te acostaste la primera noche.

-Bueno... -parecía incapaz de explicarse.

-Amy, en cuanto a lo de «usarme». Hay algo que times que saber.

Ella confesó:

-Me propuse seducirte -le miró con gesto de culpabilidad.

-¿Lo hiciste? -la sonrió.

-Sí. Pensé que si un hombre puede ser mujeriego, yo podría ser una devoradora de hombres.

-Ya veo.

-No tenía intención de ser tan rápida y directa. Pero tenía poco tiempo.

-Sí -la miraba muy serio.

-¡Fue tan fácil!

-¿Si?

-Oh, no quiero decir que tú fueras fácil -intentó tranquilizarle-. Quería decir que estaba sorprendida de cómo... -lo miró, deseosa de no ofenderlo-. Sencillamente... funcionó. Esperé, más o menos, y fui a por ello y funcionó. Como sabes, eres mi primer amante.

-Y el último. ¿Qué te hizo elegirme?

-Bueno, en el vestíbulo, cuando me estaba registrando, te vi.

-¿Tan pronto? -con mucho cuidado, la atrajo hacia él, apoyó su cabeza sobre su hombro, y con su otra mano le tomó la suya.

-Había estado pensando en tener una aventura -le dijo abiertamente-. Pero nunca había visto un hombre al que deseara de verdad. Pero entonces te vi a ti, y surgió El Plan. Como había oído todas esas cosas acerca de los dispersos Trilby, cambié el título por el de El Plan Familiar.

-Muy lista -la besó en la frente, su respiración se había acelerado un poco.

-Yo también lo pensé. En ese momento, predije Tina larga lista de títulos para mis seducciones. Pensé que podría poner los títulos junto a las marcas en la pared de mi armario.

-¿La pared del armario? -él había perdido el hilo.

-En lugar de hacer una muesca en el cabecero de la cama, ¿te acuerdas?

-Ahhh. Claro.

-Cuando di el paso, ni siquiera pestañeaste -seguía sorprendida por ello.

-¿Tus padres están en casa?

-No. Han llevado a sus amigos los Peckerel a la iglesia y a comer algo. No volverán hasta las dos o tres de la tarde.

Chas consultó su reloj.

-¿Decías que no reaccioné cuando diste el paso?

-No. Pensé que podrías sorprenderte, pero no reaccionaste en absoluto.

-Fue entonces cuando... Muéstramelo.

-Tendré que tumbarme -se estaba disculpando por su conducta.

-Ah, claro -él se levantó y se quitó la chaqueta y la corbata en un abrir y cerrar de ojos. Cuando ella terminó de colocarse, él ya se había desabrochado varios botones de la camisa y se estaba quitando los gemelos.

Ella se fue deslizando hasta quedar tumbada y levantó la vista.

-Nos disponíamos a ver la película, ate acuerdas? Y... bueno, times que inclinarte como si fueras a besarme.

-Esto es un poco más estrecho que la cama, hazme sitio. Ahí. ¿Y yo estaba así?

-Sí. Y... ummmmmm. Uhhhh. Ummmmm. No quería decir que tuvieras que besarme de verdad.

-Tenemos que darle autenticidad.

-Sí. Bueno. Entonces yo puse una mano ahí y te atraje hacia mí. Ummmm. Sí. Así. ¡Y tú hiciste lo mismo entonces! No estabas sorprendido ni nada!

-Eres muy sutil -dijo Chas.

-Gracias. ¿Qué estás haciendo?

-Quitarte la camisa.

-Ya lo sé. Pero... Espera, deja que te ayude.

-Necesito practicar -Chas estaba arrodillado junto al sofá. Le quitó la camisa, subiéndola con mucha suavidad. Le quitó los zapatos, le desabrochó los pantalones y se los bajó junto a sus bragas de encaje.

Cuando él se levantó y se desabrochó el resto de los botones de la camisa, ella dijo:

-Me siento vaga, sin ganas de ayudar.

-Me gusta mirarte, tumbada, esperándome.

Su voz sonaba ronca y profunda. Ella sintió escalofríos al ver su cuerpo desnudo. Era increíble. Aunque Miles estaba muy bien formado, Chas era sensacional.

-Has tenido que trabajar mucho para tener esos músculos -alargó una mano y la deslizó por su duro muslo.

-Mi familia time bosques -explicó él-. Todos trabajamos durante nuestros años de universidad, pero nos hacen empezar en el instituto en lo que los mayo

-Ah, claro -él se levantó y se quitó la chaqueta y la corbata en un abrir y cerrar de ojos. Cuando ella terminó de colocarse, él ya se había desabrochado varios botones de la camisa y se estaba quitando los

gemelos.

Ella se fue deslizando hasta quedar tumbada y levantó la vista.

-Nos disponíamos a ver la película, ate acuerdas? Y... bueno, times que inclinarte como si fueras a besarme.

-Esto es un poco más estrecho que la cama, hazme sitio. Ahí. ¿Y yo estaba así?

-Sí. Y... ummmmmm. Uhhhh. Ummmmm. No quería decir que tuvieras que besarme de verdad.

-Tenemos que darle autenticidad.

-Sí. Bueno. Entonces yo puse una mano ahí y te atraje hacia mí. Ummmm. Sí. Así. ¡Y tú hiciste lo mismo entonces! No estabas sorprendido ni nada!

-Eres muy sutil -dijo Chas.

-Gracias. ¿Qué estás haciendo?

-Quitarte la camisa.

-Ya lo sé. Pero... Espera, deja que te ayude.

-Necesito practicar -Chas estaba arrodillado junto al sofá. Le quitó la camisa, subiéndola con mucha suavidad. Le quitó los zapatos, le desabrochó los pantalones y se los bajó junto a sus bragas de encaje.

Cuando él se levantó y se desabrochó el resto de los botones de la camisa, ella dijo:

-Me siento vaga, sin ganas de ayudar.

-Me gusta mirarte, tumbada, esperándome.

Su voz sonaba ronca y profunda. Ella sintió escalofríos al ver su cuerpo desnudo. Era increíble. Aunque Miles estaba muy bien formado, Chas era sensacional.

-Has tenido que trabajar mucho para tener esos músculos -alargó una mano y la deslizó por su duro muslo.

-Mi familia tiene bosques -explicó él-. Todos trabajamos durante nuestros años de universidad, pero nos hacen empezar en el instituto en lo que los mayores clavaba las uñas y se retorcía, al ritmo de la apasionada impaciencia de Chas.

Cuando finalmente la tomó, ella sintió una sacudida de placer, y él se rió, mientras acompañaba esos espasmos de placer hasta llegar al suyo propio.

Agotados, permanecieron tumbados, el pelo lacio por el sudor y los cuerpos intentando tomar fuerzas. Él estaba inmóvil y ella, lánguida. Ella le pasó débilmente los dedos por el cabello y dijo, pensativa:

-Somos completamente incompatibles. La verdad es que no me gustan los hombres dominantes.

El hizo un mínimo movimiento, juntándose más a ella, y dijo:

-Cambiaré -pero lo dijo con tanta complacencia que no había

convicción en sus palabras-. Nos casaremos en cuanto tus padres superen la impresión de conocerme.

-Mi padre estaría tan encantado con un yerno como tú, y mi madre te adoraría.

-Si el que le guste tus padres va a ser un inconveniente, haré lo posible por caerles mal.

-Imposible -y preguntó-: ¿Cómo puedes darme tu aprobación si me acosté contigo nada más conocerte?

-No fue nada más conocerme, ¡desde que nos conocimos habían pasado veinticuatro horas de seducción! Tenía que suceder así. Sabía que estábamos predestinados, pero tú seguías con tu estúpida idea de ir de caza.

-De probar -le corrigió.

-Como quieras.

-¿Y cómo pudiste saber que esto iba a ir en serio?

-Lo supe en cuanto apareciste en el vestíbulo esa primera noche. Las pasé canutas hasta conseguir ponerme detrás de ti cuando diste tu... nombre falso.

-¿Y cómo sabías que era falso? -estaba algo indignada, tumbada bajo su cuerpo relajado y satisfecho.

-Nadie apellidado Abbott dice AAAbbott. Te delataste por completo ¿Cuándo supiste que era yo el elegido?

-Todavia no te he aceptado. Pero en el paseo marítimo...

-Sí. Por eso te llevaste una perla en lugar de una vela.

Dudando, ella preguntó:

-¿Un pez vela? ¡Son enormes!

-Lo habría colgado encima de tu cama... como un recordatorio.

Ella se rió, todavía debajo de él.

-Pero, Chas, no tenemos nada que ver.

Él se movió lo suficiente para recordarle dónde estaba.

-No hay dada de que somos sexualmente compatibles -asintió la novata-, pero nuestros estilos de vide son muy distintos. Tú formas parte de una gran familia y yo estoy acostumbrada a una vida solitaria y bastante egoísta. Me abrumó toda tu familia.

-Somos muchísimos más.

-Toda esta situación es imposible -y la curiosidad le llevó a preguntar-: ¿Cómo me encontraste?

-Tu número del carnet de conducir.

-¿Me has investigado?

-Esa primera noche.

-El miércoles ¡Si todavía no nos habíamos conocido!

Al parecer, ella todavía no era consciente de lo que le había

sucedido exactamente, y lo poco que había tenido de ver en todo. ¿Debería decírselo? ¿Aclararlo todos Desde que la vio aparecer en el vestíbulo, ella ya no tuvo opción. Le encantaba estar sobre su suave cuerpo. Ella...

Ella estaba diciendo:

-No estoy segura de que pudiera casarme y abandonar el mundo de los negocios. Se me dormiría el cerebro. Creo que deberías olvidarte del matrimonio.

Chas, ni siquiera respondió a su comentario.

-Sin embargo, estoy dispuesta a mantener una relación contigo tanto tiempo como quieras. Viajo, y podemos encontrarnos donde estés. ¿Quizá podrías casarte con una mujer complaciente y generosa que le proporcionara esos hijos para los bosques, y yo sería una buena amiga?

Él se limitó a ignorar casi todo cuanto ella decía.

-Nos adaptaremos para que te sientas cómoda entre los numerosos Cougar, que serían una fuente de recursos, aun sin explotar, para tu trabajo, y estarían dispuestos a compartir sus opiniones y consejos. Incluso podrías tener tu propia oficina. A1 lado de la mía -acarició a Amy debajo del oído-. Pero, para conseguir esa maravilla de sitio y esa oportunidad, tendrás que casarte conmigo.

-Siempre tiene que haber algún problema- lo dijo disgustada adrede.

A él le encantó.

-¿Así que te parezco un problema?

-De alguna manera -deslizó sus manos por los fuertes brazos y los tensos músculos de la espalda de Chas-. ¿Y si no hubiera sido virgen? ¿Y si no hubieras sido el primer hombre con el que me acostaba? ¿Y si hubiera sido una... Connie, o una Sally?

-Estás destinada a convertirte en mi esposa.

-No sabía cómo decirte adiós -había estado tan preocupada.

-¿Y eso no te dio ninguna pista? No creí que fueras tan espesa.

Ella tenía las manos estiradas, y jugaba con el pelo de Chas.

-Sé exactamente cómo era Billy Cougar. Tal como tú. Probablemente le deportaron de Gran Bretaña por entrometerse y querer mandar sobre todos. No estoy segura de poder ser tu esposa.

El resopló suavemente, recorriendo con el aliento el hombro de Amy, y desde ahí susurró:

-Aprenderás -la besó en el hombro, frotando su barbilla en pequeños círculos y rozó su piel con su caliente lengua, saboreándola.

-¿Lo ves? Creo que esa actitud fue la que hizo que deportaran a Billy. Todo esto ha ido tan deprisa. No sabía que una aventura pudiera

ser tan devastadora.

-Esto no es una aventura. Estamos cortejándonos en serio antes de casarnos -se separó ligeramente de ella y se abrazó por los antebrazos-. Te amo, Amy.

-Tengo la fuerte sospecha de que eso es lo que me ha pasado a mí. También te amo. Esperaba que fuera sólo una fuerte atracción. Es demasiado pronto para comprometerme contigo, pero realmente lo estoy.

-Te deseo otra vez. Te desearé toda mi vida. Pero hay más. Deseo tu pensamiento. Deseo tu compañía. Deseo que te compartas todo conmigo. A1 igual que yo haré contigo. Seremos socios, padres, un equipo. Esperaré hasta que lo entiendas todo. Soy muy paciente -se movía con impaciencia, dándose placer, amándola, poseyéndola, siendo poseído.

Ella seguía sin comprender que no había sido una aventura impulsiva. Sucedió como tenía que suceder.

Una unión triunfal entre un hombre y una mujer, que podría durar hasta el fin de sus días.

-Ah, Chas -suspiró las palabras-. Te amo.

-Lo sé.

Lass Small - Amor fugaz (Harlequín by Mariquiña)